

EMILIANO JOS

CENTENARIO DEL AMAZONAS

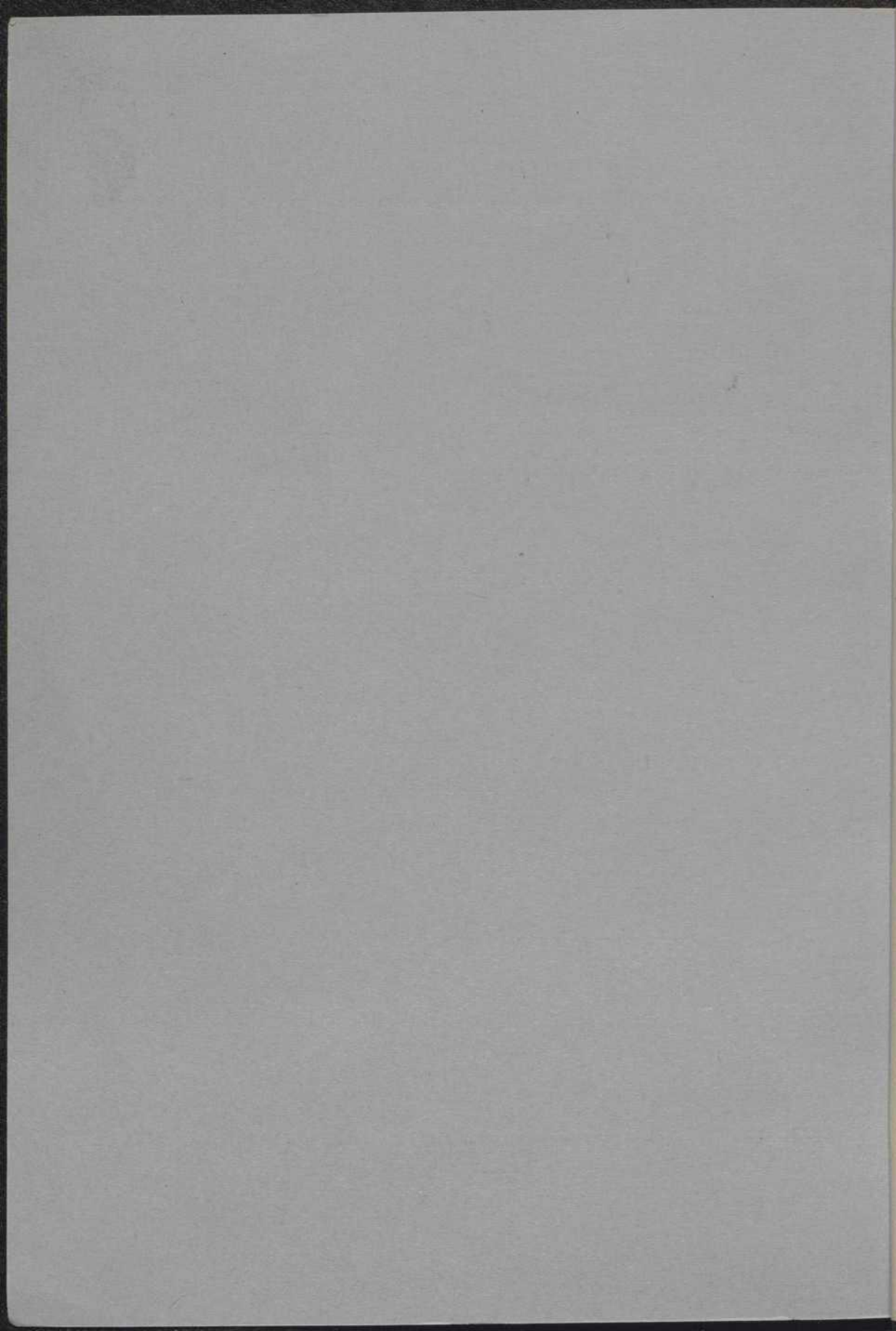
LA EXPEDICIÓN DE ORELLANA

Y SUS

PROBLEMAS HISTÓRICOS

INTRODUCCIÓN Y ESTUDIO SOBRE LAS FUENTES

MADRID, 1942-43, LOGROÑO, ABRIL 1943



188565

R
8985

A mi literario amigo D. José M.^{te} López-
Toledo, que gusta evocar lejanos países y
estas patrias; en recuerdo de nuestro com-
profesorado, de su ingreso en la cofradía de
los canudos y de su ascenso a la excelente catego-
ría de pater familias.

El Autor

Logroño, abril, 1943.

CENTENARIO DEL AMAZONAS

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000349870

2

CENTENARIO DEL AMAZONAS

LA EXPEDICIÓN DE ORELLANA

Y SUS

PROBLEMAS HISTÓRICOS

INTRODUCCIÓN Y CAPÍTULO I SOBRE LAS FUENTES

Primero y segundo avances de la obra aparecidos en los núms. 10 oct. a dic. de 1942, y 11, enero a marzo de 1943, de la «Revista de Indias»

POR

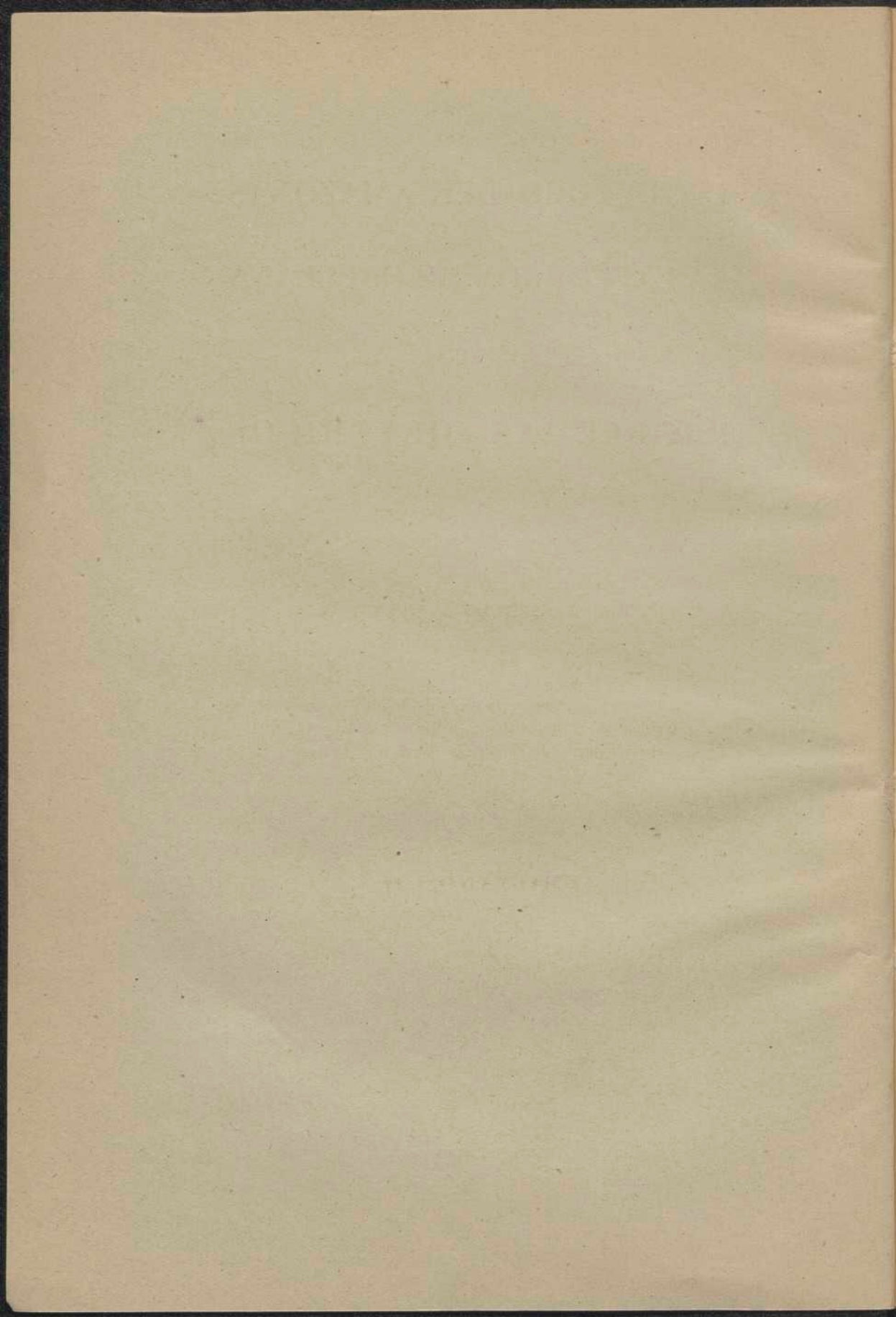
EMILIANO JOS

Gobierno
de La Rioja
Educación, Cultura y
Deporte
Dirección General de
Cultura
Biblioteca de La Rioja



12.214.756

LOGROÑO, ABRIL 1943



CENTENARIO DEL AMAZONAS: LA EXPEDICION DE ORELLANA Y SUS PROBLEMAS HISTORICOS

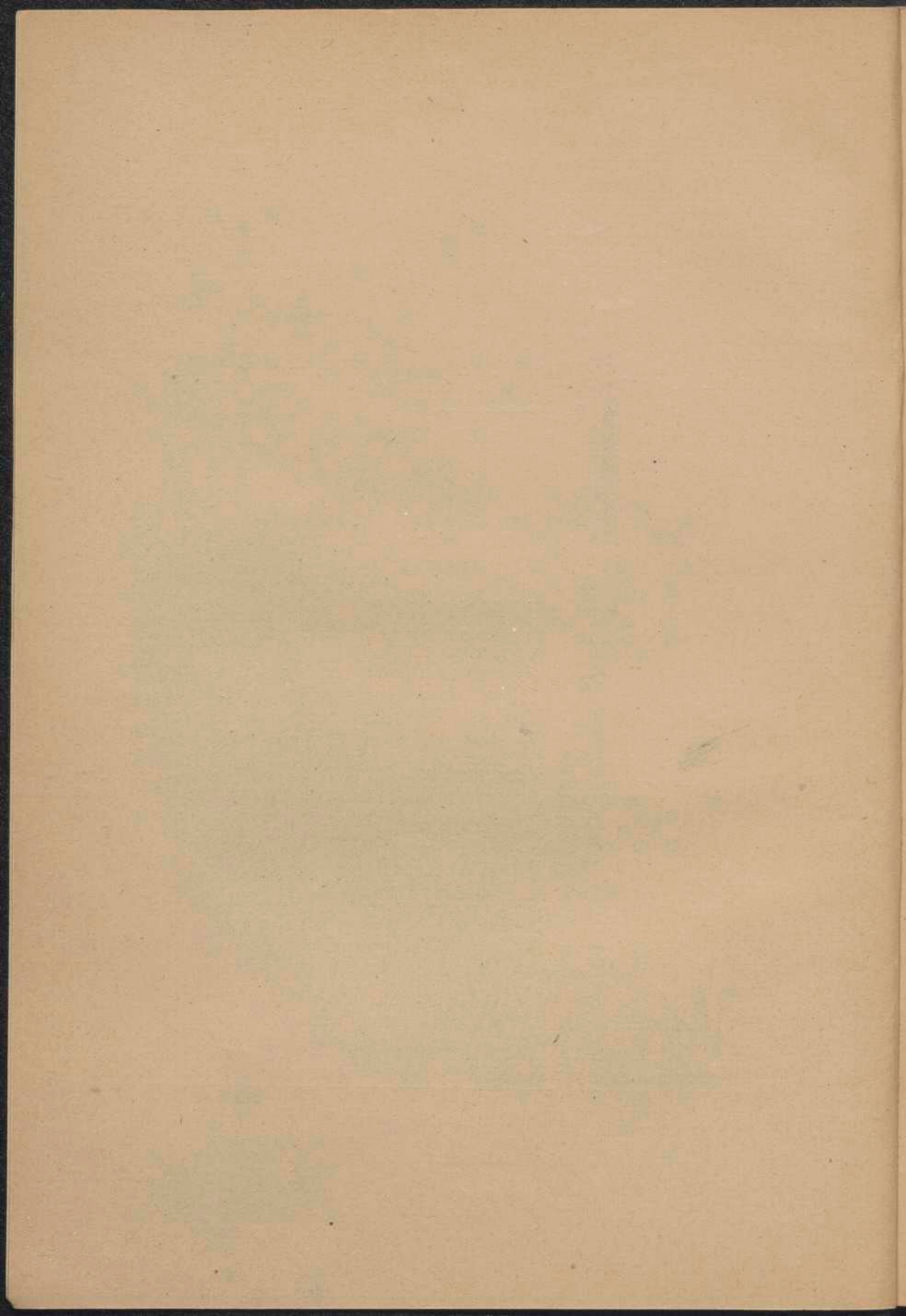
POR

Emiliano Jos



TIRADA APARTE DEL NÚMERO 10 DE LA "REVISTA DE INDIAS"

MADRID
GRÁFICAS YAGÜES
1942



CENTENARIO DEL AMAZONAS: LA EXPEDICION DE ORELLANA Y SUS PROBLEMAS HISTORICOS

introducción.

La boca del Amazonas fué primeramente descubierta en [febrero] de 1500 por Vincente (sic) Yanez (sic) Pinzón. Orellana fué el primero en navegar río abajo y alcanzar el mar el 26 de agosto de [1542].

«The story of his and Pizarro's expedition, the breaking up of the party and their return back to Spain by their amazing and unknown routes, was one of the most wonderful feats of endurance and of tropical exploration in the history of the world.»

V. O. Cressy-Marcks (de la R. Geographical So.): «Up the Amazon and over the Andes». Preface.

Hace justamente cuatrocientos años que en los meses que corren de fines de diciembre, al extremo de agosto o comienzo de septiembre, se verificaba el gran viaje explorador del Amazonas, el viaje descubridor por excelencia del rey de los ríos, la que podemos llamar expedición de los *amazonautas*, para distinguirla de la siguiente que tiene su nombre especial, la de los *marañones*, y de otras peregrinaciones que se sucedieron. Nos hallamos en tiempo muy propicio para recordar a la nación hispana en general que el río de Orellana o de las Amazonas es uno de los más españoles, cosa que si es bastante conocida por los historiadores, no es menos ignorada por la masa de nuestros compatriotas.

Español, por los primeros descubridores de su boca y navegantes del curso terminal: Vicente Yáñez Pinzón—y sus compañeros, entre ellos su primo Diego M. Pinzón y sus sobrinos, y el famoso médico de Palos y amigo de Colón, García Hernán-

dez—, Diego de Lepe y el Comendador Alonso Vélez de Mendoza.

Español, por el primero que lo atravesó en su alto curso del Perú: don Alonso de Alvarado, en 1536.

Español, porque los *amazonautas*, los sesenta o setenta españoles dirigidos por Francisco de Orellana, fueron los primeros hombres blancos o civilizados que lo surcaron desde una de sus cabeceras, en todo su curso, hasta el mar.

Español, por el primer cronista de este mundo fluvial, el *amazonauta* o compañero de Orellana, e historiador de la heroica aventura, Fray Gaspar de Carvajal, de la española Orden de Santo Domingo.

Español, por los innúmeros paisanos nuestros que exploraron vastísimas regiones de su alta cuenca, desde Colombia y Venezuela hasta Perú y Bolivia, y entre los que citaremos, por su mayor vecindad en tiempo y espacio al descenso de los *amazonautas* y su itinerario, al asturiano Gonzalo Díaz de Pineda o Pinera y a Núñez de Bonilla, por el Norte, y al burgalés (o trasmierense) Alonso de Alvarado y al granadino Alonso de Mercadillo, por el Sur. A Díaz de Pineda, especialmente, por ser el descubridor inicial de la ruta más frecuentada para ir desde los Andes al padre de las aguas, a lo largo de sus subalternos afluentes Cosanga y Coca, con lo que fué el precursor, y guía luego, de la entrada de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana. Al famoso mariscal Alonso de Alvarado y a Mercadillo los citamos por ser igualmente los precursores de los varios reconocimientos y viajes emprendidos hacia el Marañón desde la vertiente sur. Entre los que luego de Pizarro y Orellana continuaron fatigándose y dejando vidas a través de aquella hosca y mortífera naturaleza, destacaremos a Juan Pérez de Guevara y Juan de Salinas, este último particular antecesor de Pedro de Ursúa, y todos ellos caudillos de expediciones que, si menos famosas que la de Pizarro y Francisco de Orellana, no son menos extraordinarias en cuanto a bravura emprendedora y vencimiento de peligros.

Español es el Amazonas, el más legendaria o romancescamente español, porque a lo largo de su colosal corriente brotó y desarrollóse buena parte de los episodios que componen la rebelión de Lope de Aguirre, de los que no ya nosotros, sino un sabio geógrafo e historiador inglés, Sir Clements R. Markham, ha dicho: «Todo lo más romántico, más desesperado y más ate-



Fig. 1.—Portada (el original, en colores) de «El Marañón», manuscrito de la biblioteca Pidalina de la Universidad de Oviedo. Contiene la primera prosa literaria sobre el río Amazonas y la jornada de Ursúa, uno de cuyos episodios, el desastre de los bergantines al botarlos, se representa bajo el escudo del autor, Diego de Aguilar y de Córdoba. Las primeras noticias del manuscrito las tuvo don Marcos Jiménez de la Espada. (Fot. de la Universidad de Oviedo, atención de sus profesores D. Juan Uriá y D. Marcos G. Martínez.)

rrador en los anales de la conquista española parece culminar en una bárbara orgía de sangre y locura.»

Es igualmente español por el autor de la primera descripción geográfica de sus fuentes, escrita por uno de los *marañones* o compañeros de Ursúa y Aguirre, el cronista de esta expedición Gonzalo de Zúñiga.

Si tan español es por las primicias de su geografía y de su historia, vividas y escritas por compatriotas nuestros, no lo es menos por los autores de los más antiguos esbozos literarios—más o menos literarios, cierto—y de su más añeja y ya formal literatura. Entre los primeros queda el citado Gonzalo de Zúñiga, por su romance sobre las matanzas del tirano Aguirre, y en el campo de la segunda, Juan de Castellanos, rimador de los periplos de los *amazonautas* y de los *marañones* (a algunos de éstos y a todos los primeros los trató personalmente), y al que la isla Margarita—estación importante en las correrías de Orellana y Aguirre—y los mismos episodios de Ursúa y muerte de la bellísima Inés de Atienza inspiraron algunas de sus mejores estrofas. Aunque incidental y brevísimamente, también se encuentra en esta región literaria don Alonso de Ercilla, y con más extensión Diego de Aguilar y de Córdoba, escritor poco conocido—al igual que tantos otros de los celebrados, como él, por Cervantes en su «Canto de Caliope»—, pero autor de la primera historia literaria de las susodichas desventuras de Ursúa y Aguirre, historia que tituló «El Marañón», y que se conserva manuscrita en España. A causa de este libro figurarán aquí los autores de los sonetos laudatorios de esta obra y de su autor que preceden a la historia, y entre los que merece resaltarse, como autor del soneto más adentrado en el río, a don Pedro Paniagua de Loaisa, cuyos versos reproduciremos más adelante, así como los demás sonetos inéditos. (Todos, si nos llega la copia que de la parte adecuada del manuscrito hemos encargado *). En la cima de la que hemos llamado más formal literatura se encuentra nada menos que uno de nuestros mejores dramaturgos clásicos, Tirso de Molina, que en su *comedia famosa* «Amazonas en las Indias» llevó al teatro algunos episodios de esta historia. Forma parte

* Ya podemos anunciar, al corregir pruebas, que poseemos tal copia gracias a la diligencia y exquisita amabilidad del bibliotecario de la Universidad de Oviedo don Marcos G. Martínez, y a la bondad de D. Juan Uría.

dicha comedia de una trilogía de la que se expondrá sucintamente su argumento.

Por último, nombraremos en este parnasillo a un vate graciosísimo, estrafalario y hasta precursor del modernismo poético nada menos que a principios del siglo XIX, el obispo de Mainas y cantor de la Amazonia, Sánchez Rangel. La tradición literaria de nuestros conciudadanos sobre estos temas no se ha roto gracias a Ciro Bayo, Pío Baroja, el magnífico Valle Inclán y, muy de estos días, Torrente Ballester.

Río español también por la insólita temeridad con que cerca de un siglo después de Orellana se lanzaron nuevamente desde sus alturas a la boca dos frailes franciscanos, Domingo de Brieva y Andrés de Toledo, en compañía de seis soldados, en una simple canoa y sin más preparativos ni precauciones que si se tratara de ir por el *trillado* Betis de Sevilla a Sanlúcar.

Español, por el gran número de misioneros españoles, franciscanos y jesuitas especialmente, que allí, en la Amazonia superior, se sacrificaron por sus indígenas, conviviendo con ellos, esforzándose por mejorar su vida espiritual y temporal y sufriendo terrible y anticipado purgatorio—a veces muerte—, que continúan hoy día padeciendo¹.

Español, por el hombre que en el pasado siglo más sobresalió, seguramente, en la historia de este río, don Marcos Jiménez de la Espada, que también estudió su geografía, zoología y botánica, y que es uno de los investigadores de que España, su patria, y Cartagena, su ciudad natal, pueden más justamente, y hasta obligadamente, mostrarse reconocidas.

Español, por sus nombres actuales y universales, Marañón-Amazonas, y antiguo, Orellana, mientras que en nuestra propia España, desde el Somontano aragonés con el Guatizalema hasta los confines meridionales con el Guadalete y Guadiaro, tantos son los ríos que han perdido su nombre vernáculo, y hasta los

1. Trasladamos de *La Gaceta del Norte*, de Bilbao, 3 de mayo de 1935: «Tarapoto (Perú).—Nuevamente está de luto la Misión de San Gabriel del Marañón, regentada por los Pasionistas vascos. Apenas hace un año, mientras realizaba una de sus correrías apostólicas, desaparecía para siempre en las aguas del caudaloso Huallaga el joven misionero Padre Iríberategui. A cinco kilómetros de aquel mismo lugar, y en circunstancias idénticas, ha perecido ahora otro benemérito evangelizador de tierras peruanas: el Padre Basaras... Recorrió repetidas veces... la provincia del Alto Amazonas, así como las del Departamento de San Martín, confiadas a su cuidado...»

clásicos Anas y Betis—el primero especialmente—son llamados con tan general frecuencia Guadiana y Guadalquivir.



Fig. 2.—Don Marcos Jiménez de la Espada en 1894. El «Príncipe de los americanistas españoles», cuya excelsa personalidad en la historia de las regiones amazónicas del Perú y el Ecuador no ha sido todavía superada en todo el mundo. (Fot. «La Ilustración Española y Americana».)

Español en grado heroico es el Amazonas, pues si esa cualidad significa tantas veces tragedias y continuidad en desgracias, sangre unas veces y desventuras casi siempre, subrayan con terribles trazos el esfuerzo hispano en ese Mediterráneo fluvial o hacia él encaminado, desde los compañeros de Vicente Yáñez Pinzón que en su boca fueron muertos por los indios en 1500

hasta la infortunada expedición científica que se preparó tan pocos años ha bajo el mando del capitán Francisco Iglesias², pasando por el fracaso de Diego de Ordás antes de Orellana, la catastrófica y segunda empresa de Orellana por el río, su gemela en suerte y la primera en asesinatos de Pedro de Ursúa, la calamitosa entrada de Proveda, los anteriores y abortados intentos de colonización amazónica por Diego de Vargas en 1559 y unos diez años después los de Maraver de Silva y Fernández de Serpa, y otros de menor fama todavía, concluyendo con la accidentada y demasiado poco recordada trayectoria de la Comisión científica³ nombrada por el Gobierno de España en 1862, que recorrió desde el estrecho de Magallanes a California muchas regiones americanas, y que en 1865, de regreso para España, atravesó desde Quito al Atlántico, el clásico itinerario que bordea el Antisana, va por Papallacta, atraviesa el Maspa y Cossanga, afluentes del Coca, y sigue por este río o con mucha mayor frecuencia se dirige al Napo. Esta Comisión científica, de la que formaba parte don Marcos Jiménez de la Espada, consiguió traer, después de adversidades y sufrimientos sin número, valiosas colecciones a Madrid, no sin que algunos de sus miembros perdieran la vida. A ella le dedicaremos otro recuerdo hacia el final del libro.

Por algo se llama a gran parte del Nuevo Mundo América española; por algo en razón de lo cual podemos decir que todos los libros de Geología y Geografía moderna tienen por lo menos un defecto, y con él permanecerán los sucesivos mientras no registren entre las diversas capas geológicas del suelo americano, el estrato formado por los huesos de innumerables españoles que perecieron en la exploración y población de los territorios que se extienden desde California y las Rocosas al estrecho de Magallanes. Y como para el que esto escribe es más grato hacer justicia que frases, añadiremos inmediatamente que tal sedimento está en realidad formado por españoles e indígenas america-

2. Cuyo barco, según nuestro leve parecer, debió llevar el nombre de «Orellana», o «Jiménez de la Espada», con harta más razón que el de una oscura tribu ibérica sin significación recordable en nuestra Historia, y, por supuesto, sin la menor relación con la del Amazonas.

3. A pesar de la extensa y vallosa «Historia...» que le dedicó el Padre Agustín J. Barreiro, y que publicó en 1926 la Junta para Ampliación de Estudios.

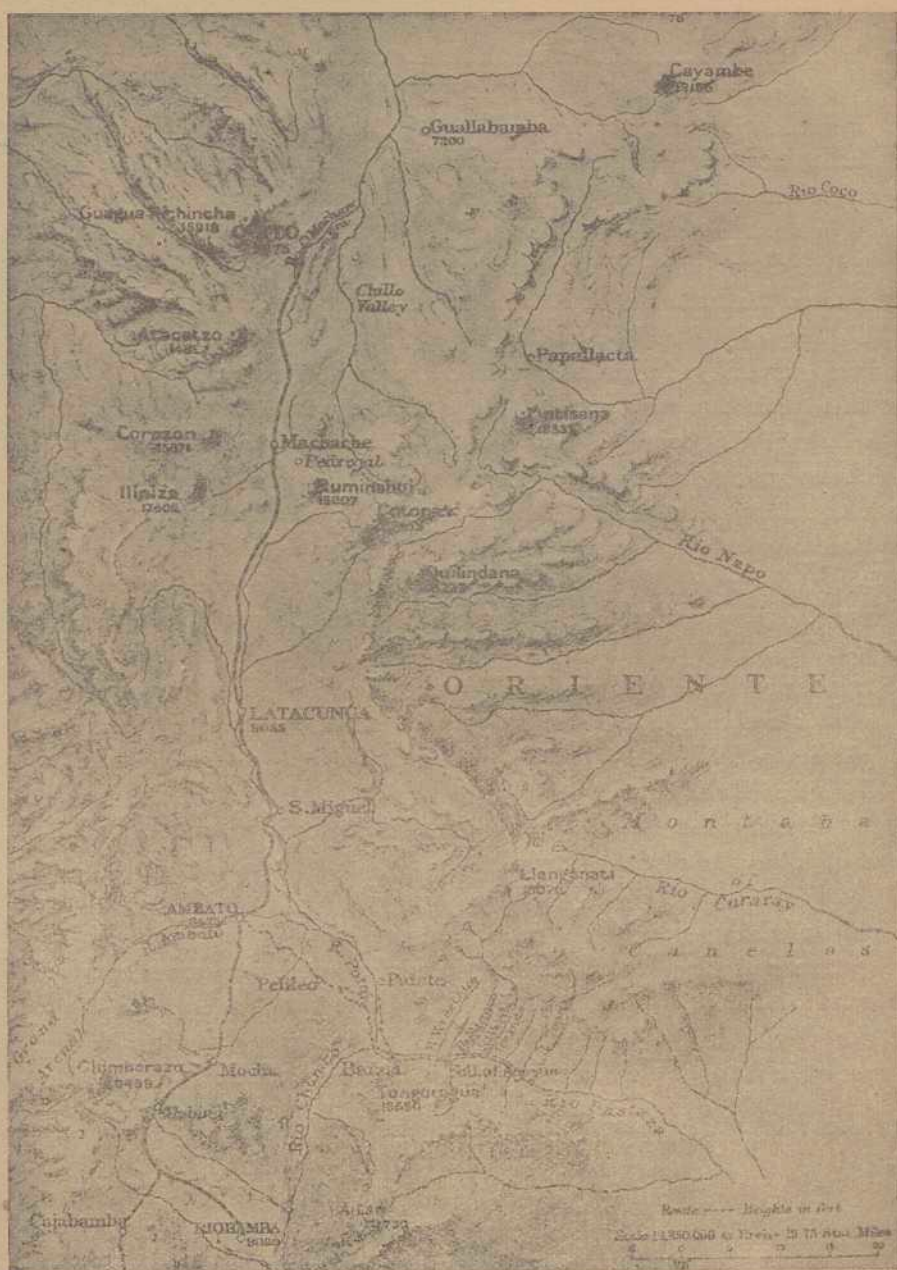


Fig. 3.—Propileos amazónicos. Al sureste de Quito se abre, un poco al norte del Antisana, una de las dos grandes puertas del alto Amazonas, el paso de Guamani que conduce a Papallacta y río de los Quijos (que se une luego al Coca, legible más al Norte), acceso abierto por Gonzalo Díaz de Pineda, seguido por Pizarro, Orellana, Mercadillo, Fr. Gaspar (los cinco coincidieron en la entrada de G. Pizarro) y por otros muchos exploradores, entre ellos el autor de esta bella topografía, J. H. Stabler, de la R. Sociedad Geográfica de Londres, que ilustra sus «Travels in Ecuador» en el *Geographical Journal*, octubre de 1917. (Reproducida por cortesía de la sabia Corporación.)

nos, pues innumerables fueron también los indios, auxiliares unos o enemigos de los españoles otros, que rindieron sus vidas en aquella epopeya de exploración y colonización. Quizás sea la bellísima cinta chilena la que, en este nuevo aspecto de la Geología americana que señalamos, debemos presentar como más claro y típico ejemplo. Pero después de ella es fácil que ninguna otra región se adelante a la encerrada en una línea trazada desde Quito a Pasto y Popayán, y que, señalando al noroeste algunas ramificaciones hacia el Orinoco y costa venezolana, bajara por el río Iza u Putu, cruzara el Amazonas, encerrase la Pampa del Sacramento, dejase otras ramificaciones trasandinas al sur, cortase el Huallaga y, siguiendo por Cajamarca, Jaén y Loja, anudase el circuito en la capital ecuatoriana. Terribles, y cruentos, y largos, fueron los años que transcurrieron hasta lograrse el sosiego en Chile; pero también puede decirse lo mismo en la zona que hemos circunscrito, sin faltar las ciudades asoladas por los indios, con muerte de sus habitantes—Archidona, Avila, Logroño de los Caballeros, etc.—, y si feroces fueron los araucanos, nada de corderos tenían los jíbaros. Abundan las escenas pavorosas en la guerra del Arauco, pero aunque sean en mayor número, no sobrepasarán mucho en horror a las acaecidas por el año de 1578 en Avila, región de los Quijos, y que refiere el cronista Ortiguera en un capítulo de la más angustiosa lectura. Allí fueron asesinados numerosos familiares (entre ellos muchos niños) de Gonzalo Díaz de Pineda o Pinera, que puede ser llamado el gran explorador de la tierra de la Canela o de los Quijos⁴. Mucha sangre fraticida se derramó en diver-

4. Véanse unos renglones de Toribio de Ortiguera: «...acudió un escuadrón de indios a casa del capitán Rodrigo Arias de Mansilla, adonde hallaron a doña Elena de Pinera... y doña Mayor y doña Violante, sus hermanas y abuela, y a otras doncellas, y a todas las mataron sin que de ninguna tuviesen duelo. ... vieron venir por el lado arriba a doña Juliana, mujer de Alonso de Vargas, que es el que hemos dicho que mataron los indios, la cual traía una hija suya en los brazos, arremetieron los indios a ella, y tomándole la niña le dieron un porrazo en la pared con que le hicieron saltar los sesos, y a la madre le tiraron dardos con que la mataron, y allí, junto ella, mataron otra su hija mayorcita que venía siguiendo a su madre.

Y en la propia calle, a Juan de Solís, muchacho de hasta diez años, y a Juan de Pinera Carvajal, muchacho que iba a buscar a su madre y hermana, que estaban en casa de Juan de Uvernía, y a otra moza doncella y a Esteban de Pinera...

No faltó quien diese noticias a estos lobos rabiosos cómo dos doncellitas pequeñas, con otra hermana suya, hijas de Sebastián Díaz de Pinera, se habían ido a es-

sas entradas como la de Diego de Rojas al Tucumán, pero ninguna resultó tan sanguinaria como la de Ursúa desde que éste fué cosido a estocadas.

Así ha escrito muy bien Mozans, en uno de los libros más literarios e hispanófilos, titulado «Along the Andes and down the Amazon», luego de llegar al gran río por la ruta de Moyobamba y del Huallaga y leyendo en el camino la obra del padre Rodríguez, en la que repasó las heroicas acciones de soldados y misioneros, que sintió que «había llegado, con plena realidad, a una región de leyenda y encantamiento. Pocas partes, en efecto, de Suramérica han sido teatro de más notables hazañas en muchas esferas del esfuerzo que la región centrada por la confluencia del Marañón y del Huallaga. Pocas hay cuya historia sea más conmovedora y espeluznante, o más llena de patéticos incidentes de exploración y conquista; pocas que sean testigos de una tal sucesión de sorprendentes caracteres cruzando el escenario de su fascinante drama.»⁵

También debemos considerar muy nuestro, tradicional y auténticamente español, al Amazonas y su territorio, por la tradicional desidia, y aun abandono, con que la corona de las Católicas Majestades ha mirado los intereses de la nación cuando éstos se topaban con los de Portugal. Habiendo consentido en la Edad Media que la región occidental de la Península, o región portuguesa, que, como las tierras de la meseta, se venía conquistando por los reyes de Asturias, León y Castilla, se escindiese graciosamente, sin cortar de raíz las ambiciones separatistas de la infanta española doña Teresa, de su marido Enrique de Lorena—que con intereses tan usurarios nos

conder riberas del río grande, que por allí cerca pasaba, y fuéronlas a buscar... las hallaron y mataron con la misma crueldad que a los demás habían muerto. Por la orden que habemos dicho, fueron estos bárbaros indios por todas las casas... y matando cuantos españoles hallaron, con sus mujeres, hijos y criados... parece que fué un día de juicio con tantos llantos de mujeres y niños, que ni el padre ni la madre podían favorecer al hijo...» («Jornada del Río Marañón», cap. 57.)

5. «Wherever I went I was reminded of heroic deeds by soldier and missionary, and felt that I was in very truth in a region of romance and enchantment. Few parts, indeed, of South America have been the theater of more notable achievements in many spheres of endeavour, than the region which center at the confluence of the Huallaga and the Amazon. There are few whose story is more stirring or thrilling, or more replete with moving incidents of exploration and conquest; few that have witnessed such a succession of striking characters move across the stage of its fascinating drama.» (Página 468 del capítulo 23: «Romance of the Amazon».)

cohrara su ayuda en la toma de Toledo al rey Alfonso VI, segundogénito de Fernando, el conquistador de Coimbra—y de su hijo Alfonso Enríquez; y malbaratados luego en el convenio de Tordesillas, a favor de Portugal, los casi ilimitados derechos a descubrir el planeta que nos concedieran las bulas del Papa Borja Alejandro VI; y descuidada durante tantos años, y aun siglos, la fijación de la línea demarcatoria entre la zona lusa y la castellana, con la subsiguiente entrega tácita de enormes extensiones de América; y legitimados tan vergonzosamente para España inmensos despojos con motivo del cometido en la Colonia del Sacramento y humillante y sucesivo tratado de 1681, no era cosa de molestarse porque los lusitanos nos fuesen llevando la línea demarcatoria tan al occidente como les pluguiera—y cercenando, por ende, la cuenca amazónica—, ni que los sobrehumanos trabajos de los misioneros en pro de la religión y de España, con sus reducciones hasta bien entrado el actual Brasil, se defendiesen contra los pertinaces usurpadores. Si un jesuíta bohemio, el P. Samuel Fritz, un mártir del Amazonas, puede simbolizar la tarea misionera e hispánica de los religiosos en el Amazonas, más bohemio, en cuanto a tierras americanas y en relación con Portugal, era entonces el Gobierno español, y en pura bohemia le dejamos casi todo el Brasil, es decir, casi la mitad de América del Sur.

No parece dudoso, por lo expuesto, que el historial del Amazonas tiene carácter español, genuina y tradicionalmente español.

La pesadumbre que estas cosas del pasado suscitan en nosotros se aumentará con el hecho viviente y actual de ver que las naciones nacidas de la madre España pagan, como en la maldición bíblica, las faltas o descuidos cometidos por ella. Desde Venezuela al Uruguay, atravesando por Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Paraguay y Argentina, todas las *hispánidas* pueden sostener que de haberse guardado, o haber hecho guardar la madre patria, los convenios solemnemente ajustados con Portugal, el territorio que correspondería a cada una de ellas sería muchísimo más extenso.

Pero todavía no es esto lo peor; lo más doloroso para España debe ser el espectáculo de dos dilectas hijas, Ecuador y Perú, mirándose como furiosos y enconados enemigos por un trozo de aquel terreno donde sus comunes o nuestros comunes antecesores, los Alvarados, Mercadillo, Guevara, Vergara, Díaz de Pine-



Fig. 4. — Un escenario de conquistadores amazónicos: Mercadillo, N. de Bonilla, Juan de Salinas, etc. Loja—fundada por el primero en 1546 o 1547—y su región, célebre por la quina, según diseño topográfico procedente del Archivo de Indias (Audiencia de Panamá, legajo 179), en el que se ve la ciudad entre dos ríos que irán al Chinchipe y por éste al Amazonas, mientras que otros nacidos muy cerca, o en el mismo cerro (el de Caranuma, dibujado y nombrado en este mapa), irán por el Catamayo, o río de Tumbéz, al Océano Pacífico. (Desde tal cerro puede verse un río de Malacatos que corre hacia el Catamayo y otro Malacatos que contornea a Loja.)

da, Núñez de Bonilla, Orellanas⁶, Porcel, Palomino, Vázquez de Avila, Salinas, Dávalos, Vaca de Vega y tantos más, con largos y penosos heroísmos, ganaron más gloria seguramente que riquezas, explorando y colonizando aquellas regiones en que el suelo, con sus montes, ríos y fangales; el cielo, con sus lluvias torrenciales y sempiternas, y el calor agobiante; los bosques enmarañados e inextricables, y el reino animal, con sus desesperantes plagas de innumerables insectos y sabandijas, como decían nuestros misioneros, tan espantoso y mortífero cúmulo de enemigos oponían al paso de los conquistadores⁷.

Aquella tilde de abandono que hemos puesto al Gobierno español con su reino amazónico, lo encontramos en otro caso que guarda relación con el tema amazonista. Fué la víctima un hombre que merece le dediquemos aquí larga o reiterada memoria, por haber sido en el siglo pasado otra especie de misionero del Amazonas, un auténtico misionero de su historia y un prócer entre los americanistas: don Marcos Jiménez de la Espada, cuya

6. Además del Francisco de Orellana descubridor, sabemos de: un homónimo criado del anterior en su tornaviaje al Amazonas o expedición a la Nueva Andalucía, que depuso como testigo en Lima, el año de 1558, en la información de otro amazonista, Diego Muñoz Terneró; un Hernando de Orellana compañero de Juan de Salinas y poblador de la ciudad de Loyola, una de las varias fundadas por este destacado caudillo en sus exploraciones por el Marañón—vid. la Relación de Salinas en Jiménez de la Espada, tomo IV de las «Geográficas del Perú», apéndice último, páginas LXVII-VIII—, y Alonso Enriquez de Orellana, viajero del Amazonas con Pedro de Ursúa y víctima de Aguirre en la isla Margarita. (Por error de imprenta inadvertido, en la página 93 de nuestro libro figura como Enrique de Orellana, aunque en la parte documental su apellido está en forma correcta.) Además de éstos, no es dudoso, por la abundancia de extremeños en la conquista de América y la extensión del apellido Orellana entre ellos, que otros actuaran en relación con el gran río que también se apellida Orellana.

7. No conocemos, sino «grosso modo», la conclusión de la enemiga entre los dos países amazónicos por el acuerdo establecido en la Conferencia Panamericana reunida en Río de Janeiro. Nuestra especial dedicación en todos estos meses a la historia de esas naciones nos hace mirirlas con especial afecto, y seguramente que pocos españoles celebrarán más que nosotros que el convenio sea satisfactorio para el Ecuador y para el Perú. Pero tememos que si en él no se establece la libre navegación de la primera república por el Amazonas a lo largo de la ruta del Napo (sea cual fuere el lugar en que la frontera se fije), quedará un rescaldo de insatisfacción.

Como lo habrá siempre en España, a pesar de todos los tratados firmados con mayor o menor convicción por nuestra patria, mientras las cuestiones de Gibraltar y Tánger (y algo más en Marruecos) no pierdan sus vicios de origen: imposición más o menos velada del fuerte al débil y excesiva intromisión de aquél en zonas que la Historia y la Geografía señalan como prolongación de España o como áreas naturales del natural crecimiento español. Las circunstancias pueden aconsejar en tal o cual época que estas cuestiones o parte de ellas se aplacen, pero los españoles, aunque podamos estar divididos ante muchas cuestiones, coincidimos en que aquellos arreglos no están del todo arreglados.

vida, tan escasa de regalos cuanto sobrada de esfuerzos en pro de las ciencias históricas y naturales, fué un sincero y admirable sacerdocio. No disfrutó nunca del Gobierno un sueldo suficiente—entiéndase, retribución fija—para permitirle esa vida de cuprosa, más que áurea mediocridad, y de prolijas renunciaciones con que se vencen las perentorias y diarias necesidades; y aunque se le encargase por los Poderes diversos trabajos históricos y la representación de España en algunos Congresos, y aunque la Academia de la Historia le concediese en víspera de su muerte un premio por su monumental obra «Relaciones geográficas de Indias», ya puede suponerse cuán poco representa esto en la vida de una familia; tan poco que, según leímos veinte años ha en algunos periódicos que figuraban entre los legajos de papeles de don Marcos, cuando los examinamos en el Centro de Estudios Históricos, más de una vez tuvo que apelar a la liquidación de los restos de las ediciones de sus obras a los libreros de lance. Otro hecho confirma la modestia en que tal egregio sabio vivía: elegido miembro de la citada Academia, no llegó a posesionarse del cargo por serle imposible equiparse con la etiqueta reglamentaria para la ceremonia de ingreso. Y a poco de ser designado para un puesto más armonizado con sus excepcionales méritos, la muerte convirtió en eterna noche la breve alborada.

Hemos mostrado ya cuántos vínculos tenemos los españoles con aquella grandiosa región llamada Amazonia y su aorta, y que ocupamos primera fila en cuanto al descubrimiento del mayor río del mundo. Es una perla más que orna el joyel centrado por el hecho más grandioso en la historia de los descubrimientos geográficos: la invención del Nuevo Mundo, consumada por españoles encabezados por un genovés, Cristóbal Colón—cosa que nos apresuramos a testimoniar por ser pura verdad—, y que se acompaña: con el hallazgo y primera navegación del mayor de los océanos; con la realización del mayor de los viajes o primer periplo de todo el Globo, inspirado por el portugués Magallanes y cumplido por Elcano; con el encuentro y penetración por miles de lugares de la mayor cordillera del planeta, los Andes y con el alumbramiento de la mayor de las islas, ya se considere como simple isla Australia, o ya deje tal puesto, al considerarse con justicia que es un continente, a la Nueva Guinea.

Prevedemos la posible censura de algún lector a lo expuesto sobre el historial hispánico del Amazonas y que lo califique de gri-

terio nacionalista. Precisaremos nuestro ánimo, que nunca fué amigo de sustraer a nadie sus derechos. Primeramente diremos que siendo tan múltiples e intensas las voces en todo el mundo que reclaman su justicia, precisa hablar un poco alto para ser oídos, y sumaremos luego que el hecho de presentar el rosario o teoría de vinculaciones españolas con el mundo marañón, y el de sostener nuestra primacía absoluta desde el último año del siglo XV hasta parte del XVII en la historia amazónica, no implica que otras naciones no tengan parte relevante en ese historial. Es más; como los sentimientos cristianos que deben informar la vida de todos rechazan esos orgullosos y usurpadores nacionalismos, proyección gigantesca del egoísmo—egoísmo, esto es, conjunto de codicias siempre, amalgamadas muchas veces con soberbia, que tanto repugnan y a tantas colisiones dan origen en nuestra vida social—, y puesto que la sublime doctrina de Cristo (tan sublime como poco observada) ordena considerar al prójimo como a nosotros mismos, proclamaremos, por ser verdad y justicia debida a los demás, que otras naciones cuentan también con una destacada ejecutoria amazonista, y que sería marcada necedad y relevante egoísmo por nuestro lado no reconocer la exigüidad de la parcela española luego de la emancipación de las hijas americanas, y por ende afirmamos que los portugueses, durante buena parte de su dominación en el Brasil, y los ingleses, norteamericanos, franceses, italianos y alemanes en el siglo XIX, pueden presentar más trabajos y estudios como frutos naturales de un mayor número de exploraciones por ellos ejecutadas. En nuestro libro sobre la expedición de Ursúa y rebelión de Aguirre pueden encontrarse citados docenas y docenas de libros sobre el Orellana o Marañón escritos por viajeros de las citadas nacionalidades, con los que completamos la bibliografía amazónica que allí inscribimos, que dista mucho, naturalmente, de ser total, pero que acaso sea la más numerosa de las reunidas, y, sobre todo, consultadas hasta la fecha. Seguimos creyendo también, mientras otra cosa no se pruebe, que en el terreno puramente histórico con el Orellana relacionado, no hay personalidad en el siglo XIX de mayor prestancia que la de don Marcos Jiménez de la Espada. Ni en los demás siglos tampoco.

Está clara, pues, nuestra posición, en modo alguno acorazada contra los méritos ajenos, sino francamente porosa para admitir verdades. Y puesto que las opiniones de los connacionales

pueden, y deben en principio, ser sospechosas ante el tribunal de Clío, hemos preferido encabezar estas páginas con un juicio ajeno, inglés, sobre la exploración del país de la Canela y la navegación del río-mar. Así no nos podrá repetir nadie lo que se ha escrito sobre algunos tratadistas conterráneos: que en sus obras «el elogio inconsiderado usurpa muy a menudo el puesto de la crítica genuina». (Vid. C. H. Haring: «El comercio...», página XXVIII.) Pero se nos permitirá argüir que también puede enfrentarse la misma sentencia a historiadores de otras naciones, y aun de todas, pues la sobrestimación de lo connacional se da entre los habitantes de todos los Estados, y es simplemente un aspecto del egoísmo, esa base tan ancha y tan densa de todo lo humano⁸.

Cumplidos por nuestra parte estos tres deberes o recuerdos: el de las grandes vinculaciones entre el Amazonas y España, el de las aportaciones logradas por otros Estados y el del misionero de su estudio en el siglo pasado, don Marcos, nos queda el cuarto deber: el de indicar algo sobre nuestra obra.

Al aproximarse la fecha de este centenario pensamos publicar un trabajo, poco extenso, que teníamos manuscrito desde hace varios lustros, en el cual las adiciones propias se referían principalmente a correcciones y a alguna breve ampliación de la clásica obra del formidable historiador chileno don José Toribio de Medina, publicada en Sevilla en 1894. Requerimientos que, por su origen y exposición, entrañaban un afecto y una consideración al autor que seguramente no merecemos, nos obligaron a modificar sustancialmente nuestro propósito en sentido amplificador, al dar un puesto no espacioso, pero sí muy legítimo, a los precursores y sucesores españoles de Orellana en el Amazonas, singularmente a Vicente Yáñez Pinzón, cuya prioridad descubridora es tan indiscutible como discutida, o más bien negada (cuando no absoluta y más o menos voluntariamente desconocida), por los portugueses; a Gonzalo Díaz de Pineda, el primero que abrió, como hemos dicho, la clásica puerta de entrada al Marañón por

8. Recordamos sobre esto lo que cierto literato escribió hace un cuarto de siglo, por los tiempos de la otra guerra europea, en que también España se escindió, aunque no tan abisalmente como ahora, en aliadófilos y germanófilos. El autor, periodista parcial de uno de los dos beligerantes, se expresaba así sobre una potencia que figuraba, sin embargo, en el campo de su filia: la crítica x, que se distingue fundamentalmente de la española en estimar lo propio mucho más que lo ajeno...

el paso de Guamaní a las fuentes del Coca y Napo, y a otros auténticos descubridores, como Alonso de Alvarado, Mercadillo, Juan Pérez de Guevara, Vergara, Juan de Salinas, etc. Tampoco serán olvidados los que en el siglo XIX continuaron gloriosamente la tradición hispano-amazónica, como el obispo Sánchez Rangel y don Marcos y sus compañeros, y un recuerdo de afecto y condolencia habrá para los anónimos colonizadores y obreros españoles que en ese siglo, y a principios del actual, fueron víctimas del nuevo aspecto que tomaron los antiguos mitos del Dorado, Paititi y Manoa, en la propaganda de los empresarios de la emigración, que embaucaron a tantos españoles, del Noroeste particularmente, para ser víctimas en gran parte de las enfermedades, de la explotación más indecorosa y de las balas los que protestaban. No espere nadie estudio total en ninguno de estos aspectos, ni mucho menos para la íntegra actividad de los españoles, ya fuesen peninsulares o criollos, en el Amazonas y sus cabeceras. Un estudio tal consumiría la vida íntegra de cualquier hombre, aunque fuese de los más longevos.

Bastantes documentos inéditos formarán cortejo y respaldo a nuestros capítulos y serán particularmente numerosos en los consagrados a Orellana. Entre los relativos a este protagonista podrá ver cualquier historiador que hay bastantes de interés secundario. Sería ociosidad o inocencia esperar otra cosa después de haber roturado y ampliamente aprovechado este terreno un trabajador como Toribio de Medina, y no menos doncellez en el menester histórico mostraría quien dedujera que por este aspecto complementario que tienen parte de los documentos sobre el segundo viaje de Orellana, no merecían la edición. Tanto el momento actual como la experiencia de que documentos al parecer de limitada importancia en una ocasión, pueden acrecentarla y servir admirablemente a los fines o estudios de otros historiadores, aconsejan su presencia aquí.

Cuatro de los problemas de mayor trascendencia en la historia de la expedición de los amazonautas: el de una antelación a Orellana en descubrir hasta las regiones de Machifaro, bastante entradas en el área fluvial; el de la obstrucción portuguesa al tornaviaje de Orellana y su enlace con la famosa línea de demarcación, la cuestión de las mujeres Amazonas y la del Dorado, tendrán sus respectivas explanaciones. Medina no los tocó siquiera, pero son tan numerosos como las estrellas los autores

que han tratado los dos últimos, mientras que el primero sólo fué suscitado por don Marcos. Es decir, el egregio americanista creyó que algunos compañeros de Mercadillo—un portugués entre ellos (con Portugal hemos topado)—, en su expedición de 1538, llegaron hasta Machifaro, región tan internada ya del Amazonas, y de la que tanto se habla en las relaciones escritas sobre la jornada de Ursúa al Dorado y Omagua. Algunos, como don Luis de Ulloa, han secundado tal creencia, que nosotros no compartimos, e intentaremos resolver tan interesante punto.

El segundo tema tampoco fué, no ya desenvuelto, sino acusado por Medina. Nosotros, en este tiempo—no en aquel en que iniciamos el estudio de la excursión de los amazonautas, que fué nuestro estreno en la brega histórica—, vimos pronto en las dificultades y guerra oculta que sufrió Orellana para su intento colonizador, la política portuguesa de espionaje, intrigas y obstrucción por todos los medios, a ciertas empresas españolas de descubrimiento.

En los cuatro problemas, y singularmente en los dos últimos, tendremos que ser breves, pues cada uno de ellos requeriría largos meses de especial dedicación. Para el mito de las varoniles amazonas nos será de gran utilidad, como siempre, don Marcos Jiménez de la Espada, verdadero Angel de la Guarda para todo investigador amazónico; el folleto del Dr. George Friederici, «Die Amazonen Amerikas», tan erudito como poco manejado, y remontándonos en el tiempo, pero sin apartarnos de este terreno, hemos intentado consultar una obra del sabio salmantino Domingo Muriel (cuya gran labor historiográfica puso en relieve no ha muchos años el P. Furlong, en monografía publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires), pero el servicio de préstamos, establecido tan providencialmente para los historiadores biblio-topográficamente *descentrados*, por la Biblioteca Nacional, nos dijo que no figuraba en su acervo.

La obstrucción portuguesa en el viaje de Orellana no es más que un caso, entre los incontables de ella, a los descubrimientos españoles, que luego de los primeros de Cristóbal Colón, y mientras éste realizaba los segundos, llegó a un arreglo catastrófico para España en el tratado de Tordesillas, y que después siguió casi constantemente este empedernido curso marcado por el año 1494, para terminar isomórficamente, o sea en desastre para Es-

pañá, por la necedad cometida en Tordesillas, y la mayor, si cabe, de no fijar el meridiano fronterizo. Sobre este meridiano son preciosos los informes de aquellos excepcionales hombres de ciencia que se llamaron Jorge Juan y Antonio de Ulloa, y por nuestra parte poseemos varios documentos inéditos y noticias manuscritas que bien podemos llamar importantes sin caer en falta de modestia.

Repetimos que ninguno de los capítulos de nuestra obra, ni siquiera el dedicado a Ursúa y Lope de Aguirre, que cuenta con antecesor tan extenso y especialmente consagrado como nuestro libro impreso en 1927, tiene pretensiones agotadoras, pues desde mediados del último año, en que tan cortés y gratamente se nos requirió para esta faena, y desde que meses después aún terminamos otros estudios para los que ya estábamos comprometidos, apenas si queda tiempo, y menos en un funcionario, para un esbozo historiográfico de tan extensa labor como la realizada por nuestros compatriotas en la cuenca alta del Orellana. Conviene también repetir que la historia de explorador español en Amazonia ofrece vasta materia a muchos historiadores, quienes encontrarán excelente guía e imprescindibles antecedentes en las obras de don Marcos, singularmente en los tomos III y IV de sus «Relaciones geográficas de Indias». Pocos medios habría más indicados para honrar su excelsa memoria que la continuación por historiadores españoles, y cartageneros en primer lugar, si fuera posible, de los magistrales estudios que nos dejó cual preciosa herencia.

Por ser tan gloriosa la personalidad del donante, hemos querido que su retrato estuviese en el propileo o puerta obligada de acceso a un área de la historia hispano-americana que puede llamarse justamente suya. Acompañamos su retrato con el de otro andarín de América e historiador de los *amazonautas* y *marañones*, Juan de Castellanos, andaluz de Alanís, en la provincia de Sevilla, el cual presenció el término de las gravísimas peripecias de los *amazonautas* al acogerlos hospitalariamente, con los demás vecinos de la Nueva Cádiz, en la isleta de Cubagua. Conoció, pues, a todos los viajeros que salieron vivos del río, y de ellos supo, sobra el decirlo, las peregrinas aventuras, y más adelante, viviendo ya en Tunja, conoció igualmente a varios *marañones*.⁹

9. Como suele verse en las historias, no lo ponemos ahora en este avance, aunque después figure en la obra completa.

Mucha más novedad, por ser uno, seguramente, primera reproducción, e inédito el otro (a lo que se nos alcanza), son los de otros dos autores y viajeros: el retrato de quien podemos llamar «el cristiano errante» y podríamos calificar de personaje insólito e inaudito, si no se tratase de un individuo del siglo XVI (y si la causa de tal singularidad o inaudición no radicara, en buena parte, en lo poco que repasamos nuestra historia): Pedro Ordóñez de Ceballos, pacificador y misionero de los Quijos; y el de

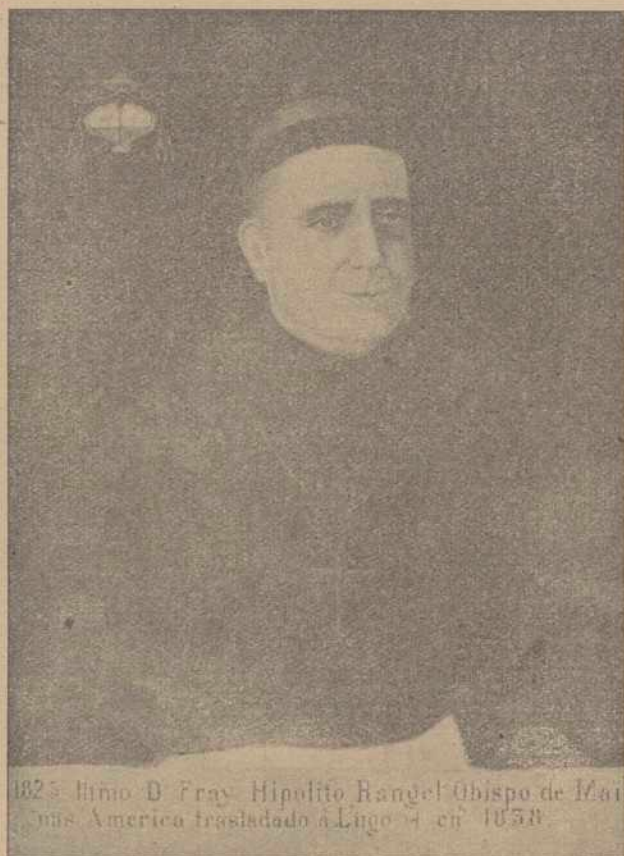


Fig. 5.—Muy conocido el primer obispo de Mainas, Fr. Hipólito Antonio Sánchez Rangel y Fayas, en la historia de los litigios entre Perú y Ecuador, no lo es mucho como viajero y descriptor de la alta Amazonia, ni como original y extravagante poeta del gran río. (Retrato en el palacio episcopal de Lugo. Foto obtenida por mediación de los señores Romero Flores, R. Labajo y Varela Novo.)

Fr. Hipólito Antonio Sánchez Rangel, primer obispo que rigió la diócesis de Mainas y acreedor al título de poeta español del Amazonas. No obstante haber sido presentado al mundo erudito por un historiador como Serrano Sanz, apenas hay quien nombre a este viajero del Mediterráneo fluvial y precursor del modernismo poético, ya sean americanistas o historiadores de nuestra literatura. Muy raro se nos hace no haber hallado en don Marcos Jiménez de la Espada la cita de la «Pastoral religioso-política geográfica» de Sánchez Rangel. El primer retrato, de cuyo parecido con Ordóñez de Ceballos no podemos ser graduadores, se tomó de la obra de este «Tratado... de los Reynos de China, Cochinchina y Champaa...», Jaén 1628 (Biblioteca Nacional, Raros, 16.225). El segundo retrato procede del palacio episcopal de Lugo, a cuya diócesis fué destino Fray Hipólito después de su última fuga de Mainas, a consecuencia de las guerras de emancipación americanas y por la vía del Amazonas precisamente ¹⁰.

Una de las fotografías más apreciables—para nosotros al menos—es la que contiene la casa solariega de Ursúa en el valle de Baztán, que nos procuró el doctor en Medicina y publicista vasco don Justo Gárate, uno de los hombres más hidalgos que conocemos y cuyo profundo amor al terruño no aminora un adarme al que profesa a la patria común, cosa muy de estimar tratándose de los hijos de Vasconja ¹¹.

Gracias al bienhechor don Marcos se pueden enriquecer las ilustraciones gráficas con algunas de las que figuran en sus «Primeros descubrimientos del país de la Canela» y «La traición de un tuerto», y con parte de las que, dibujadas por el mismo, publicó el P. Barreiro. Las que trazaron el brigadier don Francisco Requena y el P. Girbal, y que forman parte de la «Relación de Gobierno del Virrey F. G. de Taboada y Lemos», pasarán parcialmente (las que tienen mayor pertinencia) a estas páginas, y de igual manera vendrán algunas procedentes del Archivo de

10. Para obtenerlo nos valimos de los buenos oficios de nuestro laureado compañero Hipólito R. Romero Flores y de D. Jesús Varela Novo, secretario del Instituto de Lugo, a quienes reiteramos desde aquí las gracias.

11. Vayan nuestros saludos y reconocimiento hasta la ciudad de Tandil, en la República Argentina, donde se encuentra, y en la que sigue estudiando la historia de España y defendiendo, cuando se ofrece ocasión, a alguno de sus cultivadores, con su desinterés y caballerosidad habituales.



Fig. 6.—El solar de Ursúa en el Baztán, cuna del famoso conquistador Pedro de Ursúa. A lo que esta foto nos enseña de la parte añeja puede agregarse: «Fortaleza a lo antiguo fundada con Troneras y Cubos, barbacana y murallas a distancia de treynta pasos del Palacio, foso y puente leuadiza que defienden su entrada.» (Fol. 402 del *Nobiliario* de Elorza y Rada, manuscrito consultado por nosotros en el hospitalario palacio de su dueño, D. José M.^a de Azcona, en Tafalla, junio de 1937. Foto Mena, obsequio del Dr. Justo Gárate.)

Indias de Sevilla. Otras varias embellecerán estas hojas, y como en cada caso se indicará la procedencia, excusamos ahora el referirnos a cada una de ellas.

Entiéndase por «estas páginas» no sólo las del avance presente, sino también las del futuro y completo volumen, y como desde las iniciales a las finales han de pasar indefectiblemente bastantes meses, si en el intervalo hay alguna amable persona que pueda facilitar fotografías antiguas o modernas, inéditas con preferencia, relacionadas en algún modo con este centenario, se agradecerán y serán publicadas, con indicación del cortés colaborador, y devueltas las no empleadas, si así se desea ¹².

12. Al remitente se abonarán escrupulosamente el importe de las que se utilicen y los gastos de envío; si viviere allende nuestras fronteras se le podría remunerar con publicaciones españolas. La remisión puede hacerse al autor—Portales, 98, terce-

Esas fotografías pueden relacionarse por múltiples lados con nuestros temas, y en éstos caben desde las vistas totales o parciales de ciertas poblaciones, como Llerena, patria del meritísimo cronista Pedro de Cieza de León (patria que suele quedar olvidada o errada en muchos tratadistas); Puerto de Santa María, de donde era el cronista marañón—que tuvimos la suerte de descubrir—Custodio Hernández; Zafra, naturaleza—que también descubrimos—de su compañero Pedrarias de Alместo, hasta Alánís, donde nació Juan de Castellanos; Trujillo, la principal de todas por Gonzalo Pizarro, Orellana y Fray Gaspar de Carvajal, y Medellín, de donde era Baltasar de Ovando. De Suramérica, además de Huánuco en el río Huallaga, residencia de otros dos cronistas marañones, el bachiller Francisco Vázquez y el literato Diego de Aguilar y de Córdoba, convendrían las vistas del Amazonas, singularmente las del primer tercio del curso, los escenarios próximos a esta sección del río y los de sus afluentes ecuatorianos y peruanos, paisajes del camino desde Quito al Marañón por Papallacta, y las márgenes de los ríos Cosanga, Coca y Napo; las de Guayaquil y Puerto Viejo, etc., etc. Los magníficos planos de Quito y Lima dibujados en el siglo XVIII por don Jorge Juan y don Antonio de Ulloa merecen sobradamente ser aquí reproducidos, y los tomamos de su «Relación histórica del viaje a la América Meridional», así como otros diseños muy útiles, como el del terreno de Quito al paso de Guamaní, primera sección de la ruta de los *caneleros* y *amazonautas*.

Por nuestro actual alejamiento del Archivo de Indias y de Madrid, y aunque hayamos hecho varios viajes a esta capital, ya puede imaginarse que en nuestro trabajo han colaborado diversos funcionarios del Cuerpo Facultativo de Archivos y Bibliotecas, a los cuales debemos señalado reconocimiento. Tales son el Vicedirector de la Biblioteca Nacional, don Nicolás Fernández Victorio; el jefe o uno de los jefes de la Sección de Manuscritos en la misma Biblioteca, don Pedro Longás; en Sevilla, el Director del Archivo de Indias, don Cristóbal Bermúdez Plata; el oficial de este Archivo (y compañero de Redacción en esta revista) José María de la Peña, que tantas consultas nos ha diligenciado y tan-

ro derecha, Logroño—, y si el colaborador residiese en Madrid, entregarlas al redactor-jefe de esta revista, D. Ciríaco P. Bustamante, en Duque de Medinaceli, número 4, Instituto Gonzalo F. de Oviedo.

tos documentos examinó y anotó por nuestro encargo; su colega don Luis Jiménez-Placer; el auxiliar don Manuel Ballesteros, y el jefe de la Biblioteca Provincial de Logroño, don Ramón Gil Miquel.

También debemos expresar nuestra gratitud a la Sociedad Geográfica de Londres y su Secretario, don Arturo R. Hinks, y asimismo a la «American Geographical So.», de Nueva York, y a su generoso Director, don Juan K. Wright, por su atenta colaboración o ayuda para la mejor ilustración e información de estas páginas.

CAPITULO I

Historiografía: Fuentes.

Notas previas. Fray Gaspar de Caryajal, Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan de Castellanos. Cieza de León: Necesidad de su estudio y edición completa. ¿Terminó una historia particular de las expediciones españolas al Orinoco, Amazonas y Plata? La tercera parte de su Crónica o descubrimiento y conquista del Perú; la cuarta parte, o Guerras civiles, en relación con las entradas hacia el Amazonas y su cuenca; rectificaciones biográficas. Toribio de Ortiguera: Contenido de su obra, enmiendas nuestras, deseuidos notables del cronista. Francisco López de Gómara. Agustín de Zárate: Notable variación en su relato sobre Orellana, probables causas, conducta pizarrista del P. Caryajal y extremos adulatorios a que se llegó en el Perú. El inca Garcilaso repitiendo con Hernán Sánchez de Vargas el caso de Alonso Sánchez de Huelva. El *aprovechado* Antonio de Herrera. El fantástico Pedro Ordóñez de Ceballos: Monografía que requiere, sus noticias sobre el Dorado y Amazonia. Baltasar de Ovando: Injusta desatención de los españoles a su «Descripción del Perú...», su gran valor geográfico, noticias históricas, tangencias con nuestros temas.

Los Anales de Montesinos.

«Hay ya demasiados libros. Aun reduciendo sobremanera el número de temas a que cada hombre dedica su atención, la cantidad de libros que necesita ingerir es tan enorme, que rebosa los límites de su tiempo y de su capacidad de asimilación. La mera orientación en la bibliografía de un asunto representa hoy para cada autor un esfuerzo considerable, que gasta en pura pérdida. Esto le lleva a leer de prisa, a leer mal, y además le deja con una impresión de impotencia y fracaso; a la postre, de escepticismo hacia su propia obra.» (J. Ortega y Gasset: «El Libro de las Misiones», Buenos Aires 1940, pág. 44.)

Estas palabras de Ortega y Gasset patentizan de manera acabada la inaccesibilidad de un triunfo en materia bibliográfica, la fatalidad de no conseguir más que un suceso mediano, la seguridad de conocer alguna producción cuando ya no hay tiempo de

indicarla y la infalibilidad de oír observaciones sobre las obras que no aparecen en nuestras páginas. Observaciones discretas o exentas de reconvención si el observador, como discreto, conoce la perennidad de estas ausencias en todos los trabajos históricos, o que llegan con zumbidos de vituperio si el que tuerce con aires de guerrillista es bisonño en estas actividades u olvidadizo de lo que a él le aconteció desde la primera a la última ocasión en que abordó la historiografía de cualquier tema. Y si no la abordó, o no se enteró de sus vacíos, todavía es peor para él. Estampado esto, debe deducir el lector que cuando aquí notemos tal o cual hueco en la bibliografía de autores que nos precedieron en el estudio de estos temas, las notas se limitan a registrar un hecho inevitable, general, que no envuelve reconvención ninguna por nuestra parte y que se manifiesta por ser deber de los que seguimos una senda, mostrar a los demás los hiatos que en ella encontramos.

Otro deber es la denuncia de afirmaciones graves o de conclusiones desamparadas de los indispensables antecedentes, denuncia que precisa acompañar, por supuesto, con las autoridades o fuentes sobre la materia para exponer ante los lectores lo que realmente debió afirmarse o concluirse. Tal es el caso de la explicación del mito o fama de las Amazonas americanas, basada en la existencia de mujeres reclusas en los templos peruanos.

Presentimos que en el retablo historiográfico que sobre el Amazonas exponemos hallarán algunos lectores que unas figuras destacan bastante más que otras que acaso tengan mayores relaciones con el gran río. El relieve dado a cada una dependerá no solamente de esas relaciones, sino también de la cuantía en que hayan sido utilizadas y estimadas tales figuras. Al encontrarnos con un olvido que no consideramos justo, procuramos resaltar a los que hasta el presente quedaron menospreciados por causas extrínsecas; así ocurre con Baltasar de Ovando, quien, aunque da diversas noticias del cronista y compañero de Orellana y del ángel malo de la expedición marañona, al que conoció igualmente, la suma de elementos importables a nuestro estudio no es grande. No obstante, le dedicamos varias páginas por hallarse en él un caso de lesa patriotismo, de urgente y obligada demostración por parte de España del aprecio que merece su obra, principalmente en el aspecto geográfico, ampliamente geográfico por sus observaciones sobre ciudades, cultivos, ganadería, industria,



Fig. 7.—«India que habita las Riberas frondosas del Rio Napo, colateral de el de las Amazonas. Conservan en la pintura la memoria del traje que vieron a los primeros Conquistadores Orellana y Marañon, a quienes presentaron batalla cruel estas mugeres belicosas. De este origen verosimilmente nació el nombre de aquel magestuoso Rio, cuya fama, estendida por todo el universo, ha hecho la credulidad de que existe una nacion de Amazonas en esta América meridional. Los historiadores de mejor nota son los que lo creyeron y estendieron en sus obras; pero este caso peregrino pende, de que en ciertas ocasiones y estaciones se ausentan los hombres a la caza y pesca por sus rios navegables, y en una de ellas es cuando asomaron por aquella region los conquistadores españoles a quienes las Indias resistieron en su transito. El Brigadier Don Francisco Requena ha comunicado con esta tribu y nos ha desengañado de la falsa creencia o equivocado concepto en que estabamos.» (De «Memorias de los Virreyes...», tomo VI, Lima 1859. Relación del Virrey Gil de T. y Lemos.)

comercio, etc. En Agustín de Zárate quizá encuentren también los lectores desproporción entre lo que realmente aporta de útil al historial canelero-amazónico y el espacio que le dedicamos. Si entretiene sus ojos en recorrerlo, pronto verá la razón de ello: casi todo ese espacio se llena con la pesquisa de la causa, bastante probable, de la gran divergencia que en sus noticias existen con las de Gómara y las primeras en crédito de Cienza y Fray Gaspar.

Sin embargo de estas u otras motivadas expansiones sobre éste o aquel autor, el capítulo se dedicará, por regla general, a lo más saliente de su concreto campo, pasando con mayor prisa sobre las figuras ya bien estudiadas, como Fernández de Oviedo y Juan de Castellanos, y procurando citar la bibliografía ulterior a la divisora puesta en este terreno por la publicación de don José Toribio de Medina, y de la que hayamos podido—naturalmente—alcanzar alguna noticia¹³. El empeñarse en nombrar todas las publicaciones que hablan de Orellana, aunque fuese reduciéndonos a la escueta cita, nos llevaría muchos meses. Del propio Carvajal, y como hizo también el gran historiador chileno susodicho, redactaremos un capítulo aparte, rectificando y ampliando algo de lo mucho que investigó sobre el cronista de Orellana.

Sospechable es que algo, acaso, de lo que nosotros presentamos esté contenido en un libro de don Ruben Vargas Ugarte: «Bibliografía histórica del Perú... Fuentes», aparecido en Lima en 1939 (8.º, 346 páginas), de cuya existencia nos hemos percatado por la excelente «Revista Chilena de Geografía e Historia» (y que hemos procurado, por más de un conducto, adquirir). Pero, ¿qué ventaja encontrarán los americanistas españoles si callásemos nosotros por haber una obra que no pueden manejar, por no existir, muy probablemente; ni un solo ejemplar todavía en España y sólo por temor a esta o aquella particular coincidencia? Así, pues, aquí no debemos prescindir de un fruto cierto, aunque nuestros lectores lo encuentren más o menos apreciable, por una esperanza inconcreta y por ahora bien poco asequible.

13. Las deficiencias que se nos señalen y los informes que se nos quieran dar durante el intervalo de este avance hasta el libro completo, serán subsanadas y utilizados, respectivamente, y agradecidos éstos y aquéllas.

Fr. Gaspar de C., G. F. de Oviedo y J. de Castellanos.

La expedición de los amazonautas gozó la fortuna de tener tres salientes historiadores, de los cuales Juan de Castellanos y Gonzalo Fernández de Oviedo vieron al propio Orellana y sus compañeros, ya en la estación terminal de la jornada—Cubagua—, ya en otra que no fué terminal, sino de partida, para tornarse al Perú, unos, y a España, otros: Santo Domingo. El tercer historiador, si bien ocasional, es el más importante de todos, puesto que fué uno de los propios y más destacados amazonautas: el padre dominico Fray Gaspar de Carvajal, que si disfrutó de esta ventaja para su tarea testimonial, no fué sin padecer las hambres y demás contratiempos de la excursión, entre éstos el irreparable de la pérdida de un ojo, a causa, según cierto autor, de un flechazo femenino. Quiso decir de una flecha disparada por una de las belicosas indias que dieron a la gran corriente fluvial el nombre de río de las Amazonas, pero fué error involuntario. El flechazo fué obra de un indio.

Pero dos de estas mejores fuentes para conocer la expedición en su totalidad, Oviedo y Carvajal, permanecieron inéditas e inusitadas por los historiadores hasta el siglo pasado, salvo un breve relato del primero, que publicó Ramusio en su «Navegaciones y viajes»; y en cuanto a Castellanos, aunque su primera parte de las «Elegías»—al final de las cuales (elegía XIV, canto 2.º) habla de su encuentro con Orellana y amazonautas en Cubagua—se publicó a fines del siglo XVI, quedó, al igual que la corta versión de Oviedo, sin trascender al mundo historiográfico. La suerte corrida por Castellanos puede explicarse del siguiente modo: los aficionados a la poesía no es fácil que pasaran de sus primeras y pesadas estrofas, y los cultivadores de la historia encontrarían mucho más ameno informarse por Gómara y Zárate, y luego por Garcilaso y Herrera. Si aparte de estas causas en el desuso influyó también la exigüidad de la edición—en el caso de que fuese exigua—, es cosa que no sabemos, y en cuanto al desdén hacia tan mediano poeta, podemos observar que éste no es justo por parte de los historiadores, y que es de extrañar bastante que Medina no utilizara esta fuente más que en la cuestión de los nombres del río y de los supervivientes de la expedición de Ordás, vacío que no se ha llenado en la versión inglesa cuidada por el profesor H. C. Heaton, como era

posible y pertinente hacerlo a principios del capítulo X del libro de don José Toribio.

Pero si esto puede ser un defecto, tuvo, en cambio, el feliz acuerdo de trasladar en un apéndice los seis capítulos (o partes de capítulos) que en el libro XLIX de la «Historia General y Natural de las Indias» dedicó Fernández de Oviedo a esos sucesos de Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana, y también la «Relación» que de tales sucesos, y principalmente de los tocantes a la navegación del Amazonas, escribió Fray Gaspar de Carvajal, contenidos en el libro L, «Relación» que, como es bien sabido, aunque algo más breve que la publicada por J. T. de Medina, es de gran interés, por encerrar muchos datos ausentes en la versión larga. Por esta circunstancia, la obra de Oviedo reitera muchos datos dos, tres y hasta cuatro veces.

Desde González Barcia a Picatoste, Medina y Heaton, se viene hablando con poca precisión de otro breve relato hecho por Oviedo, en forma de carta, al Cardenal Bembo, y que fué el primero que se conoció impreso, por incluirlo Ramusio en el tomo III de su «Colección» en 1556. Medina habla de esta carta en su capítulo III, diciendo: que el colector italiano la insertó abreviadamente; que se reversionó al castellano por Gabriel de Cárdenas; que esta reversionó la tenía manuscrita en su grandiosa biblioteca el famoso bibliófilo don Andrés González Barcia, quien, a su vez, escribía que la carta constaba de veinticuatro folios en la «Historia General de Oviedo»; y que así lo repetía Picatoste en sus «Apuntes para una Biblioteca científica española...». Como en Ramusio no ocupa tal carta más que dos folios, Medina consignó, guardando excesiva fe a Barcia, que la versión publicada en italiano era un extracto de la epístola de Oviedo a Bembo. Ni el traductor al inglés de la obra de Medina, Bertram T. Lee, ni el editor, H. C. Heaton, oponen nada a estas referencias.

Sospechamos que ninguno leyó la carta en Ramusio—y, por supuesto, el señor Picatoste ni leyó al italiano ni siquiera la «Historia» de Fernández de Oviedo—, o por lo menos con la atención debida, pues de nuestra lectura resulta que el compilador itálico no abrevió a Oviedo, y que fué éste quien, al comunicar epistolarmente al Cardenal el extraordinario suceso de Orellana, sintetizó, como era natural, lo mucho que sabía del asunto, gracias a las referencias de varios amazonautas. Lo que Oviedo con-

signa en su carta, en lo que precisamente nos importa, y retornado al castellano por nosotros, es lo siguiente: «que no tiene tiempo ahora de decir todo lo que ha escrito en veinticuatro hojas en la continuación de su historia», y que, por esto, lo escribe sucintamente.

Sin embargo de ser un compendio de lo que trataba en su «Historia», ofrece esta carta algo que no vemos registrado ni en dicha obra ni por los demás tratadistas, como la de serles imposible a los nautas tornar a Gonzalo Pizarro, porque no era hacedero ganar ni tres leguas al día en contra de la corriente; y que el móvil de esta entrada no fué tanto la canela cuanto el encontrar al Príncipe Dorado. De los predicados que traían los descubridores del río sobre las mujeres Amazonas, opina que no son enteramente Amazonas, porque, como sabe el reverendísimo Cardenal, las que así se llamaban «vna poppa... si bruciaiano», pero en lo restante «sono poco differenti...». La reina de estas mujeres era «richissima»; ella y las principales señoras usaban vajilla de oro, según decían los indios. Habló mucho sobre estas cosas con Orellana y trece o catorce de sus compañeros. (En el capítulo II del citado libro XLIX los numera en diez o doce, y concreta el día de su arribo a Santo Domingo: un lunes 20 de diciembre de 1542.)

De interés autobiográfico son las líneas que siguen a lo de los trece o catorce amazonautas: que su «Historia de las Indias» tardaría en salir por la guerra con Francia, a causa de la cual no podía al presente dejar la fortaleza, aunque ya tenía licencia del Emperador.

La histórica epístola tiene el siguiente título en Ramusio: «La Navigazione del Grandissimo fiume Maragnon posto sopra la Terra ferma dell' India occidentali, scritta per il Magnífico Signor Consaluo Fernández de Ouiedo, Histórico della Maestà Cesarea nelle dette Indie. Al Reuerendissimo & Illuntrissimo Signor Il Cardinal Bembo» ^{13 bis}.

13 bis. Como concreta el profesor Heaton, ocupa los folios 415 y 416 de las dos primeras ediciones de Ramusio. El ejemplar de la segunda que hemos visto en la Biblioteca Nacional tiene esta signatura: B. U. 5.169-71. En otro ejemplar del mismo Centro, el tomo III, que es el que nos interesa, se halla faltar de estas y otras hojas del final. La fecha de la carta, adelantada por Medina y Heaton, es correcta: 20 de enero de 1543, en Santo Domingo.

Pedro de Cieza de León.

Un historiador de gran conciencia, el extremeño—de Llerena—Cieza de León, y un cronista, Toribio de Ortiguera, montañés, figuran entre las buenas fuentes por haber recogido su caudal histórico de varios *caneleros* y *amazonautas*; pero con sus obras ocurre igual que con las de Carvajal y Oviedo: han entrado en la corriente circulatoria erudita modernamente.

El primero de estos historiadores en tiempo y méritos, Pedro de Cieza de León, aunque no fuera, como lo es, la mejor fuente para conocer la expedición de los caneleros, seguiría siendo uno de los autores que piden o necesitan perentoriamente un estudio monográfico y una edición completa y crítica de todas sus obras, con las exigencias de cuidadosos índices de nombres geográficos y personales, índices que, no obstante su intenso y cada día más alto valor, por la sin cesar creciente marea de publicaciones, vemos que, con dolorosa frecuencia, faltan en obras de personas, singulares o colectivas, que por sus actividades conocen bien la extremada utilidad de esos complementos. Cieza requiere varios años de trabajo especializado, y como esto no es muy compaginable con las empresas industriales, que han sido las únicas que se han acordado de Cieza, no vemos más que al Estado como posible editor y sostenedor del estudioso que quiera entregarse totalmente al menester.

Estudioso o más bien estudiosos, pues habiendo desaparecido don Marcos, en quien tan brillantemente convergían las ciencias naturales con las históricas, y ampliadas con tal ímpetu desde sus años la Etnografía y Arqueología, de cierto se requiere el concurso de un naturalista, un historiador y un arqueólogo. Por lo menos para las dos primeras partes de su obra total, la «Crónica del Perú», partes que dedica a la descripción geográfica, etnográfica y resumen de la conquista y población del imperio incásico, la primera, y al señorío o gobierno de los Incas, la segunda.

En lo que ahora nos compete, esta segunda parte tiene singular trascendencia para la disolución de una teoría que ha pretendido explicar *mejor que nadie y definitivamente* el problema de las mujeres Amazonas. La primera y la única publicada desde antiguo sólo tiene puntos sueltos de unión con nuestro campo: la

fundación de alguna ciudad y la exploración de ciertas comarcas, que aquí se refieren sumariamente. Claro es que estos puntos son los que atañen en el aspecto urbano a Guayaquil, una de cuyas fundaciones es obra de Orellana, y en la facies explo-



Fig. 8.—India de la región de los Quijos. Probablemente pasaría por una Venus entre sus compañeras por la relativa corrección, y hasta distinción, de sus rasgos. La parte visible del vestido y el collar ofrecen indudable elegancia, pero la del primero desaparece cuando se ve completo en otras fotografías que, como ésta, tenía D. Marcos J. de la Espada. (De su trabajo sobre el País de la Canela en la revista «El Centenario».)

radora a los Quijos y demás provincias amazónicas, por los primeros que en ellas irrumpieron; y entre éstos, Pérez de Guevara nos interesa, además, por aquel cacique o reyezuelo Ancoallo

que presenta semejanzas con el famoso Dorado. Ciertos pasajes que, por no haber sido mentados por ningún historiador, recogemos ahora (o más adelante, al tratar de Herrera), puesto que es relacionan con Orellana, nos dejan solamente el sinsabor de no ser más extensos y la pena de no dilatarse más la vida del autor para dejarnos otra parte más, referente a las exploraciones y conquistas en el Orinoco, Maraón y Plata, de su preciosa obra. En el capítulo XXXI de la primera y única editada en vida del autor se refiere a la grandeza del Maraón o de las Amazonas, muy superior a la de todos los ríos que celebraron los antiguos, según «lo que afirman muchos de los españoles que fueron con el adelantado Orellana, los cuales dicen que el río por do descendió del Perú hasta la mar del Norte... tiene en largura más de mil leguas, y de anchura, en partes, más de veinte y cinco». En el capítulo CXV de esta misma sección de su obra aporta otro testimonio sobre los amazonautas: el adelantado Francisco de Orillana, yendo por el Maraón en el barco, al tiempo que andando en el descubrimiento de la canela lo envió el capitán Gonzalo Pizarro, aunque muchas veces daba con los españoles en grandes pueblos, poco oro ni plata, o ninguno, vieron». Queda evidenciado, por tanto, que Cieza de León escuchó a los propios compañeros de Orellana; veremos luego, igualmente, que habló personalmente con el cronista de la expedición y amazonauta también, Fray Gaspar de Carvajal, y en consecuencia pudo ser fuente estimabilísima del gran descubrimiento.

En el segundo libro de la cuarta parte de su obra, dedicada a «Las guerras civiles del Perú», en el titulado «Guerra de Chupas», se halla el motivo de lo que hemos avanzado, en los epígrafes del capítulo, sobre ese nonato o desaparecido libro acerca de las entradas por los tres grandes ríos nombrados, y del que ningún tratadista (según los datos que tenemos hasta el presente) ha ofrecido la menor indicación. Trasladamos lo siguiente del capítulo LXXXIX del dicho segundo libro: «Un amigo mío muy singular me ha mandado que dé noticia de aquellos tan nombrados ríos, Uriaparia e Maraón, e de este de La Plata, e yo le respondí que, siendo Dios servido de darme gracia que salga con el itinerario de mi peregrinación, que yo le haría un libro particular de aquellas cosas; e así, tengo ya las relaciones verdaderas de hombres que se hallaron en aquellos tiempos en los descubrimientos, e para en aquel lugar dejo al lector que mire lo que aquí falta.» Atesti-

guamos, en consecuencia, la posibilidad de existir una fuente sobre las primeras exploraciones de tres gigantes fluviales suramericanos, fuente de primer orden por basarse en las relaciones de los mismos exploradores; y decimos no más que posibilidad por ser fácil que no llegara a escribir el libro prometido o a concluirlo. Ese libro, o la determinación de escribirlo, puede ser la causa de no encontrarse en la cuarta parte de su «Crónica», o sea la dedicada a las guerras civiles, lo que promete en el capí-



Fig. 9.—Confluencia del río Negro con el Amazonas. Orellana y sus compañeros amazonautas descubrieron los principales tributarios del Marañón, entre éstos el Negro, el mayor de los afluentes de la izquierda, al que dieron este nombre, que conserva por el color de sus aguas, muy diferentes de las del río principal, como puede verse por esta ilustración. (Dibujada, según una fotografía aérea, por Joaquina Jos Ubieto.)

tulo XXXIX de la parte inicial, a no ser que lo hiciera en los libros cuarto y quinto de dichas guerras civiles, titulados «La guerra de Huárinas» y «La guerra de Jaquijaguana» (también de paradero ignorado), como diremos más adelante. Entre estas relaciones que el cronista nos afirma tener sobre las exploraciones de tales ríos, quizá fuese una la escrita por el mismo Fray Gaspar, pues su conocimiento con este dominico lo hemos comprobado al leer su capítulo LXVI de *La guerra de Quito*: «todo esto me contó a mí Fray Gaspar de Caravajal» (sobre la confesión que los oidores encargaron al padre dominico que tomase al apresado Virrey Blasco Núñez Vela).

Desconocemos si este libro sobre la terna fluvial Orinoco-Amazonas-Plata será el mismo que otro descubierto por Jiménez de la Espada, o si debemos considerarlo distinto. También desconocemos si la preciosa indicación de don Marcos acerca de una nueva obra de Cieza se ha recogido por algún otro estudioso, o si somos nosotros su primer eco. Espada escribió esta valiosa noticia en la página XXII del prefacio que puso a *La guerra de Quito*, recogiendo lo que Cieza consignó en el capítulo XLIII de dicha obra con referencia a Serna y Alonso de Cáceres, que desde Arequipa se fueron a servir al Virrey, inconformes con Gonzalo Pizarro: «el capitán Alonso de Cáceres, hombre valeroso y que en la gobernación de Cartagena fué capitán general y tuvo otros honores y cargos; de lo cual yo soy buen testigo, pues en el descubrimiento de Urute milité debajo de su bandera y pasamos muchos trabajos, hambres, miserias, como verán los lectores en un libro que yo tengo comenzado de las cosas subcedidas en las provincias que confinan con el mar Océano».

De la primera confrontación entre este párrafo y el otro, sobre las exploraciones de los citados ríos, parece que sean distintos estos dos libros de Cieza, sobre los cuales las primeras noticias han sido ofrecidas (según los datos que al presente tenemos, repetimos) por Espada y este su continuador; pero como a cualquiera se le alcanza, y a nosotros en primer lugar, que este parecer se halla influido por el natural deseo de llamarnos descubridores de una obra del cronista llerenés, dejamos en la irresolución su diferencia o unidad.

La tercera parte de la «Crónica» cieicense se consagró al «Descubrimiento y conquista del Perú»; no ha visto todavía la luz, y nos interesaría concretamente, o sea para nuestro estudio

actual, por la fundación de Guayaquil, obra de Orellana, y por las primeras noticias que entonces comenzaron a correr sobre el Dorado. De esta parte, así como de los libros primero y segundo de la cuarta (que son los titulados «Guerra de las Salinas» y «Guerra de Chupas»), dice don Marcos Jiménez de la Espada en el prólogo, sustancioso y largo, de 119 páginas, que puso a la primera, pero fragmentaria, edición de «La guerra de Quito», en 1877: «aunque no los he visto, me consta con certeza que existen, y dónde», y agrega que por delicadeza no es más explícito, pero que el inteligente y activo bibliófilo que dispone de tan preciosos documentos tiene medios de publicarlos como corresponde. Las esperanzas de don Marcos quedaron cuajadas aquel mismo año, y cuatro después, con esos libros de las guerras civiles; pero la tercera parte de la «Crónica» permanece nómada, es decir, en la esterilidad. Unicamente, y al parecer en breve espacio, la pudo utilizar en los tiempos modernos—pues en los antiguos la plagió Herrera para sus «Décadas» con su habitual tranquilidad—el mismo don Marcos, por lo menos en el episodio de la prisión en Llaqtacunga «por un español llamado Luis Daza», de un indio que dijo ser de «Cuntinamarca», y que, por las noticias que dió, «se extendió por todas partes lo que llaman el Dorado». Expone esto último don Marcos en su importante y documentado estudio «Primeros descubrimientos del País de la Canela», aparecido en «El Centenario» el año 1892. Confiesa que su relato sobre este punto lo toma de Cieza, de su «original inédito (no del texto de su plagiario Antonio de Herrera)». Confiamos que alguna vez dejará verse la palabra escrita en tan escondida pieza, que no fué redactada, ciertamente, para eterna mudéz, sino muy al contrario, según decalró su autor¹⁴.

Ya hemos dicho que la cuarta sección de la «Crónica» se dedica a luchas intestinas y que se compone de cinco libros, de los cuales se conocen tres. Su autor, que tan estimable geógrafo se reveló en la primera parte y tan cuidadoso de la Etnografía y Arqueología, y que tan buen historiador aparece en todas ellas, se equivocó, según nuestro sentir, en la apreciación que dispensaba a estas diversas secciones, expuesta en el proemio de la primera: «La cuarta parte es mayor escriptura que las tres di-

14. Y, ¡por la divina Clío y por todos los manes de Herodoto y del propio Cieza!, que salga con el merecido cortejo de índices siquiera, ya que no de notas; de esos índices tan provechosos como olvidados.

chas y de más profundas materias». Creemos que bien pocos lectores, o ninguno, secundarán la opinión del gran cronista extremeño de ser las sanguinarias y odiosas parcialidades en que cayeron los españoles, de más profunda materia que la maravillosa conquista del imperio incásico, ni que la cuidadosa descripción de las tierras, pobladores y construcciones desde Colombia a Chile. Suponemos que nadie encuentre predisposición en nuestra creencia, pues en todo caso la tendríamos a favor de esa cuarta parte, en la que, afortunadamente para todos, el autor no se limita a referir tales contiendas civiles—muchos de cuyos episodios, como en todos los conflictos análogos, son de lectura tan repulsiva—, sino también las exploraciones y descubrimientos. Así tenemos que en la lid entre pizarristas y almagristas, o «La guerra de las Salinas», nos habla, además, de las entradas de don Alonso de Alvarado y de Mercadillo a las provincias de los indios chachapoyas y huancachupachos, respectivamente, amazónicas una y otra, pero queda en promesa nada más lo de tratar de la exploración de otras comarcas de la misma cuenca, como la de los bracamoros por Pedro de Vergara. En la segunda contienda, o «La guerra de Chupas», entre los pizarristas—ahora bajo la jefatura de Vaca de Castro—y almagristas, mandados por el hijo del mariscal don Diego, Almagro el Mozo, aparte de los descubrimientos y poblaciones en Nueva Granada por Robledo y de la famosa entrada de Diego de Rojas al Tucumán, refiere la fundación de Guanuco en el Huallaga, río por el que bajaría más tarde al Amazonas la expedición de Ursúa, y sobre todo describe la entrada de la Canela por Gonzalo Pizarro en los capítulos XVIII a XXII, y después en el LXXXI, para terminar en los LXXXVI y LXXXVIII de este libro. De lo hecho por Vergara, aunque se acuerda de este capitán más de una vez, no nos informa, como tampoco de su compañero Porcel y muy escasamente de Juan Pérez de Guevara. En cambio, nos avisa (capítulo XLVII) de una entrada a la Canela de la que no hallamos vestigio ni en José Toribio de Medina ni en ningún otro historiador amazonista, la que por orden de Vaca de Castro verificó Gonzalo Martín en busca de Gonzalo Pizarro, al que no llegó a topar. De tal entradilla, o principios de entrada a la Canela, habla su ordenador Vaca de Castro, así como de varios capitanes amazonistas, en la carta que escribió desde Quito al Emperador—15 de noviembre de 1541—,

y por eso recogemos algo de ella: mandó cartas a los jefes de varios descubrimientos, a don Alonso de Alvarado, que estaba en los Chachapoyas; a Juan Pérez de Guevara, que andaba cerca del anterior; a Verdugo (que tuvo a sus órdenes años después, y para luchar contra el partido de Gonzalo Pizarro, a Lope de Aguirre), y al capitán Vergara, que estaba en los Bracamoros. Todos contestaron celebrando su venida y ofreciendo juntarse con él para luchar contra los almagristas: Alvarado, Guevara y Verdugo, con unos doscientos hombres; Vergara, con cien... «A Gonçalo Piçarro que es entrado a la Canela con dozientos hombres bien adereçados, enbie a llamar con quarenta hombres bien armados y no pudieron yr mas de treynta o quarenta leguas, por estar toda la tierra de guerra, y supieron como Gonçalo Piçarro está ya tan adentro y tan lejos de aquí, que si no enviase tantos como él llevaua y con tan buen recaudo, no podría aprouechar de alcançarles, ni pasar adelante... quise mejor conservar esto (la fuerza o gente) aquí, por la necesidad que al presente se muestra; y así enbie a que viniesen los quarenta honbres que no podían pasar adelante.»

Otra carta de igual mano y destino fué la escrita en el Cuzco el 24 de noviembre de 1542, después de la victoria contra los almagristas. Contiene muchas noticias sobre la prosecución de las expediciones por las comarcas amazónicas, con noticias interesantes sobre ellas y consignando el nombre de los jefes: el ya dicho Alvarado, Bonilla, tesorero en Quito para las regiones (de Macas y Quizna, especifica en nota don Marcos, por no citarlas Vaca de C.), que llegan a juntarse con la de los Pacamoros (es la misma de los Bracamoros); para otra región, entre ésta y la de Chachapoyas, dice que manda a otro capitán, que no nombra, pero que igualmente don Marcos concreta, Juan Porcel, y de la tierra nos enseña que después se llamó de Chuquimayo. También vuelve a citarse la entrada de Gonzalo Pizarro: «Al capitán Rodrigo Docampo» envió por su teniente a Quito, «a de poblar y fundar otro pueblo en la provincia de Cumaco... y de allí van a lo de la Canela, de donde salió agora Gonçalo Piçarro, que la prencipal causa por do se pierden los que van a estos descubrimientos, es por no poblar con tiempo» ^{14 bis}.

^{14 bis}. Uno y otro documento se insertan en las «Cartas de Indias» editadas por

En el tercer libro, o «Guerra de Quito», tenemos diversas referencias al Dorado; se sigue citando a los capitanes amazónicos Vergara, Mercadillo, Núñez de Bonilla, Pérez de Guevara y Díaz de Pineda, cuya muerte de este último (y perseguido por los leales al Virrey Blasco N. Vela) acontece en estos distubios; se cuenta, entre otras muchas cosas, el poco valor que mostraron en ellos un hermano y un primo de Santa Teresa; se da noticias del Padre Carvajal y de Agustín de Zárate, algunas más de las muy contadas que el propio contador e historiador Zárate pone de sí en su obra, y que, al parecer, son las únicas recogidas por sus historiógrafos, mientras que las contenidas en Cieza esperan, cual Lázaro, ser levantadas. Después del capítulo CCXXII, en que se trata de la llegada a Santa Marta del nuevo Gobernador del Perú, don Pedro de la Gasca, para los capítulos restantes que a la actuación de éste se refieren especialmente, y que aquí no son muchos, así como para los análogos de los dos libros siguientes de las «Guerras civiles», cuyo paradero es desconocido, Cieza se valió de los propios borradores de La Gasca, quien «desde que salió de España hasta que volvió a ella tuvo una orden maravillosa para que las cosas no fuesen olvidadas, y fué que todo lo que sucedía de día lo escribía él de noche, en borradores que tenía para este fin, y ansí por sus días y meses e años contaba con mucha verdad todo lo que pasaba; e como yo supiese él tener tan buena cuenta y tan verdadera en los acaescimientos, procuré de haber sus borradores y dellos sacar un traslado, el cual tengo en mi poder, e por él iremos escribiendo hasta que se dé la batalla en Xaquixaguana...» (cap. CCXXXIV).

Ya dijimos atrás que Cieza trató personalmente a Fray Gaspar de Carvajal. Este dato, que interesa tanto a Cieza en su aspecto de historiador bien informado como a la vida del padre dominico, no consta en los más modernos biógrafos de éste: Toribio de Medina, su extractador Huberto Pérez de la Ossa, su traductor al inglés Bertram T. Lee y el editor de esta traducción, profesor H. C. Heaton. Cuando Medina laboraba en su libro se

el Ministerio de Fomento, bajo el cuidado de diversos eruditos, entre ellos don Marcos. Un breve recuerdo a la primera de estas cartas existe en la obra del P. Bayle «El Dorado Fantasma», en la nota de la página 196 del capítulo VII sobre *El País de la Canela*. Como ha podido verse, ningún autor moderno da el nombre de ese emisario despachado por Vaca de Castro en busca de Gonzalo. Herrera lo recogió de Cieza. (Década VI, L. X, c. XII.)

habían publicado de la «Guerra de Quito» solamente cincuenta y tres capítulos por don Marcos J. de la Espada, el cual los ofreció al público en 1877, sustanciosamente acompañados (esto no era preciso decirlo tratándose de Espada, que sentía la dignidad del trabajo histórico en mucho mayor grado que bastantes desahogados publicistas—desahogados por su posición y conducta historiográfica—) de cerca de 250 páginas entre prólogo y apéndices. Más tarde, en 1909, y por la diligencia de Serrano Sanz, apareció íntegro este libro tercero de las «Guerras civiles del Perú», en colección tan manejable como la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, pero no manejada por los antedichos ni por el historiador de Trujillo y su tierra, don Clodoaldo Naranjo, en quien se da la atenuante de residir en pueblos horros de bibliotecas¹⁵.

Terminaremos con Cieza rectificando, entre los pocos datos biográficos que se tienen sobre él, algunos que se van repitiendo desde Nicolás Antonio y aun después de publicar don Marcos su valioso estudio preliminar a la parte de la «Guerra de Quito» que editó. En tal estudio llama la atención sobre la pretendida natalidad sevillana, y recuerda que Herrera, copiando al propio Cieza, escribe más de una vez que era de Llerena y que el Palentino también abona esta patria extremeña. Por nuestra parte, rectificaremos algunas cosas peregrinas expuestas en la hoja biográfica que precede a la edición última—según nuestras noticias—de la primera parte de la «Crónica del Perú» (Madrid, 1932.) «Tomó parte muy principal en las revueltas y guerras civiles que ensangrentaron el Perú... En 1547 recorrió detenidamente el Perú para informarse con todo detalle y cuidado de la vieja organización social y civilización incásica.» Observamos a esto: el joven y llerenés historiador solamente participó, y bien escasamente, no en las guerras civiles del Perú, sino en la última de ellas, la cual terminó en Jaquijaguana, y que, como es bien sabido, se redujo a una larga defección de los secuaces de Gonzalo Pizarro y a la última escaramuza dicha, que se llama así por haberse dado en el valle de igual nombre. En esta mal llamada batalla no hubo más muertes que las de quince pizarristas y un

15. En la obra del señor H. P. de la Ossa: «Orellana y la jornada del Amazonas», su carácter de popularización la exime de búsquedas eruditas.

leal, según el Palentino; todo fué huirse: la mayoría, al campo del Rey, y algunos, como el famoso maestro de campo Francisco de Carvajal, para intentar salvarse, lo que no consiguió dicho férreo y sanguinario capitán. Cieza, en efecto, recorrió el Perú en 1547 y parte del 48, hasta el mes de abril, en que se disolvió la revuelta pizarrista; pero en este tiempo es ocioso decir que lo hizo detenidamente y para informarse; lo recorrió como soldado y formando parte de la hueste que organizó en Popayan (Colombia) Sebastián de Benalcázar. Claro es que al tiempo que recorría aquellas provincias y trataba con sus exploradores y conquistadores, procuraba informarse por ellos, así como por los indios, de todo lo que interesaba a la tarea historiadora que se había impuesto desde tiempo atrás y en tan buen hora. De viaje detenido, y con el objeto de documentar su historia, sólo se puede hablar después de abril de 1548.

Podríamos extendernos bastante sobre esto del viaje de Cieza al Perú entre las fuerzas de Benalcázar, pero sería demasiado alejarse de nuestro propio terreno. Como esperamos dar a conocer algún documento inédito sobre este cronista, así como sobre Gómara y Zárate, cuando los publiquemos se podrá cursar lo que ahora queda estancado.

No debemos apartarnos de Cieza sin formular nuestra plena inconformidad con el menosprecio de que es objeto en la conocida «Historia de la Historiografía Moderna», del alemán E. Fuetter, en la que tan secundario lugar se otorga al gran cronista, cuyas obras—no todas conocidas por dicho historiógrafo, pues no muestra saber la existencia de las dedicadas a las guerras de Salinas y Chupas, publicadas, desde casi un siglo ha, en la Col. de Docs. Inéd. de España, y reeditadas por García Rico—aparecen bajo el epígrafe de «Obras Menores», o «Petites ouvrages». Esperemos que algún día llegue a enterarse de que Pedro de Cieza de León es el más importante de los historiadores de Indias que escribieron sobre la exploración y conquista de Suramérica, y que con sus libros sobre las provincias que confinan con el Océano—del que consta que lo tenía ya comenzado al escribir el de «La guerra de Quito»—y sobre los descubrimientos en la trunca fluvial Orinoco-Amazonas-Plata, resultaría tan completo como Fernández de Oviedo y Gómara, aventajando al primero en crítica y en autoridad como testigo de muchos hechos y conocimientos directo del terreno y de los personajes, y al



Fig. 10.—La tribu de los Omaguas era la más importante del alto Amazonas, y la más famosa luego de la expedición de los amazonautas. El brigadier D. Francisco Requena, gran viajero de esta región, y su compañeros en estas ilustraciones a la Relación del Virrey Gil de T., pusieron facciones europeas a todos los indios que diseñaron. En dicha Relación este dibujo contiene el pie siguiente: «India enteramente desnuda de la nación Omagua, que habita las riberas del famoso río Japura, colateral del Marañón y Amazonas: y así como las Españolas se complacen de tener perritos, éstas se entretienen de traer monos de los más armoniosos en su color y pequeñez: Son muy dados a la navegación y tienen embarcaciones grandes, dilatándose a largas distancias por los ríos. Los hombres usan por adorno hermosísimos plumajes; su idioma es de una guturación extraordinaria. El laborioso y especulativo Brigadier, destinado a la línea divisoria, don Francisco Requena, los ha instruido en hacer Pan de Yuco.» (Sic, por yuca.)

segundo en todo ello y además en el esfuerzo para la magnitud de la obra, ya que no en la maestría literaria del estilo. Ocioso es añadir que como historiador del Perú es el primero de todos, incluidos Zárate y Garcilaso, y con notable distancia.

Mucho más atinado estuvo Prescott, pese al defecto inicial con que lo enjuició, por no conocerle más producción que la primera parte de «La Crónica del Perú». Al historiador norteamericano debemos conceder el honor de haber sido el primero que vió, limpiamente, el valor subido de este cronista, no demasiado conocido todavía entre nosotros. Al final del libro IV de su «Conquista del Perú» escribe sobre la dicha parte de la «Crónica»: «Es, en suma, una pintura animada del país en sus relaciones físicas y morales... La concepción de una obra en aquel siglo, y con arreglo a un plan tan filosófico que nos recuerda el de Malte-Brum en nuestros días, *parva componere magnis*, demuestra por sí misma lo vasto del talento de su autor... Su «Crónica», o a lo menos sus notas para ella, fueron compiladas en el tiempo que pudo robar a sus más turbulentas ocupaciones, y al cabo de diez años de haberla emprendido... Inserta también, con curiosa minuciosidad, los epígrafes de varios libros de su proyectada historia. Pero la primera parte... es la única que se completó; y el autor... murió... sin haber realizado parte alguna del magnífico plan que... se trazara. Muy sensible es esta falta, atendido el talento del autor y las ocasiones que tuvo de hacer observaciones personales.»

No precisa encarecer el peralte que tendría el aprecio del norteamericano historiador G. Prescott por Pedro de Cieza de León si llega a saber que escribió, efectivamente, todos los libros que anunció al principio de su «Crónica del Perú», y todavía otros o, por lo menos, parte de otro.

Toribio de Ortiguera y su «Jornada del Río Marañón».

Por el tiempo en que escribía Ortiguera, fines del siglo XVI, este cronista debía ser emplazado después de Gómara y Zárate, pero: por constarnos que oyó personalmente a varios expedicionarios, por transmitirnos más fieles noticias que Zárate, por ser más extenso que Gómara, por recoger ampliamente la segunda y trágica entrada de los Marañones (claro que en esto copian-

do casi siempre a Pedrarias de Almesto) y por sus capítulos sobre los Quijos, le otorgamos la precedencia.

Ningún historiógrafo español se ha entretenido especialmente con el cronista montañés, y sólo don Marcos Jiménez de la Espada, a quien, como se ve y seguirá viéndose, encontramos siempre por todas las vertientes historiográficas que se deslizan al Amazonas, le dedicó en el «Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid» (1888, tomo 24) el estudio que llamó «Una ascensión al Pichincha en 1582», que es la primera que se hizo por cristianos, y que en esta ocasión fueron unos cuantos vecinos de Quito, Ortiguera entre ellos, de cuya arriesgada empresa, acometida luego de una gran erupción del volcán, habla el propio montañés en el último capítulo de su obra, como mucho menos aparato y mucha más veracidad que La Condamine y Alejandro Humboldt, según nos dice el propio Espada, que también estuvo en el fondo del cráter, y mucho más tiempo del que quiso.

La obra de Ortiguera—«Jornada del Río Marañón... y otras cosas notables... acaecidas en las Indias»—se dedica en su mayor parte a la expedición de Ursúa; el capítulo LVI lo emplea en la población o colonización de la comarca de los Quijos, y los siguientes, hasta el penúltimo, que es el LXI, a la terrible rebelión de los indios, que por el año de 1578 (en la concreción del año, como en otras muchas ocasiones, Ortiguera se contradice; según otro pasaje suyo, sería 1579) mataron a todos los vecinos de Avila y Archidona y destruyeron estos pueblos, aunque los reedificaron luego del castigo que se impuso a los jefes y principales culpables. El XIV lo dedica a la ciudad de Quito, contando «la fertilidad, temple y sitio de la ciudad... donde salió Gonzalo Pizarro y Francisco de Orellana... con algunas grandezas de su distrito y jurisdicción». El XV refiere las jornadas de Pizarro y Orellana, y el XLIII describe «muchas particularidades y grandezas deste río del Marañón y de su tierra e islas...». Este último capítulo, como la mayoría de ellos—o sea los referentes a Ursúa y Aguirre—, deriva principalmente, según apuntamos, de la «Relación» hecha por Pedrarias de Almesto, quien, a su vez, derivó la suya de la que escribió el bachiller Francisco Vázquez, como ya dijimos en nuestro libro consagrado a este tema.

Choca un poco que siendo Ortiguera persona discreta, y calculando con más aproximación que otros—por ejemplo, más que el Padre Carvajal—la longitud del río desde sus fuentes a la

boca en mil doscientas leguas pasadas, y conociendo que tal desembocadura se halla «debajo de la línea equinocial», compagine esta localización y compruebe aquella longitud con estas otras expresiones: «desde allí (desde la boca) a la puente de Apuríma, que es uno de los principales ríos que entran en éste, hay más de 600 leguas, vistas y caminadas por tierra», y desde Quito a Bogotá «hay otras docientas leguas por tierra. Y desde allí salen ríos que entran en este del Marañón. Y desde Santa Fee de Bogotá al cabo de la Vela y a la Burburata, que están en la mar del Norte en el propio pasaje, poquito más o menos, de la entrada de este río, hay 200 leguas; por manera, que considerada y sabida esta cuenta en que hay mill leguas de camino... por tierra, que son: 400 y más desde la Burburata a la ciudad del Quito, y 600 de allí a la puente de Apuríma, no es mucho que con el rodeo y muchas vueltas que el río hace..., haya docientas leguas más... Dicen los pilotos que lo han visto que tiene de anchura por donde entra en la mar sesenta leguas, e yo lo he medido en algunas cartas de marear y tiene de ancho por ellas 54 leguas.»

No parece, pues, dudoso que Ortiguera vería algún mapa en que el Amazonas se confundiese en su último tercio de curso con el Orinoco, y por esto creería que desaguaba el Amazonas por las costas de Venezuela. Desde el propio Padre Carvajal, y mucho antes con Pedro M. de Anglería y Fernández de Enciso, muchos fueron los autores que se confundieron lastimosamente con estos tres ríos: Orinoco, Amazonas y Marañón (Maranhão de los portugueses), según expusimos en el capítulo X de nuestro libro, que no precisa repetir ahora.

En cambio conviene rectificar algo de lo que allí dijimos—capítulo I—sobre la dedicatoria del libro de Ortiguera a Felipe III, pues afirmamos que estaba fechado en 1586, y debemos decir simplemente que después de 1585, año que se cita en tal dedicatoria como pasado, pero sin poder precisar el tiempo transcurrido desde 1585, aunque es presumible que no fuese mucho. La obra, efectivamente, se escribía por los años de 1581 en adelante hasta el de 86 por lo menos, según advirtió ya don Marcos en una nota que puso al manuscrito y que reprodujo Serrano Sanz. En el capítulo XIV nos informa que era alcalde ordinario de Quito «este año en que esto se escribe de 1581»; pero sin salir del mismo capítulo consigna, hacia su final, los siguientes



Fig. 11.—Aspecto de la cuencia andina del Amazonas en la región de Machu-Pichu, la más inaccesible de los Andes centrales, según su explorador Hiram-Bingahm, profesor de la Universidad de Yale, descubridor de la ciudad incásica de igual nombre, uno de los hallazgos arqueológicos más sensacionales del presente siglo. El Uru-bamba, uno de los ríos que forman el Ucayali (éste y el Marañón componen definitivamente el Amazonas), corre al pie del Machu-Pichu por hondísima garganta. (Fot. Martín F. Chambí, Cuzco.)

detalles interesantes para la historia de Quito y del propio Ortiguera: «Va este pueblo en grande aumento, en tanta manera que el año de 71 que llegué a él, ternia como 120 vecinos... y en los campos de su jurisdicción había otros 150, y pasaban el año de 85 pasado, que yo salí de allá, de 1.500 hombres los que había en la ciudad, y en los campos más de otros 500, y es tanta la munchedumbre de muchachos que se crían, que hay tres escuelas llenas». Poco antes, en el propio capítulo, habla del Pichincha y su erupción del año 82, con lo que se confirma que si llegó a redactar hasta parte del capítulo XIV en 1581, debió interrumpir su escrito hasta pasados cinco años por lo menos.

No escasean las contradicciones en Ortiguera; ya quedó apuntado. Además de estas cifras un poco heterogéneas, en el mismo capítulo XIV escribe otras de imposible combinación, como la de su llegada a Quito, que pone en 1571; la de su salida, en

1585, y la de ser vecino de la ciudad «más de 23 años», como escribe al final. En los capítulos referentes a la isla Margarita y las fechorías que allí cometió Lope de Aguirre ya denunciaremos sus incongruencias sobre la prisión y libertad, vida y muerte de las autoridades de la isla, y que podrá ratificar cualquier lector que con detención repase los capítulos XLVI a XLVIII y LI-LII¹⁶. Estas y otras particularidades que ya expusimos, y las que ahora se patentizan, nos mueven a pensar que Ortiguera no repasó su libro, por lo menos buena parte de sus capítulos. Con respecto a los 23 años de vecindad pudo ocurrir que en lugar de este número quisiera poner Ortiguera 13, o que, habiéndolo puesto, el copista, o impresor, haya errado la cifra. También es posible que Ortiguera quisiera decir que había sido vecino o estado en América más de veintitrés años, acordadamente con lo que expone en su dedicatoria: que sirvió en las Indias veinticuatro años, hasta el de 85, o sea desde el 61, en que se hallaba en «Nombre de Dios... en la guarda y custodia de aquella ciudad y reino, a mi costa y minción, el año que pasó de 1561, contra la obstinada rebelión del tirano Lope de Aguirre...». Aunque aquí recuerda bien el año 1561, en que efectivamente se esperaba en el istmo al famoso rebelde, otra de sus distracciones es decir en el capítulo XV (página 331, col. 2) que éste bajó por el Amazonas en 1571. También debía saber correctamente, por los caneleros y amazonautas que le informaron sobre su expedición, y a los cuales cita en mayor número del verdadero en la página 329, que el Padre Carvajal que acompañó a Orellana se llamaba Gaspar, y sin embargo lo nombra, al fin de su capítulo III, Diego. Al capitán de Ursúa y de los Marañoses, Pero Alonso Galeas, como lo llaman los demás cronistas y los documentos que de él vimos (alguno de ellos con su firma autógrafa), lo nombra en los capítulos LIII y LIV Alonso González Galeazo, y más frecuentemente Pero Alonso Galeazo. Es decir, que si en todos los casos conviene respaldar unas fuentes con otras, en este de Ortiguera la conveniencia se peralta por los descuidos notados ahora y por los que ya advertimos en algo lejana ocasión.

16. Invitamos a tal verificación después de haber leído a cierto aprovechado autor que ha escrito, reciente, parasitaria y atropelladamente, sobre los episodios de Ursúa y Aguirre, entre ellos el de los asesinatos del Gobernador y otros vecinos de la isla Margarita.

Francisco López de Gómara.

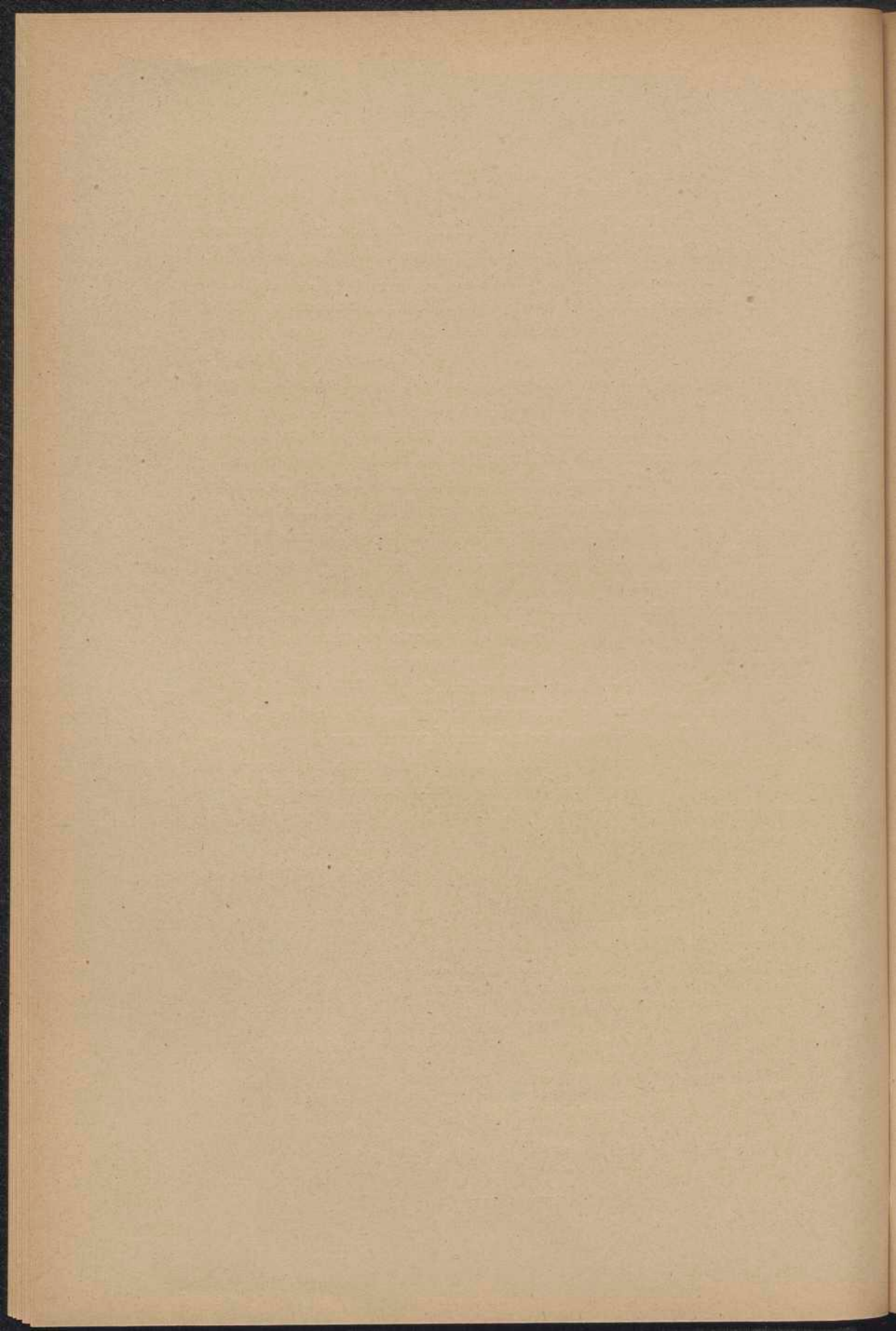
El soriano López de Gómara dedicó dos capítulos breves, pero animados, como suyos, a estos temas, el 86 y el 143 de su «Historia General de las Indias», impresa en 1552, en los que se pone en duda la honorabilidad de Orellana en cuanto a su separación de Pizarro y al supuesto depósito de oro y esmeraldas que se embarcó. Su resumen está bastante mejor casado con la verdad que el de Agustín de Zárate, no obstante haberse hallado éste en el Perú en los años en que Blasco Núñez Vela y Pedro de la Gasca combatieron contra Gonzalo Pizarro poco después de su regreso de la tierra de la Canela. Sin esta ventaja por parte de Gómara, el contador de las Reales Cajas del Perú lo tomó como fuente para muchos datos que trasladó del capítulo 143 del historiador soriano, fuente igualmente de un historiador portugués, Antonio Galván o Galvão, del que hablaremos posteriormente.

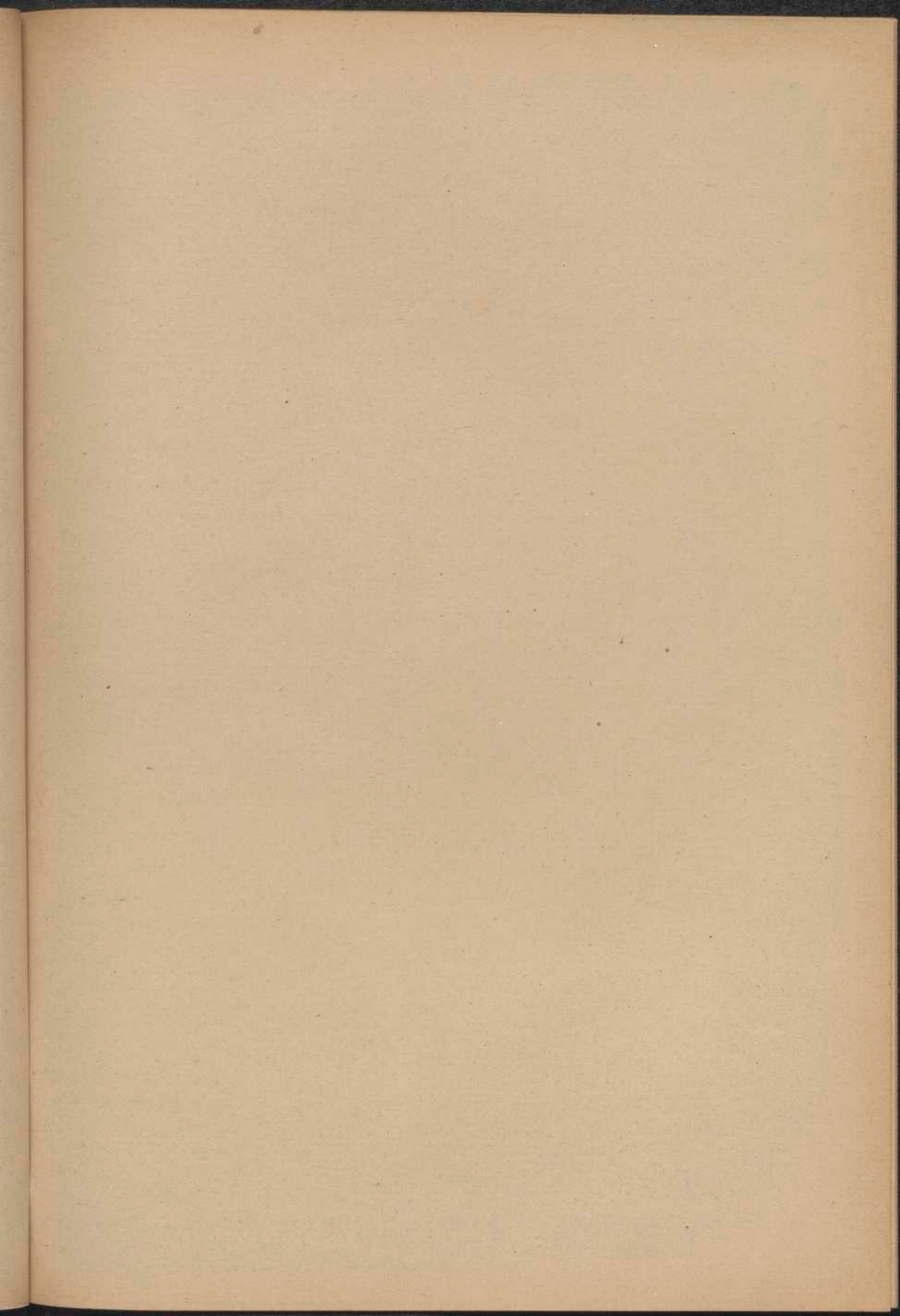
Llamamos soriano a Gómara, aunque la mayoría de los historiadores le dan la luz en Sevilla, por cierto documento que estaba inédito en el Archivo Histórico Nacional, y que publicamos en la «Revista de Occidente»—noviembre 1927—, rectificando, con pruebas, el lugar de su nacimiento y muerte. En cuanto al año de su fallecimiento, debemos rectificar a nuestra vez, pues tal documento, o mejor dicho, extracto documental, como su pareja de la Biblioteca de Palacio, estaba errado en diez años, perteneciendo, por tanto, al 1572, según la pieza original del Archivo de Indias¹⁷.

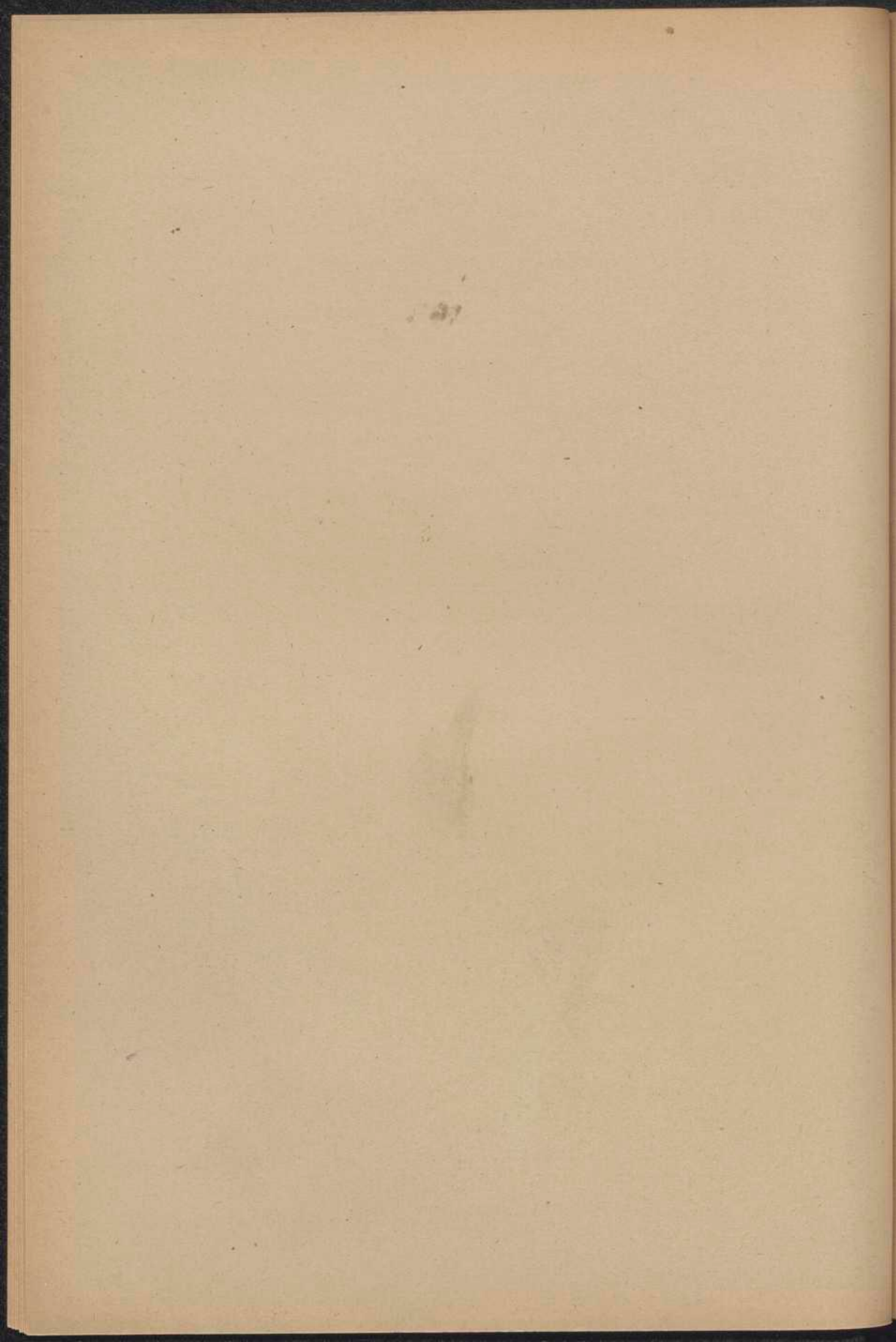
EMILIANO JOS

(Continuará.)

17. La cual debemos, así como otra sobre Cieza de León, es decir, sobre sus obras (como la de Gómara), a nuestro antiguo y consecuente amigo el historiador platense José Torre Revello, tan pletórico de documentos—y de bondad—, que puede hacer donativo de ellos. Algunas semanas después de escrito esto vemos que lo cita en «La expedición de don Pedro de Mendoza y las fuentes informativas del cronista... Antonio de Herrera...», importante trabajo aparecido en «Contribuciones para el estudio de la Historia de América», homenaje al doctor Emilio Ravignani. Buenos Aires, Peuser, 1941. También hemos visto que el documento sobre Gómara deja de ser inédito por insertarse en su obra más trascendental: «El Libro... y el Periodismo en América durante la dominación española», Buenos Aires, 1940; editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad.







CENTENARIO DEL AMAZONAS: LA EXPEDICION DE ORELLANA Y SUS PROBLEMAS HISTORICOS

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

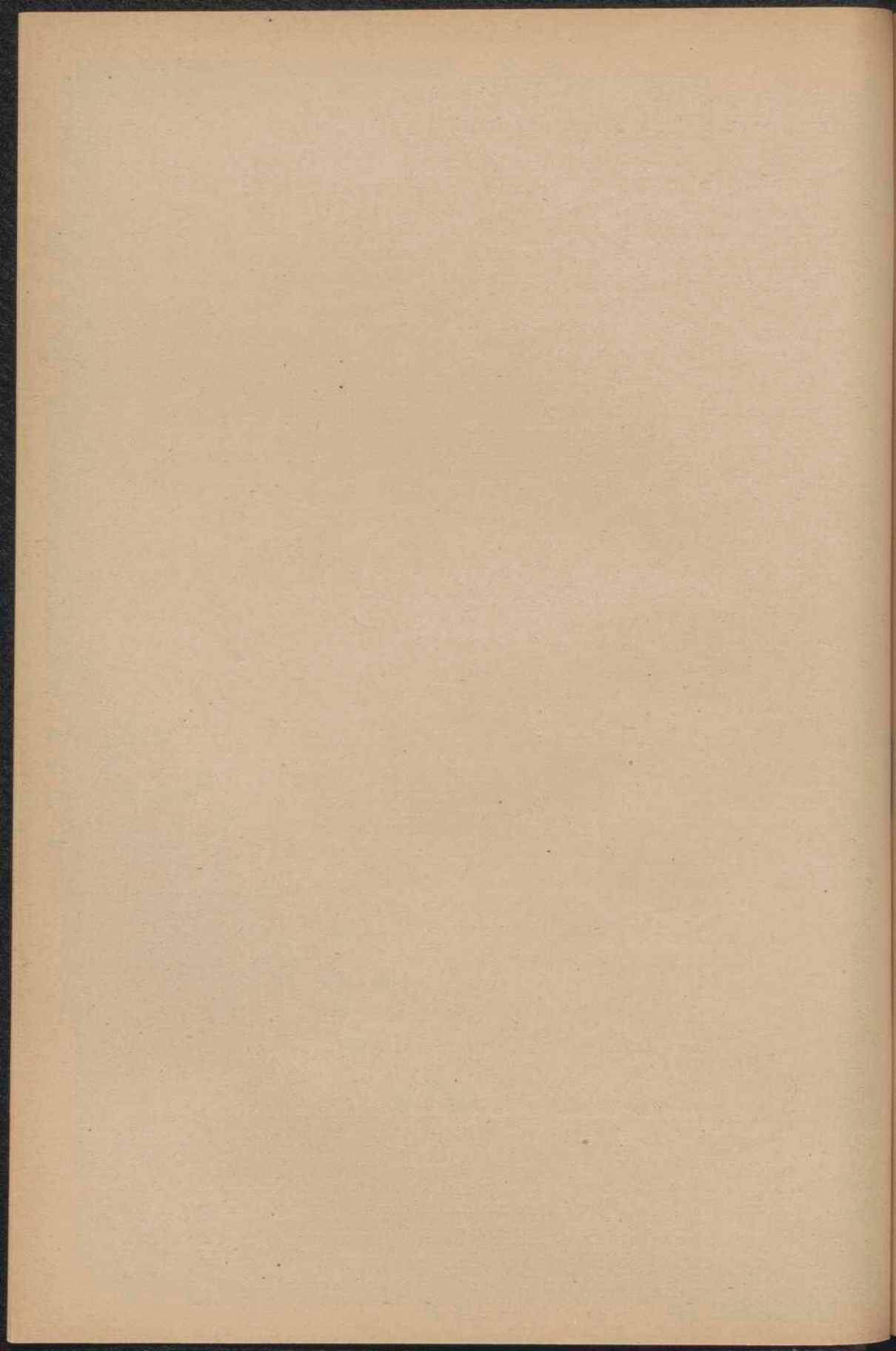
POR

Emiliano Jos



TIRADA APARTE DEL NÚMERO 11 DE LA "REVISTA DE INDIAŠ"

MADRID
GRÁFICAS YAGUES
1943



CENTENARIO DEL AMAZONAS: LA EXPEDICION DE ORELLANA Y SUS PROBLEMAS HISTORICOS

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

(CONTINUACIÓN)

Agustín de Zárate y el «gonzalismo» del Padre Carvajal.

Del contador y cronista del Perú Agustín de Zárate dan muy pocas noticias tanto su reeditor de la «Historia del descubrimiento y conquista del Perú» (cuya primera edición es la antuerpiense de 1555) en la Biblioteca de Autores Españoles—tomo XXVI—, don Enrique de Vedia, como los historiadores de la literatura, entre otras razones, porque los autores de estos libros, teniendo harto trabajo con lo propiamente literario, dejan para lugar segundo o tercero la producción científica; y no suelen leer a Jiménez de la Espada ni a Cieza de León, que ofrecen informes sobre él. Como tratadista de lo que nos compete ahora, don Agustín es el primero que habla de la oposición entre los compañeros de Orellana al designio de éste de proseguir el viaje separándose de Gonzalo Pizarro: «Muchos de los que con él iban le requirieron... no excediese... orden de su general, especialmente fray Gaspar de Carvajal, que porque insistía más... le trató muy mal de obra y de palabra.» En cuanto a las esmeraldas y oro que sin precisión de cantidad nombra Gómara, adquieren en Zárate una leve concreción con «mucho oro y plata y esmeraldas», y coinciden ambos autores en que esto le sirvió para ayudarse en su empresa de colonizar la Nueva Andalucía. El número de caneleros reunido por Pizarro, que López de Gómara y las mejores fuentes cifran en doscientos o pocos más, los multiplica Zárate hasta quinientos, y uno de ellos, abandonado por Orellana a causa de no querer secundarle—cuenta Zárate—

en la deserción al jefe, es encontrado luego por Gonzalo Pizarro.

Es obligación de los historiadores, según nuestra creencia, no sólo exponer los hechos y las causas de ellos, sino también los probables motivos cuando éstos no se manifiestan claramente. Y asentado queda que hablamos de probables causas, que recurrimos a la hipótesis, a una explicación provisional y necesitada de comprobaciones más firmes antes de ser aceptada como indudable explicación causal del hecho. Hecho que ahora es el de una abierta oposición contra el capitán del destacamento, Orellana, para continuar el viaje sin esperar al jefe Gonzalo Pizarro, mientras que todos los documentos conocidos hasta la fecha indican que fué deseo unánime de los amazonautas proseguir la navegación por ser imposible, o poco menos, volver al real de Gonzalo Pizarro. Entre tales documentos figuran una carta de este mismo, escrita luego de su retorno a tierra de salvación, en que ataca con toda dureza a su teniente, y que para encarecer la que califica de crueldad nunca usada ni entre infieles, no se acuerda de haber hallado a ningún contradictor de Orellana abandonado por éste a causa de tal contradicción, y que, de ser cierta, no habría quedado olvidada en dicha carta, pues era una razón muy fundada para hacer más odioso el proceder de su delegado.

¿Cómo pudo, por tanto, esparcirse la noticia de haberse resistido algunos de los descubridores—«especialmente Fray Gaspar de Carvajal»—y recogerla Zárate, cuando este fraile dominico es autor de dos relaciones del viaje en que se manifiesta tan lejano a resistencia propia como ayuno de análogas actitudes entre sus compañeros, y cuando en dos importantes documentos redactados al principio del viaje declaran uno y otros que conviene seguir río abajo por ser imposible la remonta fluvial?

En los sucesos ocurridos en el Perú luego del retorno a él de los supervivientes caneleros o soldados de Gonzalo, y de muchos de los amazonautas, podremos encontrar una respuesta verosímil.

Poco antes de que los amazonautas saliesen del río tornaba al área ocupado por españoles el corto residuo de la expedición a la Canela, sobre cuyas desdichas se conserva la carta-relación del organizador Gonzalo Pizarro escrita a Carlos V desde Tomebamba el 3 de septiembre del mismo año de 1542, cuando, algún tanto rehecho en Quito, se dirigía al real de Vaca de Castro para combatir a los almagristas. Tenemos, pues, que desde

finés del 42 y en el 43 volverían a encontrarse por los pueblos del Ecuador y Perú los que, habiendo salido juntos hacia la Canela, formaron dos grupos que venimos distinguiendo con el nombre de caneleros, propiamente dichos, y amazonautas. Este contacto, aunque provocase algunas reconvenciones de los primeros, no debió ser molesto o nocivo en grande a los segundos mientras el Perú continuaba subordinado a Vaca de Castro, que frenó seriamente la levantisca soberbia de Gonzalo y le mandó estarse en su opulento repartimiento de Charcas; pero con la venida del Virrey Blasco Núñez Vela al principio de 1544, en compañía del contador y luego historiador del Perú Agustín de Zárate, y con el nombramiento hecho por el Cuzco a favor de Pizarro para capitán de la guerra contra el Inca, y luego de procurador de la ciudad para ir a Lima a suplicar contra las ordenanzas, y, finalmente, de Justicia Mayor, según nombramiento de la misma ciudad del 27 de junio de igual año, para «tener enteramente mando en todo» (Cieza: «Guerra de Quito», capítulos XXIV y XXV), comenzó seguramente a ser peligroso el hecho de haber seguido con Orellana río abajo. Peligro creciente hasta que La Gasca llegó al Perú y fué aniquilada la rebelión de Pizarro en Jaquijaguna el mes de abril de 1548. Durante este intervalo, depuesto y apresado el Virrey Blasco Núñez Vela por los oidores en septiembre de 1544, y obligados dos meses después a nombrar a Gonzalo Pizarro gobernador y capitán general de los reinos del Perú (Cieza de León, obra citada, capítulos LXII-LXIV y LXXXI), ninguno de los amazonautas cometería la temeraria indiscreción de confesar que instó a Orellana para no aguardar al omnipotente Pizarro, el cual y algunos de sus tenientes, y Francisco de Carvajal en lugar delantero, tan expeditivos se mostraban en matar a los contrarios de la subversión pizarrista y aun a los simplemente sospechosos.

No es aventurado suponer que Fray Gaspar de Carvajal fuese uno de los más amedrentados entre los antiguos compañeros de Orellana ante la marcha de los sucesos y que vería con máximo disgusto la triunfal entrada de Gonzalo Pizarro en Lima. Aquel año de 1544 precisamente se encontraba en su convento de la Ciudad de los Reyes, y fué medianero entre los oidores y el Virrey depuesto en más de un asunto, lo cual refieren tanto Diego Fernández («Historia del Perú», primera parte, libro 1.º, capítulo XX) como Zárate (libro 5.º, capítulo XI) y demás cro-

nistas, y con más circunstancia Cieza de León (capítulos LXIII y LXVI).

También se encontraba Zárate presente, y agente hasta cierto punto, en estos trastornos, pues fué comisionado por los oidores para ir a Gonzalo Pizarro antes de entrar éste en Lima, y requerido para emitir su opinión sobre nombrarlo gobernador del Perú.

Todos ellos: los oidores, tardíamente pesarosos de su anarquizante conducta con el depuesto y tan arrebatado Virrey Blasco Núñez Vela; el historiador Zárate, y nuestro cronista amazónico Fray Gaspar, hubieron de sentir las incesantes oleadas del miedo, acrecentadas a medida que las considerables fuerzas de Gonzalo se acercaban desde el Cuzco a Lima, y singularmente desde que cerca de la sierra de Pariacaca recibió al mensajero de la Audiencia, el propio Zárate, y lo tornó a enviar con la respuesta de que le entregasen el mando supremo. No puede parecernos, en consecuencia, insólito el hecho de que, en tan peligrosas circunstancias, Fray Gaspar y sus compañeros de hábito lanzaran la especie de habersé opuesto el Padre Carvajal a la continuación del descenso de Orellana por el río, especie que bien pronto pudo llegar a Zárate por estar entonces presente cronológica y topográficamente. El hecho de nombrar Zárate concretamente al Padre Carvajal como opositor de Orellana es dato apreciable para esta emergencia. Dada la marcha tiránica y sanguinaria del alzamiento pizarrista, es lícito pensar que ni el Padre Carvajal ni sus conventuales se creyeran obligados a tener más repeto a una verdad cuyo sostenimiento sólo grandes males podía producir, que a la conservación de su vida, y que lanzasen el rumor dicho.

Tampoco es recusable la posibilidad de que algunos de los amazonautas regresados al Perú hablasen de los deseos que tuvieron de esperar a su jefe o remontar el río en su busca, en contra del parecer de otros compañeros (que serían, por supuesto, los que se hubiesen ido a Espada, o por lo menos quedado muy lejos del Perú) buscando el congraciarse con aquel reinado que ejerció Gonzalo Pizarro en los tres años completos del 45 al 47. Al poderoso nunca le faltan lisonjeros, y en este caso nos detalla Cieza de León—obra citada, capítulo CLXXXIV—que en ninguna parte del mundo se usaba tanto «la lisonja y adulación como... en Indias», y especialmente después de la derrota y

muerte de Núñez Vela en Quito (10 de enero de 1546), «porque todos ensalzaban el nombre de Pizarro hasta las nubes, diciendo qué y no otro fué merecedor de haber hecho tan claras hazañas... en haber dádoles libertad y muerto al enemigo que les venía a perturbar, y que Dios y Nuestra Señora eran con él... y que en todo tiempo le habían de servir y aventurar sus personas y haciendas, y cuando esto no bastase, vender las mujeres e hijos».

Otra muestra de poco creíble ruindad, de total desprecio a la ejemplaridad cristiana de su profesión y a la autoridad del cargo que ejercía, la dió el obispo de Cuzco Juan Solano, el día en que se supo la derrota y muerte de Blasco Núñez, ordenando que se guardase aquel día como festivo, «mostrando tanta alegría que los clérigos andaban de la suerte que suelen andar cuando se hace la fiesta del obispillo, y aun oí afirmar que porque un clérigo llamado Pero Sánchez no salió a la fiesta, le mandó el obispo llevar la pena; porque veáis el Perú cuál estaba en aquellos tiempos, en los cuales sucedió una cosa entre dos frailes mercenarios... que por amores de una india o por celos della, según se cree, mató el uno al otro». Aunque obrase así por miedo al gobernador pizarrista Alonso de Toro, según advierte Cieza—«Guerra de Quito», citada, capítulo CLXXXVII—, subsisten los cargos de servilismo y plena discordancia entre su ministerio y sus actos.

En esta tesitura ya no debemos admirarnos si algún pizarrista llegara en su entusiasmo, y para aumentar la odiosidad del proceder de Orellana, a entender las noticias que oyera de aquella entrada de la Canela (si el entusiasta no fué uno de los mismos que se marcharon con Orellana) de tal modo que luego pregonase haber sufrido el teniente mucha oposición entre los compañeros, y que dejó abandonado en la selva al principal de ellos. Tampoco debemos sorprendernos de que el mismo Fray Gaspar, para más asegurarse, escribiera al propio Gonzalo Pizarro ofreciéndole sus servicios reiteradamente. Este importante dato ha sido expuesto por el traductor al inglés del libro de Medina, Bertram T. Lee, en una adición suya a la nota 19 de tal libro, por la cual nos informamos de que entre los papeles de La Gasca existentes en la biblioteca de Henry E. Huntington, en San Marino (California), hay varias cartas del Padre Carvajal a Pizarro. Una, sin fecha, pero de 1547, es oferta de servicios, y

otra, datada en el Cuzco el 8 de enero de igual año, tiene análogo contenido.

Antes de continuar nuestra senda no se olvide que damos una explicación provisional, pero que no carece de interesantes apoyos, a esos aspectos relevantes que encontramos en el testimonio del famoso contador y cronista sobre el acto de Orellana. Señaladamente, el vigor que le presta el hecho registrado por Bertram T. Lee lo consideramos casi decisivo en nuestro favor. Confesaremos, por ser mera verdad, que si lo aducimos en último término es por haber encontrado la valiosa confirmación al final de nuestras suposiciones, es decir, cuando ya las teníamos formuladas ^{17 bis}.

Pedro Pizarro, Garcilaso de la Vega y Antonio de Herrera.

Pedro Pizarro, como conquistador, y de los tempraneros, del Perú, toledano, pero oriundo «de los buenos Pizarros de Extremadura», como él dice, pudo ser una de las fuentes más tempranas también de la expedición G. Pizarro-F. Orellana, si no hubiese demorado tres decenios largos la escritura de su «Relación del descubrimiento y conquista del Perú». Como pudo ser dilatado cronista de este hecho; pero, infortunadamente, tanto a este tema cual en otros de saliente interés—por ejemplo, el de las notas y rasgos de los compañeros de la conquista—los dió por terminados en bien pocas líneas, tan pocas que no han merecido atención por parte de los historiadores orellanistas. Seguramente las dos cosas de mayor interés serán éstas: el modo de nombrar a Orellana, indicador, al parecer, del apodo con que se distinguía a este personaje en el Perú, «Orellana el Tuer-to», y el asentar (de pasada, no con particular intención) que enviados dicho jefe y el Padre Carvajal, por Gonzalo, a descubrir, «este Orellana y los que con él iban se alzaron, y sin aguardarle se fueron y salieron al mar». Es decir, una contradicción a Zárate, Garcilaso y sus secuaces monásticos los PP. Meléndez

17 bis. Como dijimos con motivo de F. Colón («Estudios Geográficos», núm. 4), y puesto que confesamos que muchas veces nos tenemos que corregir (y otras muchas nos corrigen), rogamos disculpa por declarar también las pocas ocasiones en que, al parecer, acertamos.

y Rodríguez sobre la oposición del Sánchez de Vargas y de Carvajal.

La obra de Pedro Pizarro es legible en el tomo VI de la Col. Docs. Inéd. España (Mad. 1844, págs. 193-388). Hay versión inglesa, que vimos hace años en el British Museum (sig. Ac 8.426 b): «Relation of the Discovery and Conquest of the Kingdoms of Peru by Pedro Pizarro. Translated into English and annotated by», Philip Ainsworth Means, New-York, Cortes Society, 1921, 2 vols.

De ese anónimo, supuesto y fiel explorador abandonado por Orellana en las riberas del Napo, imaginariamente recogido más tarde por Gonzalo Pizarro, e introducido después en la «Historia» por Agustín de Zárate, el Inca Garcilaso hizo un hermano literario de aquel otro personaje, también anónimo, que llegó a las Indias antes que Colón y luego fué a terminar su vida en la casa de éste, donde le comunicó la situación de las islas abordadas por azar de los temporales. Son hermanos uno y otro, como hijos de la fantasía del Inca Garcilaso, o, mejor dicho, ahijados y bautizados, pues antes que él les diese nombre y apellidos ya existían en las murmuraciones de las gentes. Al descubridor precolombino de América lo llamó, como es bien sabido, Alonso Sánchez de Huelva, y al anónimo contradictor de Orellana, Hernán Sánchez de Vargas. A éste le dió por ciudad nativa Badajoz, y entre los opositores que querían tornar hacia Gonzalo Pizarro, la categoría de caudillo, contra el cual y sus secuaces habrían roto los partidarios de seguir camino adelante, si Orellana no los apaciguara por entonces con buenas palabras. Claro que se vengó del jefe de los protestantes, cuando los tuvo sobornados con grandes promesas, abandonando al mozo caballero Sánchez de Vargas; y al otro opositor, Fray Gaspar, no lo dejó igualmente, por ser religioso. También supo nombrar, es decir, numerar, el valor del oro que los caneleros pusieron en el barco que se llevó Orellana: más de cien mil pesos.

Estas y otras *creaciones*, como la del arribo de Orellana a la isla de la Trinidad, han tenido la fortuna de ser recogidas por muchos historiadores, que han dispensado un crédito excesivo a nuestro ilusionado mestizo, para desgracia suya y la de sus lectores. Estos y aquéllos pudieron alimentarse mejor en Herrera, pero no fué el autor segoviano el preferido en este capítulo.

El Inca Garcilaso tenía escrita la «Historia general del Perú» o segunda parte de los «Comentarios Reales» por lo menos en 1613, y en 1617 aparecía en Córdoba, la ciudad de su residencia. Por este tiempo, poco antes, terminaron de presentarse al público las «Décadas» del historiador Antonio de Herrera, quien si no oyó a muchos de los que se hallaron en el descubrimiento, ventaja que sí gozó el Inca, según nos cuenta, fué menos crédulo que éste y además manejó la «Relación» del Padre Carvajal, otros papeles del viaje y los libros manuscritos de Cieza de León, modelo entre los historiadores del Perú, y así nos pudo dejar un relato en la VI de sus «Décadas» que fué el mejor hasta la impresión del estudio de don José Toribio. Este recoge, muy oportunamente, que el discurso herreriano del viaje está fundado en el del Padre Carvajal (el capítulo I cita frases textuales de Herrera en que éste lo confiesa), y luego (en el capítulo III) que utilizó igualmente, sobre la cuestión de las Amazonas, los memoriales de la jornada. Otros papeles debieron llegarle (como sabe asimismo Medina), puesto que escribe (dos capítulos más adelante, el VI del lib. IX, Dec. VI): «Afirmaron los dos padres religiosos que en este viaje se hallaron, que toda la gente deste río es de mucha razón...»

No se crea por esto gran disposición en Antonio de Herrera para utilizar muchas fuentes documentales sobre todos los asuntos. Nosotros sospechamos que así como en lo tocante a la entrada de la Canela se limitó a plagiar los capítulos pertinentes de la «Guerra de Chupas», en que Cieza de León ofrece la mejor crónica de la marcha de Gonzalo Pizarro, otro tanto o casi tanto hubiese realizado si el mismo Cieza secunda su conducta informadora con el descenso de Orellana por el Amazonas y pasos sucesivos. Era lógico inferir este tal proceder en el soldado e historiador, a juzgar por este pasaje de su «Crónica del Perú» (primera parte, capítulo 39): «En la cuarta parte de esta obra daré noticia cumplida deste descubrimiento y contaré cómo se descubrió por aquella parte el río grande y cómo por él salió al mar Océano el capitán Orillana, y la ida que hizo a España, hasta que su majestad lo nombró por su gobernador y adelantado de aquellas tierras»; pero si estas ofertas no las cumplió en los libros cuarto o quinto de dicha parte, titulados «Guerra de Guarinas» y «Guerra de Xaquixaguana» (los cuales, si no se encuentran en la importante colección que deben de guardar los

herederos del señor Zabalburu, son de paradero ignorado), cosa que no parece probable, tampoco se puede decir que las realizase en la sucinta referencia que da en el capítulo XXI de la «Guerra de Chupas», libro segundo de dicha cuarta parte, en el que sólo dedica un párrafo a toda esa restante actuación de Orellana hasta su muerte.

Realmente fueron demasiado vastas las tareas historiográficas en que se empeñó el hijo de Cuellar, y aun reducidas a la de los «Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano», era excesivamente grande el número de papeles que debía mirar, y así prefirió simplificar su trabajo con los manuscritos de Las Casas, Cieza, Cervantes de Salazar, etc. Ni leyó con atención bastante los folios del P. Carvajal, o no escribió con preciso recuerdo de ellos, pues claramente muestran que la mayor parte de la fluvial carrera, casi toda ella, mejor dicho, y su terminación, por ende, se acota en el año 1542 y no en el 1541, como dice; y si en la cita de Gonzalo Martín, despachado por Vaca de Castro para llamar a G. Pizarro (de esto se habló al tratar de Cieza) parece detallar con minuciosidad insólita, recordaremos que Herrera tenía particular interés por este Gobernador, sobre el cual escribió un «Elogio» que puede leerse en sus «Discursos Morales, Políticos e Históricos». (Es el XVII; el XIII y XIV sobre Canarias, y el XV sobre G. F. de Oviedo y sus Indias=Hespérides, los plagió de Las Casas, sin citarlo, como es obvio.)

De concomitancias entre Herrera y el arzobispo de Granada, hijo de Vaca de Castro, sobre el escribir de historia, da informes Espada en el citado Prólogo de la Guerra de Quito. Al leerlos se nos dispó la extrañeza, propia del desapercibido, que tuvimos al hojear unos manuscritos de la Biblioteca Nacional que contenían borradores de Herrera sobre Vaca de Castro, y otras piezas del granatense arzobispo Pedro de Castro y Quiñones, o sobre él, y muchos escritos acerca del hallazgo de reliquias en el Sacro Monte. No podemos precisar si de todo ello se trata en el Ms. 6.437 ó en el 1.035, pero sí que en ambos está presente Vaca de Castro. Las relaciones entre Herrera y el arzobispo no nos interesaban cuando, tiempo ha, examinamos esos Mss. con intenciones puramente colombinas, aspecto en el cual sólo nos dejaron una satisfacción negativa.

Pedro Ordóñez de Ceballos.

Caballeros como Garcilaso y Herrera, sobre los siglos XVI y XVII, tenemos dos cronistas mucho menos leídos que ellos, excesivamente relegados, y a los que vamos a dar un poco de aire: Ordóñez de Ceballos y Reginaldo de Lizárraga.

Uno de los muchos españoles que tan proteicas actuaciones desempeñaron por los siglos XVI y XVII, y en medio casi de estas centurias, fué el jienense Pedro Ordóñez de Ceballos, nacido a mediados de la primera.



Fig. 12.—El legendario aventurero Pedro Ordóñez de Ceballos, entre cuyas innumerables actividades figuran las de buscador del Dorador, seguidor, en parte, de la supuesta ruta fluvial de los marañones, cura de los Quijos, chantre de Guamanga, etc.

Soldado o capitán de mar y tierra, mercader, organizador de expediciones, conquistador de la Casa del Sol en Nueva Granada, fundador de ciudades—Alta Gracia de Suma Paz y Santiago de los Caballeros—, visitador secular y eclesiástico, cristianizador de princesas orientales y de pobres almas de los indios de Occidente, pacificador de motines de españoles, cual el de las alcabalas de Quito, o de indios, como el de los Quijos, descubridor de robinsones hispanos en una isla perdida en la inmensidad del Pacífico, alpinista o escalador de volcanes andinos, un «Elcano con sotana», o «el cristiano errante», sería quizá entre aquellos dinámicos, multiformes y admirables aventureros que llevaron el habla y las hazañas españolas a todos los continentes y por todos los océanos, el más admirable de ellos si la verdad se casara con la mitad siquiera de las páginas de su «Viaje del Mundo...», impreso a principios del siglo XVII.

Caso tan admirable como éste, pero en sentido muy opuesto, es el de la desatención en que yacen muchos de estos grandes compatriotas nuestros, a pesar del recuerdo que de bastantes hizo aquel peregrino de archivos y prolífico historiador seguntino—o seguntino—don Manuel Serrano y Sanz en sus «Autobiografías y Memorias». La novela de caballerías podría tener una nueva y bella floración si los actuales artistas del hispano idioma pusieran orden y estética lima en las Relaciones de estos nuestros lejanos ascendientes, dignos todos de que se les dediquen páginas tan literarias como las que merecieron de Menéndez Pelayo, y precisamente por sus pasos y escritos americanistas, dos de tales abuelos: Gonzalo Fernández de Oviedo y Juan de Castellanos, magníficos ejemplares de poliédricas y viajeras actividades.

Hablamos de este «Elcano con sotana», como lo apellidó don Marcos, o «el cristiano errante», como lo sobrenombramos nosotros, porque entre la bibliografía española amazónica, ya que no orellanista, debe citarse el fantástico «Viaje del Mundo», hecho y compuesto por el licenciado Pedro Ordóñez de Ceballos, el «clérigo agradecido», como él se apodaba. Y también en la del Dorado tiene una plaza. Al final del segundo libro de dicho «Viaje», o desde el capítulo XXIX al XXXIX y último, nos habla de la región de los Quijos, comarca que, como la gemela en el Perú del lado derecho del alto Amazonas, puede considerarse como la portada general y a doble plana de la bibliografía es-

pañola referente a la cuenca amazónica. Reconoció, pacificó y evangelizó el país como cura y beneficiado de la Coca, por nombramiento del provisor Francisco Garabis (cap. XXX), durante seis años y siete meses, por fines del siglo XVI (cap. XXXIV), y aun permaneció en el Ecuador otros ocho años más en lugar más descansado, Pimampiro¹⁸, hasta donde iban a verlo y llevarle presentes de gratitud los indios quijos (cap. XXXVIII). En sus páginas utiliza y nombra la «Descripción de la comarca o gobernación de estos indios hecha por el Conde de Lemos», publicada por don Marcos en el tomo I de las «Relaciones Geográficas de Indias». Estuvo en la tierra de los cofanes y de los omaguas, según dice; dió vuelta a toda la Coca, viendo y pasando aquel famoso río «por el salto de la angostura» (que también es nombrada en la expedición de Gonzalo Pizarro), donde sólo tiene treinta pies, mientras que más arriba tiene una legua de ancho. (Esto, indudablemente, es una de las muchas fantasías de nuestro andaluz licenciado.)

Suponemos que lo que nos cuenta de edificar un palenque «en las juntas de los ríos» significa que igualmente llegó a la famosa confluencia del Coca y Napo, tan importante en la historia de caneleros y amazonautas; en esta excursión afirma que pobló ocho localidades y bautizó más de cuatro mil almas; encuentra que la ruta a los cofanes «es cosa de gran contento y camino de mucho placer, porque por la cordillera todo es canela y por acá abajo todos son árboles de lucumas, que un fruto como la cabeza, de grandísimo sabor y olor». No es este el único caso en que los españoles, sobreponiéndose a todas las innumerables y cruentas molestias del terreno, las olvidan por completo para ensalzar aquella prodigiosa naturaleza, tan poco acogedora de la raza blanca. El mismo Ordóñez, incansable trotamundos, que esperaba tener aquí cierto descanso, se encontró al año de peregrinar por estas regiones que tenía «molidas las entrañas», y calculaba haber andado «mil leguas en idas y vueltas». Los datos sobre la abundancia de la canela son contradictorios con los de Gonzalo Pizarro, el cual encontró los árboles o canelos muy distantes entre sí. Otros autores ofrecen disimilitud análoga.

18. En el partido de Otavalo, al norte de Quito. Vid. la «Relación y descripción de los pueblos del partido de Otavalo», hecha en 1582, publicada por don Marcos en el tomo III de las «Relaciones Geográficas», páginas 105-20.

Los tambores de ciertas tribus de estas comarcas suenan de modo muy perceptible en el descenso de Orellana, Fray Gaspar y demás compañeros por el río Napo. Ordóñez nos describe estos instrumentos: «son cuatro palos muy gordos huecos y con unos mazos de palo». Luego habla de cierta cera con la que hacen «un betumen blando en el tiento y muy durable», cuyo papel en esta partitura no aclara del todo nuestro licenciado, aunque es de suponer que sea equivalente a la del cuero en nuestros atabales o parches. Tocó uno de los caciques «los atambores, y con estar de allí a cinco leguas lo oyeron todos los caciques indios».

Un pasaje del jienense Ordóñez, el del capitán (lo llama general, en sentido, creemos, de ser jefe militar de Baeza) «Don Fernando del Alcázar, de Sevilla, hermano de Don Francisco del Alcázar, señor de la Palma», nos suscita memorias de los hijos de Colón, Diego y Fernando, quienes vendieron, efectivamente, la villa de la Palma (Huelva) al veinticuatro de Sevilla supradicho¹⁹. No es este el único vínculo que conocemos entre los Quijos y la historia de la familia del Descubridor del Nuevo Mundo. El oidor en la Audiencia de Quito y visitador de esta gobernación de los Quijos, licenciado Diego de Ortégón, estaba casado con una biznieta del Descubridor, doña Francisca Colón y Pravia, nieta del segundo almirante y sobrina del tercero, don Luis Colón, el incansable desposado, según aclara don Marcos, que le achaca el levantamiento de los indios quijos que describe Ortiguera, y que este cronista atribuye a los visitados, o sea a los colonos españoles, a quienes Ortégón castigó con ciertas multas y les hizo matar algunos perros demasiado bravos y muy temidos de los indios. Para pagar tales penas, los encomende-

19. Si el nombrado por Ordóñez no es hijo del anterior, habrá que suponer que los recuerdos del autor se dirigen a bastantes años atrás, pues los documentos que sobre dicha venta tenemos corresponden, los más avanzados, a 1525. Nuestro estudio «En las postrimerías de un centenario colombino poco celebrado» (en la revista *Estudios Geográficos*, agosto 1941) cita las fuentes sobre este asunto: «Bibliografía colombina» de la Academia de la Historia, «Curiosidades bibliográficas... Homenaje del Archivo Hispalense...» y el «Catálogo de los fondos americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla», tomos I, IV y V, que publica el Instituto Hispano-Cubano... en Sevilla. El señor Serrano Sanz, reeditor de la obra de Ceballos que nos ocupa y del libro de Fernando Colón sobre su padre, también recuerda, en el premio a la «Historia del Almirante», este asunto de La Palma. A estas obras debe añadirse la última publicación de dicho Instituto: «El testamento de Fernando Colón...», por los señores Hernández Díaz y Muro Orejón.

ros impusieron mayores trabajos a éstos, por lo cual, cansados, y sin temor ya a los perros, se sublevaron²⁰.

Más alejadas interferencias entre la historia colombina y la amazónica las tenemos en haber acudido al frente de una expedición de auxilio a La Gasca contra Gonzalo Pizarro, el tercer almirante don Luis, que con las fuerzas preparadas en la isla Española llegó hasta Panamá e isla de Perico, en donde le dijeron, de parte de Gasca, que licenciase su gente por no ser ya precisa²¹.

Entre las muchas idas y vueltas que O. de Ceballos dió por los Quijos en los seis años largos, intercaló otras por las calles de Quito, adonde lo llamó el oidor Zorrilla con motivo del motín de las alcabalas el año de 1592, que nos marca un hito cronológico en las actividades del licenciado. El suceso y su actuación en él los expone en sus capítulos XXXVI y XXXVII.

Como doradista no solamente tiene un lugar entre los historiadores, sino entre los propios buscadores de la obsesionante quimera, y además creyó llegar hasta otro poderoso imán de aquellos tiempos, la Casa del Sol. Con el aspecto de empresario del Dorado actuó, aunque no llegó a ir, en la expedición de don García de Serpa, sucesor de aquel otro alucinado Diego Fernández de Serpa. Esta parte del relato del agradecido clérigo (libro I.º, capítulos XVII y XVIII) es citada por el Padre Bayle, pero no la referente a la Casa del Sol, en la que encontraron (no se olvide que habla el andaluz Ordóñez) «toda la riqueza del mundo, tres bultos de oro que eran el Sol, Luna y Lucero, marido, mujer y hijo».

Otras aventuras y andanzas relacionan al cristiano errante con

20. La rectificación sobre doña Francisca Colón la escribió don Marcos de acuerdo con HARRISSE («Christophe Colomb...») en el tomo III de las «Relaciones Geográficas», apéndice IV, págs. CLVII-LXI ilustrativas del licenciado Ortegón. Después de uno y otro—HARRISSE y Espada—, y aun después de que el P. Pastells publicase en el primer tomo de «El descubrimiento del Estrecho de Magallanes», Madrid 1920, unos árboles genealógicos de la descendencia colombina, hallados en el Archivo de Indias, el error de hacer a Francisca Colón hija de don Luis sigue deslizándose en algunos libros.

21. Vid. la «Colección de Documentos...», de Torres de Mendoza, tomo 42, que contiene varios sobre dicho tercer almirante en sus páginas 22 a 27. El que respalda lo que hemos expuesto tiene la fecha de 23 de abril de 1556. En la carta de don Luis al Emperador, de marzo de 1547, le avisaba que en vista del escrito de La Gasca diciendo que convenía al servicio que fuera a reunirse con él, se preparaba para ir en su socorro. Cf. la «Bibliografía Colombina» de la Academia de la Historia, pág. 110.

Ursúa y Aguirre, pues ordenado sacerdote en el Nuevo Reino de Granada, visitó el arzobispado, y, entre otros muchos puntos, estuvo en Pamplona, la ciudad creada por Ursúa, de la que fué nombrado cura y vicario; llegó a los Llanos, y adonde estaba el general Berrio (otra gran víctima del Dorado), y después «fuimos un río abajo el Maraón y llegamos a do se parte en dos, por donde fué Aguirre el traidor», y por fin a la Boca del Drago, salida de este río en el mar. (Confunde, pues, al Maraón con el Orinoco.)

Muchas más cosas peregrinas, que pueden ser de gran interés, existen en el libro. Lo referente a la mujer fenomenal de los Quijos se verá al final de este capítulo, en la Miscelánea o Antología Amazónica. Precisemos de pasada que su ascensión al volcán de Sumaco o Zumaco se describe en el tercer libro de

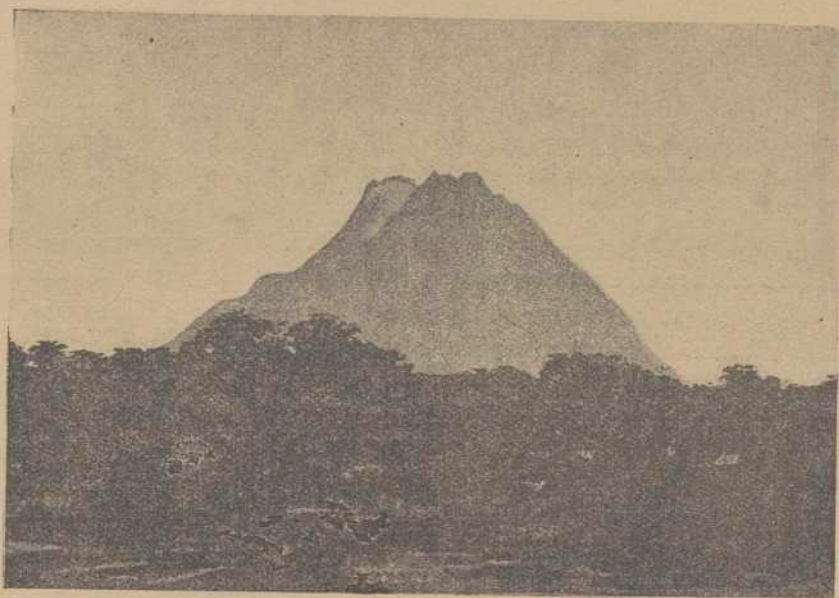


Fig. 13.—El volcán Sumaco, descubierto por Gonzalo Díaz de Pineda. En la región del Sumaco acampó cierto tiempo el real de los caneleros, y aquí se le unió el refuerzo traído por Orellana. Los primeros que lo montaron fueron Ordóñez de Ceballos (eso refiere él) y Jiménez de la Espada, quien publicó este paisaje en tricomía, que ilustra sus «Primeros descubrimientos del País de la Canela» («El Centenario», 1892, tomo III). Allí nos enseña que Sumaco es la forma hispanizada del quichua *sumaj*, hermoso, y que tan bien le cuadra, que impide la tentación de llamarlo «Volcán de Pineda».

su «Viaje...», capítulo XVIII, y que, después de ver tantas cosas, nos parece que no llegó a ver el mismo Amazonas, y así en el tercer capítulo de ese último libro tiene al río Camboya por tan grande como el Marañón, y al repetir la comparación concluye «que este gran río de Camboya es el mayor del mundo». O si lo vió, sería en su curso alto, antes de la confluencia con el Ucayali.

Aparte de sus actividades en una corte indochina, sobre las cuales emite sus dudas el moderno editor Serrano Sanz («Nueva Biblioteca de Autores Españoles», tomo II, «Autobiografías y Memorias»), que serán seguidas por casi todos sus lectores, el hallazgo de cierta isla poblada de ciento sesenta náufragos o robinsones españoles cuarenta años atrás, sin haber podido salir de ella, y habiéndose multiplicado con los indígenas, no sería de los menos interesantes (libro 2.º, capítulo V). En fin: el doctorando que quiera emplear muchos meses en un estudio crítico y documentado de la vida y obras de este cristiano errante, aquí encontrará un espacio oceánico para importante memoria.

Baltasar de Ovando o Reginaldo de Lizárraga.

Por estos años del primer decenio seiscentista, en que el agrado de clérigo preparaba en su nativa ciudad de Jaén la publicación de sus correrías, terminaba los dos libros de las suyas otro peregrino menos dilatado en carreras, pero más lleno de seriedad y con mucho mayor tiempo de vecindad en el Perú, el que se llamó Fray Reginaldo, y antes de tomar el hábito, Baltasar, quien dedicó su «Descripción breve... del Perú... Río de La Plata y Chile» al Conde de Lemos, Presidente del Consejo de Indias. Descripción valiosa, muy valiosa, que terminó hacia el año de 1606. De algunos de sus capítulos se deriva que parte de ella la escribía en la postrera década quincecentista, y aun se podría sospechar que intercalase a posteriori algunos capítulos entre los otros ya escritos. Tal sucede con el LXV (del libro 1.º), dedicado al valle de Camana, en cuyo capítulo se cita el año de 1604, mientras que en el capítulo LXXV, con la memoria del final de Hernández Girón, «más de 42 años» atrás, resultan, sumados a los 1554 de la derrota (y muerte en Lima en el mes de diciembre) del famoso rebelde en Pucará y acérrimo leal

en Añaquito, 1596 y meses, y no decimos 1597 por suponer que si Lizárraga quisiera decir con su expresión más años de 42, habría escrito 43 u otro número mayor. Además, este capítulo dedicado a Guánuco lo escribía, no como obispo de la Imperial, que fué su último cargo, sino como doctrinero en el pueblo de Chongos (no lejos de la ciudad de Guánuco y de la de Guancavilca), «donde al presente escribimos este breve compendio». En el siguiente capítulo afirma que vivía en tal pueblo dos años.

De esta expresión «breve compendio» pudiera deducirse que se refiere al primer libro de su obra, de carácter predominantemente geográfico, descriptivo, mientras que en el segundo tiene primacía la materia histórica. Entre uno y otro libro ya componen un apreciable volumen, no muy apropiado a la calificación de breve compendio. El manuscrito original, según su editor Serrano Sanz, sobrepasa débilmente el millar de páginas. Acaso se escribiese, pues, el primer libro a fines del siglo XVI, y el segundo a principios del XVII, sin perjuicio de que tanto en una como en otra etapa fuese redactando capítulos, de uno u otro aspecto, que tuviesen más tarde su entrada en el libro respectivo²².

Los apellidos del autor eran Ovando y Lizárraga, a juzgar por los que se le aplican aisladamente, es decir, Ovando o Lizárraga, en los manuscritos y ediciones de su obra. Sobre este

²² Sobre la terminación de la obra, ella misma, en su dedicatoria al Conde de Lemos, como presidente del Consejo de Indias, ya principia por situarla entre los años 1603 y 1609, en que dicho Conde, tan conocido en el mundo literario por dedicarle Cervantes la segunda parte de su «Quijote», presidió tal Consejo, según vemos en la obra que guardamos más a mano, «Las rúbricas del Consejo... de las Indias», del Dr. E. Schäfer. Pueden buscarse en el libro de Lizárraga muchas comprobaciones de que en este intervalo se escribía, y quizá sea la mejor la del capítulo LXIX, dedicado a Quito, al recordar la famosa erupción del Pichincha (de 1582) descrita por Ortiguera. La emplaza unos veintitrés o veinticuatro años antes, dando, por tanto, una fecha de redacción de 1605 o 1606, que se confirma en el penúltimo capítulo de toda la obra, el LXXXVII, en que refiere que dejó el mando de Chile el Gobernador Alonso de Ribera a su antecesor—que se convertía en sucesor—Alonso García Ramón, «que vino a este reino poco menos ha de un año», que entiende a los indios «y conoce sus traiciones». En 1606, o sea después de un quinquenio, dejaba Ribera y Zambrano su gobierno a García Ramón, y en este año, o uno después—la frase usada por Lizárraga admite las dos interpretaciones—, poco más o menos, consignaba el hecho Lizárraga. Esta transmisión de poderes la consignamos de acuerdo con el tomo VIII de la «Historia de la América Española», de don Carlos Pereyra, quien en estos mismos días de nuestra escritura acaba de fallecer tras una vida tan provechosa en esa ciencia. En el capítulo LXXXVI, el año 1604 se cita como pasado. Otros muchos capítulos permiten cálculos parecidos en las fechas.

punto, y por propia lectura de toda la obra, ya que las noticias impresas manejables por nosotros hasta el día, que son las de Serrano Sanz, nada fijan en este aspecto, podemos establecer que uno y otro apellido pertenecían a su familia, puesto que un hermano suyo, capellán de don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y Virrey del Perú, era «el maestro Juan de Ovando» (libro 2.º, capítulo X), y que «Vicario provincial» de los franciscanos en Chile fué «el padre Fr. Joan de Lizárraga... deudo nuestro» (ídem íd., capítulo LXXXII). También tenía «deudo» con otro franciscano y obispo de Santiago, Fray Diego de Medellín (ídem íd., capítulo LXXXI).

Su lugar natal nos lo declara en su primero libro (capítulo XLII), al tratar de la fundación de la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, fuera de Lima, en el camino de Pachacamac, por Alonso Ramos Cervantes, «natural de Medellín, e yo nací en aquel pueblo». La primera piedra «de la Iglesia puse yo, ya consagrado obispo»²³.

Apareció la obra del autor metelinense en 1909, correctamente reproducida del manuscrito original (y no decimos bien publicada por carecer de índices nominales) en la «Nueva Biblioteca de Autores Españoles», tomo XV, por Serrano Sanz, que la insertó allí luego de las de Ortiguera y Vázquez-Almesto. Casi por el mismo tiempo, es decir, un año antes, se imprimía también en Lima, pero no según el original, que estaba en la Universidad de Zaragoza (de la que fué tan destacado profesor don Manuel S. y S.), «sino de un pésimo compendio con título de traslado fidedigno», hecho un siglo y medio antes para el gran bibliófilo González Barcia, que fué a parar a la Biblioteca Nacional de Madrid²⁴. La edición limeña dice en el título—según

23. Puesto que un personaje como don Juan de Ovando (sobre quien tan documentados estudios ha publicado esta revista), cuya delantera importancia en la historia de América han manifestado Jiménez de la Espada y recientemente Peña Cámara, era también extremeño, pensamos en el posible parentesco de nuestro Ovando y Lizárraga con el sabio presidente del Consejo de Indias, y también con el Ovando (Pedro Mexía) autor de un libro, impreso en Lima en 1621, sobre genealogía, cuyo único ejemplar, al parecer, lo guarda la Real Academia de la Historia. (Vid. Marqués de Laurencín: «La Ovandina de Pedro Mexía de Ovando», en *Boletín de la Academia*, tomo LV, julio-septiembre 1909.) Quizá sea más probable su parentesco con otro Pedro Mexía de Ovando, autor de otro nobiliario, nieto de un Diego M. de O., mayoreazgo de Cáceres, y biznieto de personajes tan ilustres como Vasco Núñez de Balboa y Velázquez de Cuéllar. El dictamen sobre estos puntos de consanguinidad seguramente lo podrá dar el señor Peña, gran autoridad ovandina y también fernandovetense.

24. Este «mal compendio» tiene, según avisa S. Sanz en su «Advertencia» (tomo

Serrano Sanz—que Lizárraga fué obispo de la Concepción y del Paraguay y que tiene ocho páginas de prefacio o introducción. No sabemos si en estas páginas proemiales se habrán inserto noticias del autor posteriores a su «Descripción...» según las cuales fuese obispo del Paraguay; lo que afirma el interesado en su «Descripción...» es que no ha llegado al Paraguay ni tampoco a Buenos Aires, y que de estos puntos recoge noticias de acceso auditivo, no visual²⁵.

Varias cosas despiertan extrañeza en relación con el autor medellinés y su «Descripción indiana». La primera, que no la ornamentara el señor Serrano Sanz con unas cuantas páginas preliminares tan eruditas como otras muchas suyas (la causa probable de esta ausencia se acaba de indicar al fin de una nota), o por lo menos que no señalase la resonante importancia geográfica del texto por él franqueado; y la segunda, que impresa ya la obra, o sea en estado de franca consulta, nadie en España—según nuestros informes—se manifieste enterado del valor de la «Descripción». En consecuencia, creemos cumplir un deber de español, ya que la hemos leído de cabeza a pie, indicar algo de la obra y su autor, pues si la poca atención a ciertos tratados que siguen manuscritos tiene la disculpa de la más difícil accesibilidad, una vez impresos los atenuantes se debilitan, y

XIII de la Nueva Biblioteca citada, pág. VII), una nota al final que sitúa la redacción del libro en 1605, según el capítulo III de la segunda parte. En este sitio se habla del santo arzobispo de Lima Toribio de Mogrovejo como viviente todavía. Falleció el Jueves Santo, 23 de marzo de 1606. Vid. R. Palma: «Tradiciones peruanas», tomo I, página 180, de la edición de Barcelona de 1893. No hay contradicción, pues, con el año indicado por nosotros para la conclusión de la obra. Entre dicho fallecimiento y el tiempo en que llegó la noticia a Lizárraga en Chile bien pasarían algunos meses.

25. El autor del «Prólogo y noticia biográfica del autor» fué «el erudito limeño don Carlos A. Romero», y el todo apareció en la «Revista del Instituto Histórico del Perú». Hasta el día no nos fué consultable, así que lo que exponemos de Lizárraga y su «Descripción» nos viene de la lectura íntegra de la obra. Su editor, Serrano Sanz, salvo esas indicaciones sobre el manuscrito y la mala copia o pésimo compendio que sirvió para la impresión peruana—de cuya deplorable transcripción pone un ejemplo—, no hizo estudio ninguno. Seguramente porque los editores industriales no verían notable lucro en la eruditísima labor introductiva que Serrano Sanz pudo cumplir.

Por limitarse a los historiadores nacidos en tierra peruana el libro, sobresaliente, de Riva Agüero «La Historia en el Perú», sólo habla de nuestro Lizárraga incidentalmente, en la página 279, donde califica su obra de interesante y añade que fué obispo de la Imperial en Chile y de la Asunción del Paraguay. Ya veremos que con el Liedo, Montesinos pudo ser más dilatado

hasta desaparecen si la tipografía se halla en una colección que no es rara en las bibliotecas²⁶.

Ya hemos visto que el metelinense autor (¿lo cita alguna Historia de la Literatura española?) nos da algunas noticias de su cuna y parientes, a las que pueden sumarse que al principiar su obra (capítulo II) llevaba en el Perú más de cincuenta años, por lo que es localizable su arribo en tiempo muy céntrico del siglo XVI, sin fijar año preciso por lo que ya hemos denunciado sobre las variadas aunque poco alejadas fechas en que escribía, y por la posible adición de algún capítulo, a posteriori, entre los que ya tuviese redactados²⁷. Allegó a «este Perú... muchacho de quince años, con mis padres, que vinieron a Quito», sospechamos que con algún destino oficial y disfrutando cierta posición, suficiente al menos para tener criado, extremo que declara en el capítulo III siguiente. En Quito vivió cierto tiempo, y después en Lima; pasó al estado eclesiástico y Orden de Santo Domingo, en la que llegó a ser prior del convento de Lima (capítulo XXIX), provincial en Chile (capítulo XXXIII) y obispo de Concepción en este Reino (capítulo XXXII; también en otros se confirma esta carrera).

Nombra en diversas ocasiones al historiador de Orellana Fray Gaspar de Carvajal, y en las páginas biográficas de este amaznauta expondremos todos los datos que nos ofrece, la mayoría de los cuales no han sido recogidos por nuestros predecesores.

26. Entre esas obras americanistas, bastante menos usadas de lo que merecen, poco ha se citó en esta REVISTA DE INDIAS, número 7, por François Chevallier, la de López de Caravantes: «Noticia general de las Prouincias del Pirú...», mss. en la Biblioteca de Palacio. Además de Cappa, y sobre todo Jiménez de la Espada, a quienes cita el señor Chevallier, la utilizaron Prescott para su «Historia de la conquista del Perú» y el autor de «La expedición de Ursúa al Dorado...», en sus páginas 41 y 61. En la 41, por error de imprenta que no corregimos, se lee López de Cervantes.

27. Sobre la cronología, y a veces también sobre otros puntos, sería deseable más precisión por parte de Lizárraga. En este capítulo II, como en bastantes otros, no expresa a partir de cuál año se deben contar los cincuenta transcurridos desde su llegada al Perú, ni fija el lugar en que se halla; si fuese Chile, debió escribir, en vez de «me ha mandado la obediencia ir dos veces», «venir»; en los dos últimos capítulos del segundo libro indica claramente hallarse en Chile, singularmente en el penúltimo; sin embargo, en el segundo capítulo antedicho cuenta que ha visto lo más y mejor «deste Perú, de allí hasta Potosí y de Potosí a Chile. En esta frase, si «deste Perú» deducimos una localización, de la palabra «allí» también se infiere otra distinta. En el capítulo LXXV del segundo libro, al tratar de la ciudad de Santiago no habla de los conventos agustinos y jesuitas, «porque se fundaron después que yo salí de aquel reino»; pero en el siguiente, sobre la Concepción, leemos acerca del convento franciscano de esta ciudad: «donde yo residía y vivo». El capítulo se titula «De las demás cibdades de Chile», pero sólo trata de la Concepción.

Queda muy separado de nuestro campo actual seguir todos los pasos de Lizárraga después de los ya indicados; nos limitaremos, pues, a señalar algunos valores de su obra y las referencias a cosas y personas vinculadas con el historial amazónico. Aquéllos son muy considerables, no sólo por el hecho de haber visto y tocado el terreno y muchos sucesos durante medio siglo, y por el plan que se propuso y guardó de confesar cuando hablaba como testigo presencial—que es casi siempre—o auditivo, sino por los frutos logrados. Su «Descripción» es una verdadera *Imago Peruvica*, o, mejor dicho, una sucesión de imágenes predominantemente geográficas en casi todos los ciento dieciséis capítulos del primer libro, y en veinte entre los ochenta y ocho del segundo (del LXII al LXXX y el LXXXVIII, que es el último), que abarcan todo el imperio incásico, o sea desde Quito y Perú al Tucumán y Chile, con algunas prolongaciones al Sureste y Sur que los Incas no alcanzaron, pero sí los españoles en tiempo de Ovando y Lizárraga. Las imágenes más acabadas son las urbanísticas, por la mayor facilidad, claro, de abarcar su reducido escenario, mientras que las regionales son más breves, más sumarias; pero entre unas y otras el lector puede cosechar inapreciables datos de Geografía física y humana sobre toda la dilatada área dicha; y si en la parte física, por su perdurabilidad, puede decirse que no precisa recurrir a Ovando para informarse—cosa muy cierta—, no es menos cierto que en la parte humana, sumamente variable, pocos autores nos darán ideas tan claras sobre las poblaciones y actividades agrícolas, industriales y comerciales de los conquistadores y pobladores españoles en aquella época. En plano más bajo se encuentra, por ejemplo, el autor de otra *Imago peruviana*, inédita (si estamos bien informados), llamado aquél Baltasar Ramírez, y titulada ésta: «Descripción del Reyno del Pirú, del sitio, temple, Prouincias, Obispados y ciudades, de los naturales, de sus lenguas y trages». Dedicada a don Gaspar de Zúñiga... Conde de Monterrey, Virrey y Capitán General de la Nueva España, por su «criado y capellán» (citado) en Méjico, 1597. El autor dice que estuvo muchos años en Perú, y llega en sus noticias, no muy amplias, hasta 1580. En cuanto a descubrimientos por zonas trasandinas, sólo habla genéricamente: que se han realizado muchas entradas y con muchas esperanzas, pero sin más resultado que desastres. (El Ms. se halla en la Biblioteca Nacional.)

Y tornando a nuestra exposición sobre Lizárraga y Ovando, diremos que también se muestra bastante enterado de las industrias y producciones españolas, lo que debía saber, dada la edad en que salió de España, por referencias de sus padres y demás personas que las conocieran mejor, o por la procedencia española de casi todas las manufacturas usadas en Indias, y, en consecuencia, no se olvida de comparar las de un lado y otro, por ejemplo, aceitunas, vinos, conservas (entre las que cita las de Valencia), y, dadas sus largas peregrinaciones, conoce por experiencia cuáles son las mejores. Considera que las aceitunas criollas del valle del Rimaj son las primeras del mundo; sabe que las indias de la provincia de Cuyo, que se crían entre las familias españolas, hilan el lino tan delgado como el muy delgado de Vizcaya, etcétera, etc. La producción linera de la Argentina, tan sobresaliente hoy día, tiene, pues, un notable y antiguo testimonio en Lizárraga, e igualmente su hilatura, tanto vizcaína como ríoplataense.

El aspecto de Lima a mediados del siglo XVI debía ser bellísimo, a juzgar por lo que escribe: «desde fuera no parece ciudad, sino un bosque, por las muchas huertas que la cercan, y no ha muchos años que casi todas las casas tenían sus huertas con naranjos, parras grandes y otros árboles frutales de la tierra, por las acequias que por las cuadras pasan; pero ahora, como se ha poblado tanto, por maravilla hay casa que tenga dentro de sí árbol ni parra» (capítulo L, libro 1.º). De Quito coincide con lo que antiguos y modernos refieren: «fría y destemplada, lluviosa... desde diciembre a abril es de muchas aguas, muchos truenos y rayos»; pero también adiciona que dentro de la ciudad «se da maíz y legumbres muchas y muy buenas, duraznos, membrillos y manzanas, que no se pensó tal se dieran en ella», y «los campos llenos de ganados mayores y menores, de donde hasta la ciudad de Los Reyes, que son más de 300 leguas, traen ganado vacuno y aun carneros». En el colegio que tenían los franciscanos allí, conoció a un indio llamado Juan Bermejo, «tan diestro en el canto de órgano, flauta y tecla, que ya hombre lo sacaron para la Iglesia Mayor, donde sirve de maeso de capilla y organista; éste he oído decir (dése fe a los autores) que llegando a sus manos las obras de Guerrero, de canto de órgano, maeso de capilla de Sevilla, famoso en nuestros tiempos, le enmendó algunas consonancias, las cuales, venidas a mano de Gue-

rrero, conoció su falta». Un dato de primer orden, pensamos, para la historia artística de la antigua América española²⁸.

Con respecto al Cuzco, quedamos en situación poco honrosa los españoles, y los Incas medianamente librados, por la elección del emplazamiento: «el sitio es malo y las aguas malas»; pero no tan mediocramente como los conquistadores: «pasa por medio della un arroyo de poca agua... muy sucio y de mal olor», el Inca lo tenía tan bien acanalado y enlosado, que el agua «ni se divertía a otra parte ni paraba cosa en él. Agora, con el buen gobierno de los nuestros, se derrama por muchas partes...» Las casas de los españoles casi todas «son sombrías y tristes... El temple es frío y desabrido, y luego que los españoles poblaron, no se criaba ningún niño mero español; ya se crían, y en cantidad». Peor todavía que los castellanos quedan, según el escrito de Lizárraga, sus hijos, los criollos, que abundan en deudas por «gastar sin orden ni discreción», lo mismo que en Guamanaga, pueblo muy rico cuando los conquistadores vivían; «agora no lo es tanto por haber quedado en poder de nacidos en ella». Aquí había «la mejor casta de caballos del reino; ya se ha perdido por la negligencia de los que con ellos quedaron. No sé yo si en lo descubierto se hallará mejor temple ni más sano para fundar una universidad, porque ni el calor ni el frío impiden en todo el año que no se pueda estudiar a todas horas.»²⁹ Pero en todas parte, según Ovando, quedaban infradotados los varones con respecto a las mujeres: «De las mujeres nacidas en esta ciudad (Lima), como en las demás de todo el reino, Tucumán y Chile, no tengo que decir sino que hacen muchas ventaja (así en el impreso) a los varones; perdónenme por escribirlo, y no lo escribiera si no fuera notísimo.» (Capítulo LV.)

Espiguemos otras interesantes noticias sobre Cuzco: «Carece esta ciudad de leña, por lo cual no ha crecido más; yo la he

28. De la catedral quiteña apunta que la cubierta de madera está «muy bien labrada; labróla un religioso nuestro, fratre lego de los buenos oficiales que había en España»; y en cuanto a la iglesia de Guadalupe, en las afueras de Lima (que ya hemos nombrado), que su «retrato al vivo de la imagen de Nuestra Señora... que retrató el» religioso «de la orden de San Jerónimo del monasterio de... Guadalupe en España», por cuya instancia se edificó la iglesia. Pero nos deja también en la ignorancia del nombre del autor.

29. Lizárraga intentó fundar, en consecuencia, un centro de estudios: «yo tuve casi concertado con un... vecino... fundase... en nuestra casa un colegio...», pero en los tratos fué mandado a Chongos y se cortaron.



Fig. 14.—«Indio Camuchiro que habita en las inmediaciones o boca del propio Napo. Su traje es solo una especie de calzon, pero su pescuezo, cabeza y brazos son compuestos de vistosos adornos. Esta nacion es tenida por mas diestra en el uso de la cerbacana (sic) y flecha, es muy dada a la pesca y mas que a la carne prefiere el pescado para alimento, sus casas son muy grandes, de una y dos cuadras, y en ellas habitan una multitud de individuos: por dentro tiene sus divisiones como toldos o tiendas de campaña, y en cada una viven Padres, hijos, hermanos y parientes. Carecen de ventanas por los lados, pero por el tejado les dejan huecos para que comuniquen la luz. Esta nacion es humana y tratable, pero muy seria y circunspecta.» (De las «Memorias citadas, tomo VI. Relacion del Virrey Gil de Taboada, autor de los textos que acompanian a los dibujos de Requena y P. Gilbal, textos que reproducimos por su simpática ingenuidad.»)

visto repartir como carne en la carnicería... Junto a la ciudad, saliendo della caminando para el Collao, hay una fuente de agua salada clarísima y abundante... recogida en un estanque grande que desde... los Incas está hecho; se reparte por la tierra, en contorno del estanque, la cual dentro de pocos días se vuelve sal blanquísima... Hacen los indios de esta sal mil pajaritos, leones, tigres y otros animales, y así la venden.»

Indicaciones geográficas como éstas, tan dignas de atención en los aspectos urbanístico, agrícola, pecuario, industrial y mercantil, abundan en toda la obra del metelinense observador. No está libre de algunos grandes deslices propios de su época, como el de explicar los terribles pedriscos que el cielo descarga en la región de los indios charcas, por estar «esta provincia llena de minerales, y como los vapores que dellos saca el Sol sean gruesos, fácilmente se convierten en pedriscos... y a la viña que da, o árbol frutal, en tres años no vuelve en sí» (libro 1.º, capítulo XCIII)³⁰. Cuando autor tan sabio como su contemporáneo el Padre Acosta—mentado y alabado por Lizárraga en el capítulo XXXVI del libro 1.º—incurrir también en puerilidades análogas, no podemos condenar por ésta a Ovando, ni por algunas ingenuidades y sus milagrerías, en las que tantos, y mayores, secuaces tenía en su tiempo (y continúa teniendo en los presentes). No es mal observador quien nota al hablar de la capital de Chile (libro 2.º, capítulo LXXV): «Es de cuando en cuando molestada de temblores vehementes... las casas, cuyos cimientos son sobre la tierra, no padecen detrimento con ellos; las que los tienen fondos, éstas corren riesgo y se abren; los temblores no son de vaivén como los deste reino, sino como saltando para arriba, y son más peligrosos.» Los sismólogos modernos distinguen, en efecto, las dos especies de sacudidas.

30. En el mismo sitio da curiosos datos sobre la enemiga entre los cerdos y las numerosas víboras de aquellos valles, describiendo cómo lucha el puerco contra el reptil: «En viéndola, eriza todas las cerdas del cerro; la víbora, en viéndole, levanta la cabeza cuanto naturalmente puede y estáse queda. El puerco rodéala hozando y guardando con la tierra el hocico no le pique en él; si le pica, como un gamo vase al agua y pone el hocico en ella hasta que se siente sano; vuelve con la misma velocidad a la batalla; ... y cuando ve la suya, es prestísimo: con la una mano pónela encima de la cabeza de la víbora, y dando con ella en el suelo la aprieta tan fuertemente con la tierra que no la deja... picar, y con la boca hácela dos pedazos y luego se la come.»

En la facies histórica tiene la obra de Ovando, creemos, valor más reducido en general; en particular contiene también datos de sobresaliente interés, y es fuente indispensable, como testigo presencial, para episodios diversos que tocan principalmente a don García Hurtado de Mendoza (el segundo Marqués de Cañete que fué Virrey del Perú), al Virrey Toledo y su poco acertada actuación en el asunto de los indios chiriguanas, pese a los consejos que el propio Lizárraga y otros vaqueanos le dieron, y en especial a don Andrés Hurtado de Mendoza (padre del don García antedicho), Marqués de Cañete, «de buena memoria», como constantemente agrega el historiador siempre que lo cita, «gran republicano», liberalísimo y cristianísimo, etc. Es el Virrey que con más afecto historía.

Aunque en el sumario de este libro segundo anuncia que tratará de los Virreyes desde don Antonio de Mendoza hasta el Conde de Monterrey, amplía su principio y recorta su fin; es decir, que comienza con Vaca de Castro y Blasco Núñez Vela antes que con don Antonio. Bies es verdad que a este triunvirato no le dedica más que un corto capítulo, y al tercero de los varones, media docena de líneas, correspondientes a su brevísima actuación. La reseña histórica de los Virreyes termina realmente con don García, pues de su sucesor don Luis de Velasco sólo pone otra media docena de renglones, y al Conde de Monterrey no lo nombra siquiera.

No es difícil que los lectores de Ovando y Lizárraga vislumbren cierta parcialidad respecto al gobernante que autorizó y favoreció la grande y segunda entrada española en el Amazonas—la de Ursúa o de los «marañones»—, don Andrés Hurtado de Mendoza, con quien tan escasa delicadeza emplearon Felipe II y su designado para continuarle en el virreinato, el riojano Conde de Nieva. Aparte de considerar, por nuestro lado, que don Andrés merece los elogios que a su gestión tributa Ovando, no nos negamos a señalar ciertos hechos que indudablemente contribuyeron al afecto de Ovando y Lizárraga por el Marqués de Cañete, como tampoco el autor los oculta. Acompañó al Virrey desde que desembarcó en Perú, «cercañas de Trujillo», hasta Lima ³¹; un hermano suyo fué capellán, como ya dijimos, del

31. «Todo esto y lo que sigue vi con mis ojos», leemos en el capítulo IX. Lo que vió personalmente y al principio es cierto episodio que se relaciona con la ex-

Virrey, y éste, entre sus diligencias casamenteras—uno de los medios que empleó para ir asentando a los inquietos peruleños—, incluyó a dos hermanas: «Mis padres vivían en Quito y allí les casó dos hijas.» (Libro 2.º, capítulo XIX.)

De la ciudad de La Paz explica que «se llamó así por ser poblada en medio de Potosí y el Cuzco, donde había los años pasados, o de donde se temían, algunos alborotos, y porque de aquí se había de salir a apaciguarlos, se llama la ciudad de La Paz, en la cual, por la mayor parte, hay poca entre los vecinos della» (libro 1.º, capítulo XC). Al parecer, no recordaba que entre esos temidos alborotos por aquellos puntos hubo uno, el de don Sebastián de Castilla en La Plata (o Chuquisaca, hoy Sucre), secunaddo por el de Egas de Guzmán en Potosí, en el cual fué figura importante nuestro Lope de Aguirre, y que de la ciudad de La Paz, efectivamente, salieron fuerzas al mando del mariscal don Alonso de Alvarado—primer descubridor del alto Amazonas—para sofocar los disturbios.

En el aspecto cultural, además de algunos datos artísticos que ya recogimos, no podemos menos de poner en relieve, por lo que dice, y quizá más por lo que calla, este otro pasaje sobre la evangelización de los indios en la región del Titijaja o lago de Chucuito, desempeñada por los dominicos «desde el principio que se redujeron a la Corona Real de Castilla», en cuya misión se emplearon muchos e ilustres «religiosos y grandes lenguas de la que llamamos Aimará, que es diferente de la general de los Ingas, más abundante y más galana; con cuyos trabajos, artes,

pedición de Ursúa por el Marañón, o sea la severa determinación tomada por el Marqués de Cañete contra su pariente don Francisco de Mendoza de embarcarlo para España, aunque apenas había llegado, por cierta «livandad» que había cometido con doña Inés de Atienza, cuya hermosura tan fatídicos sucesos provocaría en el real de los Marañones.

En el libro sobre la expedición de Ursúa y rebellón de Aguirre se nos deslizó un error acerca del galán que a la bella Inés puso en desasosiego (como diría Camoens): allí lo llamamos Antonio, pero su nombre es Francisco, error que nos ha advertido el último defensor de Aguirre y de su panegirista Ispizua. No lo ocultamos; es una de las dos o tres (y no más) únicas cosas que podemos aprovechar en su libro, que tantos provechos sacó del nuestro sin citar el origen. Esto no quiere decir que no consigne nuestra obra, la nombra muchas veces, para impugnarla, con un éxito tan ultrapírrico como veremos en su día. También en tres de los siete documentos que inserta se resigna a confesar que los toma de nuestra publicación, pero no declara que otros tres, y entre éstos el interesantísimo del Acta primera de Independencia americana, proceden del mismo sitio. El restante es la carta de Aguirre a Felipe II según la copia de Juan Pérez, copia que dió a conocer Ispizua.

vocabularios, cartapacios y sermones, otros el día de hoy triunfan, como si ellos lo hubieran trabajado; quitóla a la Orden don Francisco de Toledo, residiendo en ella treinta religiosos; si con justicia o con pasión, ya ha dado cuenta a nuestro Señor dello» (libro 1.º, capítulo LXXXV). Y sigue en el mismo lugar: «cuánta diferencia haya (no tracto de los padres de la Compañía, que hacen su oficio religiosamente) del un tiempo al otro... los ciegos que pasan por el camino lo ven». Los indios han disminuído notablemente por huirse muchos «dejando sus mujeres, hijos, casas y haciendas. Por qué causa, no es de mío decirlo en este lugar; en otro, si me viese sin ningún temor de mal subceso humano, creo lo diría.»

De trascendental importancia juzgamos ser lo que nota sobre los castellanos recién llegados al Nuevo Mundo con respecto a los españoles arraigados de antiguo (y, por deducción del lector, a los mestizos e indios): «es la desventura de los conquistadores, pobladores, y de los que muchos años en estas partes vivimos... que no hay quien venga de España, en la cual no se saben tener en una burrica, ni limpiar las narices, ni en su vida han echado mano a la espada (helos visto en todo género de estado), que no les paresca, los que vivimos en estos reinos de antiguo, que somos poco menos que indios, y merecen ellos más en venir que los miserables conquistadores, ni sus hijos e nietos, ni los que ayudan a sustentar este reino y lo han ayudado... de cincuenta años a esta parte». Y sobre esto añade que se cumple una visión profética que tuvo Valdivia estando en la ciudad por él fundada y con su apellido nombrada: «se me ha representado aquí agora, que están en Valladolid (la corte residía allí entonces) los niños en las cunas y otros que se andan paseando o pasearán por ella muy pintados, con medias de aguja y zapatos acuchillados, que han de venir a gozar de nuestros trabajos, y nuestros hijos e nietos han de morir de hambre...» (libro 2.º, capítulo XXVII). El interés trascendente—para nosotros al menos—de la observación de Ovando sobre esta arrogancia española que con bastante generalidad se nos halla, y de la que Cervantes en su «Persiles» da otro testimonio, estriba, a nuestro aviso, en mostrar larvada, en los mismos tiempos en que se enlazaban las regiones americanas a la madre patria, una de las causas que pocos siglos después contribuirá a romper aquellos lazos: el divorcio entre los criollos y los españoles peninsulares.

motivado en buena dosis por los impertinentes aires de superioridad de muchos—no diremos todos—de los que iban desde España³².

Ovando Lizárraga, como muchos otros historiadores, se lamenta a veces de no haber pensado antes en recoger los hechos en que figuró. A esto puede sumarse que posteriormente, y sobre bastantes sucesos notables, tampoco se cuidó de buscar fuentes informativas, y, por consecuencia, tenemos omisiones tan fácilmente subsanables como la del nombre y primer apellido de un Virrey, el riojano Conde de Nieva, Diego López de Zúñiga, del que no sabe más que el segundo apellido: Velasco. Tan desconsolador como esto, respecto a preocupaciones investigatorias, es lo que nos dice sobre la llegada de los indios *brasiles* al Perú por el Amazonas y Guallaga, llegada que fué uno de los incentivos que prepararon la jornada de Ursúa, dando a entender que tales indios vinieron desde el Brasil por tierra. Al Gobernador del Perú, Lope García de Castro, que fué vocal del Consejo de Indias, lo hace Presidente, e influído sin duda por la semejanza nominal, al desaprensivo y codicioso Vaca de Castro, aunque no desconoce que estuvo muchos años preso, también lo eleva a la presidencia de tan importante Consejo³³.

Dentro del área tratada especialmente por nosotros, interesan de Lizárraga, además de varios puntos ya expuestos, las varias referencias a su contemporáneo el Padre Carvajal, casi todas desconocidas por los historiadores de la expedición de Orellana; el capítulo, relativamente largo y no muy exacto, que publica sobre los episodios de Pedro de Ursúa y Lope de Aguirre, al que conoció personalmente; los capítulos LXX, LXXII y LXXIV, dedicados a los Quijos, Loja y Chachapoyas, respectivamente. En tiempo del Virrey Marqués de Cañete se cumplieron extraordinarios trabajos exploradores y colonizadores en la

32. De esta circunstancia hay también eco en la reciente y notable obra de Lafuente Ferrari sobre el Virrey Iturrigaray y los orígenes de la independencia mejicana, publicada por el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.

33. Cf. Schäfer: «Las Rúbricas del Consejo... de las Indias», ya citada, en la cual no se encuentra, claro es, Vaca de Castro ni como consejero ni como presidente, y a don Lope García de C. lo tenemos solamente como consejero. En el capítulo XLIV, libro II, confunde a la Reina Isabel de Inglaterra, al hablar de la llegada de Drake al Perú, con su hermana la fallecida esposa de Felipe II, María; y así dice que el corsario «luterano, con orden de la reina María..., también luterana, una de las malas hembras y crueles que ha habido en el mundo, se aventuró... a... venir a estos reinos a robarlos y a hacerse señor de la mar...»

cuenca del alto Amazonas, pero Lizárraga sólo recoge la de Ursúa, y muy sumariamente la de Gómez Arias a Rupa-Rupa, y la de Antonio de Hoznayo adelante de los Bracamoros. De esta última pensamos que no debe tener mucho interés, por el hecho de que ninguna mención encontramos en los otros cronistas ni entre el moderno Constantino Bayle. Pensábamos así apoyados en otro motivo que sólo a medias resultó acertado: ausencia semejante en Jiménez de la Espada—el mejor conocedor del historial amazónico—, quien efectivamente no hizo ningún estudio particular sobre Hoznayo, pero sí lo cita, de pasada, a causa de su conflicto con Juan de Salinas, provocado por la inmeditada orden del Virrey Cañete a dicho capitán Antonio de H. (lugar-teniente que había sido de Gil Ramírez Dávalos en Quito) para reducir los indios de Jaen de Bracamoros y Yaguarsongo, y para poblar en este territorio. Pero esta provincia había sido entregada antes a Juan de Salinas, y en el año anterior, 1559, confirmada por el propio Virrey. (Cf.: «Relaciones Geográficas...», tomo IV, último apéndice, pp. CX y CXI). Hoznayo, que ya contaba en su haber la pacificación de la provincia de Lita y Cahuasqui, añadió otro mérito más raro entre los conquistadores: el de ser más prudente y mirado que el propio Virrey en esta ocasión, y así aminoró las sangrientas consecuencias del choque—Salinas acudió a las armas para sostener su derecho—, pues «con roballe el dicho Salinas todo el fardaje que traía, no le quiso dar... batalla, antes se fortaleció y estuvo quedo hasta que... Cañete fué avisado y dió orden de lo que se había de hacer.» (Obra y apéndice citados, pág. CXI.)

Fernando de Montesinos.

Con el licenciado Fernando de Montesinos, analista o historiador del Perú incásico y del español hasta casi la mitad del siglo XVII, se triplica el hecho acusado con Cieza de León y Lizárraga: la apatía española sobre los compatriotas que se esforzaron por enseñarnos lo que el trabajo de nuestros antepasados logró en Suramérica. Ningún español, salvo don Marcos, como siempre, ha investigado nada sobre él ni editado sus obras, y después de Jiménez de la Espada, el interés sobre nuestro paisano lo encontramos fuera de España, su patria. Menos mal que

entre los atentos a la figura del licenciado se halla un hispano-americano del Perú, don Víctor Maurtua. Los restantes han sido: un italiano, Marmocchi³⁴; un francés, Ternaux-Compans, que publicó algo con muchos errores; un inglés, Markham, y un norteamericano, Ph. A. Means³⁵. Como la tarea no está concluida, esperamos que algún español dirá más o menos pronto: «Vamos a tomar turno en ella.»

El libro de Montesinos que más nos afecta es el titulado «Anales del Perú», comprensivos del año 1498, por haber descubierto entonces Cristóbal Colón la tierra firme americana, hasta el de 1642, aunque en los intermedios puede haber recuerdos de algún año más próximo a nosotros; por ejemplo, en el de 1563, y con motivo del hallazgo de las minas de Cagüalsorra, llamadas Montefrío, de las que se sacaron 600.000 pesos de oro, añade: «el año de 1643, que estube yo en Pasto, estaban allanando los caminos...»³⁶.

Se publicaron en Madrid, 1906, en dos volúmenes, por don Víctor M. Maurtua, del Instituto Histórico del Perú, con breve introducción de tres páginas (que no tiene nombre especial ninguno), en la que una de las pocas cosas notables, la que más llama, quizá, la atención es que los adjetivos que aplica a don Marcos Jiménez de la Espada son simplemente los de «malogrado bibliófilo». Seguramente que, sin querer, no reparó el señor Maurtua en que don Marcos merecía algo más que esas dos palabras que se pueden aplicar a cualquier simple e improductivo coleccionista de libros. Esto choca más siendo don Víctor del Perú, el país que había tenido el rasgo de acuñar una medalla de oro expresamente como recuerdo y reconocimiento a la enorme tarea historial peruanista cumplida por don Marcos, y cuyo Gobierno decidió luego contribuir a la suscripción abierta por

34. En su «Raccolta di Viaggi dalla Scoperta del Nuovo Continente fino a di nostri, compilata da...». Más detalles sobre esta publicación se ofrecen en la nota 53, párrafo segundo.

35. La presentación del traslado inglés que hizo Means, para su publicación, a la Hakluyt Society de Londres, presidida por Markham, que patrocinó o recomendó la edición, dió a conocer poco después, al morir éste y encontrarse entre sus manuscritos otro traslado suyo de la misma obra, uno de los casos más insólitos de altruismo en la historia universal de los escritores.

36. Descubiertas por Fernando de Cepeda Caravalle, natural de Vélez Málaga, que sacó dicha cantidad labrándolas durante más de treinta años, según nos agrega el propio Montesinos.

la Academia de la Historia, en favor de la familia del fallecido historiador, con el mayor donativo, seguramente, que se recogió para dicho benéfico objeto ³⁷.

Tampoco estamos muy conformes en que recoge Montesinos sucesos «en general los más salientes y trascendentales», según escribe Mautúa. De lo más saliente y trascendental son las exploraciones de las tierras, y bien poco nos dice de ellas, por ejemplo—y lo que más nos duele ahora—, de la realizada por Gonzalo Pizarro a la Canela; pero coincidimos con el editor en la importancia e interés de la obra, y en que por ésta, la fama de Montesinos, no muy bien parada en don Marcos Jiménez de la Espada y en Sir Clemente Markham, se revalidará notablemente.

Nuestra adhesión al juicio del señor Mautúa requiere una breve glosa que precise tal juicio, por no ser muy exacto en lo tangente a J. de la Espada, quien si pudo tener en poco al licenciado por sus noticias antiguas o de los Incas, lo contrario ocurre con respecto a las modernas, o sea a las americanas desde el arribo de los españoles. En su inagotable mina, tan pluralmente citada, «Relaciones Geográficas de Indias» (t. IV, últ. apéndice, página XCVIII) que más de una vez utiliza los «Anales del Perú», llama a su autor «recogedor activo y concienzudo de documentos originales». Y, en nota, agrega que aprovecha tal obra según el manuscrito ológrafo de la Biblioteca Nacional, y que tiene adiciones del propio autor, no de un adicionador desconocido, como supuso el señor González Suárez, obispo de Ibarra. (Rep. del Ecuador.)

Es acreedor, desde luego, Montesinos a que le pongamos en su haber la voluntad mostrada en su trabajo ante la «aspereza de los caminos, rigor de temples, copiosos gastos, ningunos socorros, limitados papeles, mezquindad de Archivos y poco aliño en todo». Hechos que fundamentarán el aprecio que los historiadores debemos tener a Montesinos podemos mostrarlos en los años 1540 y 1558. En el primero dice que por este tiempo se

37. La decisión gubernamental tiene la fecha 24 de febrero de 1899, y en ella figuran estos nombres: Porras y Alberto Ulloa, que no sabemos si guardan parentesco con los tan conocidos historiadores peruanos del mismo apellido. Se reprodujo la orden en el «Boletín» de la Academia de la Historia, tomo XXXIV, número de abril de 1899, página 365.

fundó Trujillo, y que no pudo averiguar su fundación porque en el primer libro de cabildos faltaban las hojas del principio correspondientes a bastantes años, porque las habían quitado en el «tiempo de las tiranías, lo que no vide en otras partes...». En 1558 trae una estimable referencia a la entrada de Gómez Arias de Avila a Rupa-Rupa, y además dice de Arias que prendió y quitó la espada a Francisco Hernández Girón, según informaciones que hizo «y me mostró» el capitán Juan Tello de Sotomayor, su nieto. En los años de la conquista, 1535 y 36, cita un «Framento Historial» que aprovechó, y que se extendía por lo menos en 140 capítulos, y en 1602, sobre la población de Ecija de los Sucumbios, nombra el «Manual» del obispo Luis López, utilizado en su folio 40.

Aunque el libro de Montesinos ostente ya la dedicatoria, no estamos muy convencidos de que el estado en que lo dejó fuera el de listo para la imprenta, por ser numerosos los casos en que anuncia que tal o cual tema lo ampliará al llegar a cierto año y no topar en éste lo prometido. Así ocurre en 1538, en que ofrece hablar de las entradas amazónicas de Gómez de Alvarado, Pedro de Vergara, Juan Pérez de Guevara y Alonso de Mercadillo, cuyos sucesos dice que se verán en el año de 1539, pero no lo cumple. En 1558 anuncia que lo demás de la tierra de Rupa-Rupa lo dirá en 1637, con igual negativo resultado; y al darnos algunas noticias en 1564 de los trabajos de Juan de Salinas para pacificar su gobernación amazónica, trabajos de los que cita la población de las ciudades de Valladolid, Loyola y Logroño de los Caballeros, nos enseña que puso la Caja Real en Logroño; que estaba cerca de los Jívaros; que dió a cada uno de los oficiales reales cien pesos de oro de salario en la misma Caja; que los vecinos estaban con grandes zozobras porque los indios eran belicosos y se sublevaban, como se alzaron «los de Logroño por la razón que veremos en el año de 1589»; pero inútilmente se buscará confirmación de esta oferta en 1589, ni en otros años próximos.

En otra cita inconclusa hecha en 1507, con respecto a la avilantez de Américo Vespucio sobre la denominación de América, parece referirse a otra parte de su obra que suponemos (aquí, en la Logroño del Ebro, no nos resulta factible más que *suponer*) sea sus «Memorias Antiguas Historiales...», cuando opina que no careció de misterio el nombre de América, «como



Fig. 15.—Indio yuni del río Putumayo (como *ma-yo* significa río, en español correcto diríamos el río Putu): «todo su lujo estriba en el adorno de su cabeza, de vistosos y hermosos plumages, que adquiere en aquellos dilatados bosques entre la multitud de aves que los pueblan, que a la verdad es un pensil de animadas flores». Son éstos los indios «que tienen mas acierto en hacer los venenos, cuya actividad y eficacia la prueban en un pajarito que llaman el Intipichu; nosotros lo conocemos por el Pajaro del sol. por ser el mas fuerte y duro de los volatiles que conocen; hacen por esto gran comercio de estos venenos: son muy guerreros y su Nacion está muy aniquilada.» (De «Memorias de los Virreyes...», publicadas por el Gobierno del Perú, Lima 1859, tomo VI. Relación del Virrey citado.)

diximos en el Libro Primero de la Primera Parte, capítulo...»
(que no numera. Montesinos identificó Perú con el Ofir bíblico).

Sobre Orellana, principal héroe de nuestras páginas, nada nos dice, y todo lo que dedica a la expedición de la Canela son unas breves líneas en 1542, al hablar de la llegada de Vaca de Castro, a quien Alonso de Alvarado, en Trujillo, le llevó soldados de Chachapoyas, y que cuando entró en Lima dejó por capitán de la mar a Juan-Pérez de Guevara, otro caudillo relacionado con el Amazonas, como se ha dicho ya. Aquí, pues, nos dice: «En esta saçon, que era los postreros de junio, llegaron a Baca de Castro mensajeros de Gonçalo Piçarro; dale cuenta de su viaje a la Canela, los muchos trabajos que avia pasado en 60 leguas de montaña y rios y ciénagas, y que, no obstante esto, estaba determinado a venir a servirle en la jornada con la poca gente que le había quedado.» Vaca de Castro agasajó mucho a los mensajeros, informóse de los sucesos, respondióles, «y, en suma, contestaría que él no trataba de rrompimiento con don Diego de Almagro, sino de reducirlo al servicio de Su Majestad por medios de paz; que se estuviese en Quito hasta que él avisase; lo cual hiço por parecerle abría alguna desesperación de parte de don Diego viendo a Gonçalo Piçarro en el exercito».

La detención en Quito no fué cumplida por Gonzalo, como nos advierte, con curiosos detalles sobre las relaciones posteriores de uno y otro, Cieza de León. Por ejemplo, en el capítulo LXXXVIII de su «Guerra de Chupas» cuenta que, llegado al Cuzco, adonde fué llamado por Vaca de Castro, como éste no se fiaba de sus intenciones, cuando «Gonzalo Pizarro iba por la calle donde» vivía el Gobernador «estaban muchos arcabuceros a las paredes de las calles, e dentro de la casa la guarda conve-nible, e a la puerta don Martín de Guzmán, para que no consintiese que entrase otra persona nenguna que él, al aposento donde estaba el Gobernador...». Este don Martín de Guzmán debe ser el hermano de aquel desgraciado don Fernando a quien Lope de Aguirre proclamó Rey del Perú en la región de Machifaro, en medio del río Amazonas, rey que prometió casar a la hija de Aguirre con su hermano.

Aparte de esto, los datos más intersectados con nuestros capítulos se hallan en los años de 1537 y 1538. Con la expedición marañona guardan conexión los de 1556, donde se nombra a Ursúa, pero sólo para la guerra contra los negros alzados por Panamá, y 1553, relacionado con el motín de don Sebastián de Castilla, en el que figuró Lope de Aguirre, al cual

no se le nombra entonces, pero sí, en 1619, con ocasión de la entrada de don Diego Vaca de V. al Amazonas superior, en que se levantó un fuerte que llamaron de los Naranjos, por los árboles que allí encontraron, «que dicen los plantó la gente de Ursúa, y pudo ser fuesen otros los que los plantaron, porque Aguirre, a cuio cargo iba tiranizada la gente, no iba haciendo esas finezas de plantar árboles...» La razón principal de no ser el «naranjero» Aguirre, estriba en que ni él ni Ursúa pasaron por las cercanías del Pongo de Manseriche, donde se hizo el fuerte. Además de esto, que ya vió Espada, el mismo sabio historiador nos aclara (obra y apénd. citados, pág. CLIII) que el plantador fué Francisco Pérez de Vivero, gobernador por Juan de Alderete (cuñado y heredero de Juan de Salinas; loc. cit., pág. CXVIII) de Santiago de las Montañas, desde donde entró, antes que V. de Vega, en la provincia de Mainas y acampó cierto tiempo riberas del Marañón.

Una de las ausencias conexionadas con nuestro tema amazónico que más chocan en Montesinos es la pertinente a la ascensión de Texeira, 1637-38, desde Para hasta cerca de Quito por el Amazonas, Napo y su afluente el Payamino, ascensión que produjo hondo revuelo en Quito y en Lima. En esta ciudad se hallaba a la sazón nuestro licenciado. Leemos en el segundo de los cinco fragmentos en que don Marcos publicó su «Viaje del Capitán Pedro de Texeira aguas arriba del río de las Amazonas» (en el «Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid», desde 1880 al 89, y tomos IX, XIII y XXVI) que cuando llegaron a Lima las noticias procedentes de Quito sobre la aparición de los portugueses, el Virrey Conde de Chinchón estudió el caso que le proponía la Audiencia de Quito, y se consultó con el licenciado F. de Montesinos, «que le declaró algunas cosas que venían en la relación a la verdad repugnantes y formó unas noticias, derrotero y mapa» y «tomó su resolución». Jiménez de la Espada conduce sobre esto a una parte de las Memorias de Montesinos: «Ophir peruano», libro 1.º, capítulo XVI.

Además de estas tangencias que concretamente nos importan ahora, existen en los Anales montesinianos muchas otras indicaciones del mayor interés que sobradamente ocuparían, para su glosa y documentación pertinente, siempre que fuera factible, a cualquier doctorando. Una de las más apreciables, por la luz que arroja en el punto de la codicia desenfrenada de los

conquistadores, que tantas veces nos han enrostrado (como gustan decir en Venezuela, y entiéndase bien que nos referimos al empleo de esta palabra en lugar de las expresiones más usadas por nosotros: echar en cara, afear; no queremos decir que en Venezuela se complazcan—al menos con mayor intensidad que en otras partes—en flecharnos con aquella codicia): el referente a la fundación por los españoles del Cuzco de un hospital donde se curasen los indios; idea iniciada el 25 de marzo de 1556, que en el 30 ya tenían comprado el solar y que en julio iniciaban la fábrica. En el sitio de la primera piedra el Corregidor, Garcilaso de la Vega, puso un doblón de oro con Ferdinandus et Elisabet, y en el reverso las armas reales de España con águila de una cabeza y estas letras: «Sub umbra alarum tuarum.»³⁸

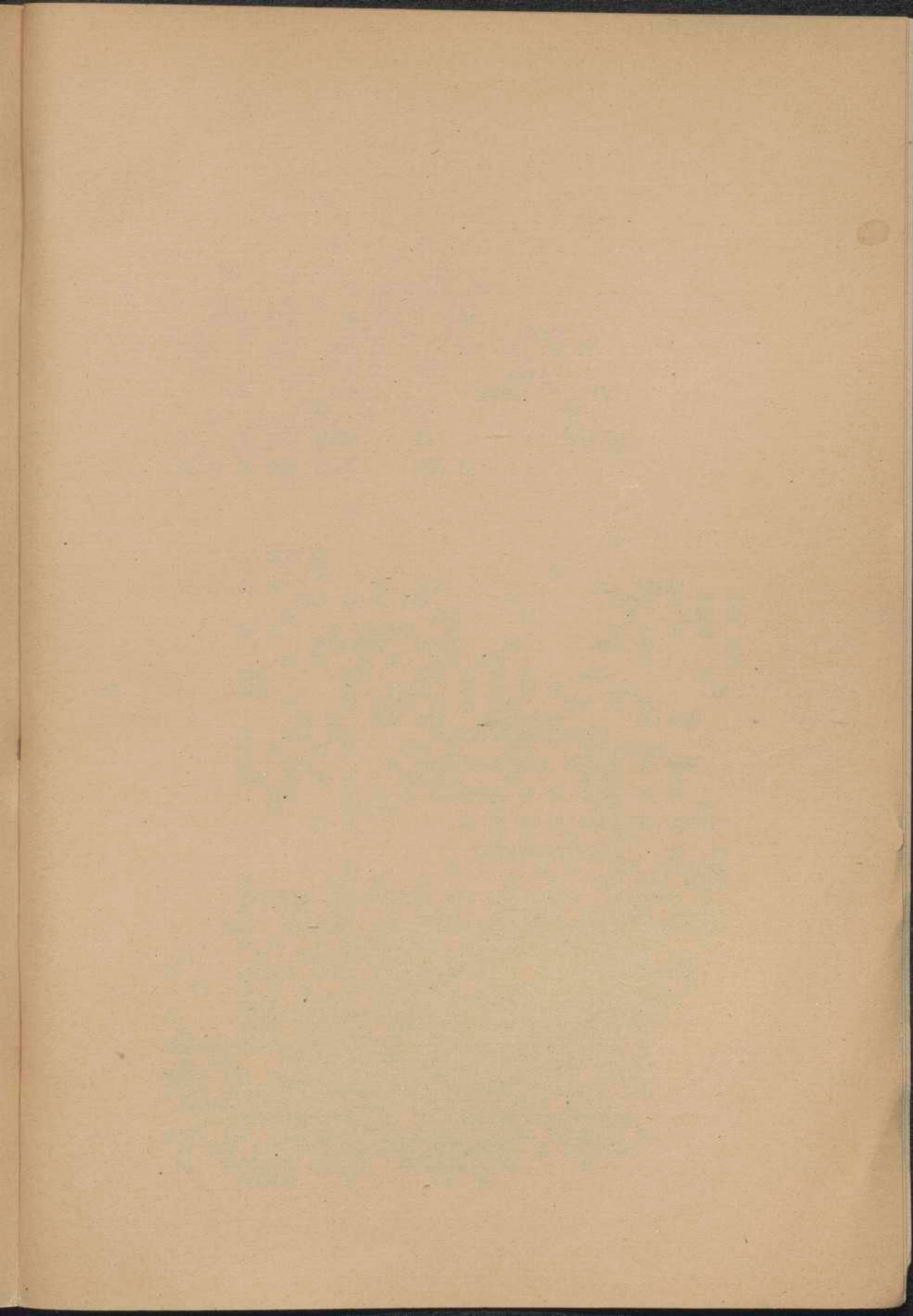
La edición de los Anales por Víctor Maurtua, si, como tantas otras, puede llevar a las manos del estudioso una obra útil que no existía más que en manuscrito, como tantas otras que se limitan exclusivamente a este trabajo casi mecánico, no puede llamarse buena. Nada nos dice de la vida del autor, de sus otras obras, y bien poco, por no decir cero, se esfuerza en aclarar tal o cual punto, advertir deficiencias, corregir errores, ni siquiera facilitar el aprovechamiento del libro por medio de los índices de lugares e individuos. La mayor muestra de esta despreocupación se halla seguramente en el comienzo de los Anales, 1498, en el que se lee que Colón descubrió este año la tierra firme, habiendo «salido de Cucava», sitio o nombre éste que no habíamos leído nunca, pese a los cientos de obras que sobre Colón llevamos consultadas, hasta manejar a Montesinos, y que es, naturalmente, un claro disparate—no sabemos si del manuscrito, del copista o del tipógrafo—, pues la navegación marina principió en Sanlúcar de Barrameda, y sobre él guarda un silencio admirable el editor. Si así ocurre al principio del libro, es decir, en lo que todos suelen leer y con atención más despierta, ya puede imaginarse que tampoco se salvarán la mayoría de los restantes, y por descontado también omite advertir el fallo de las promesas hechas por Montesinos de tratar un asunto en otros

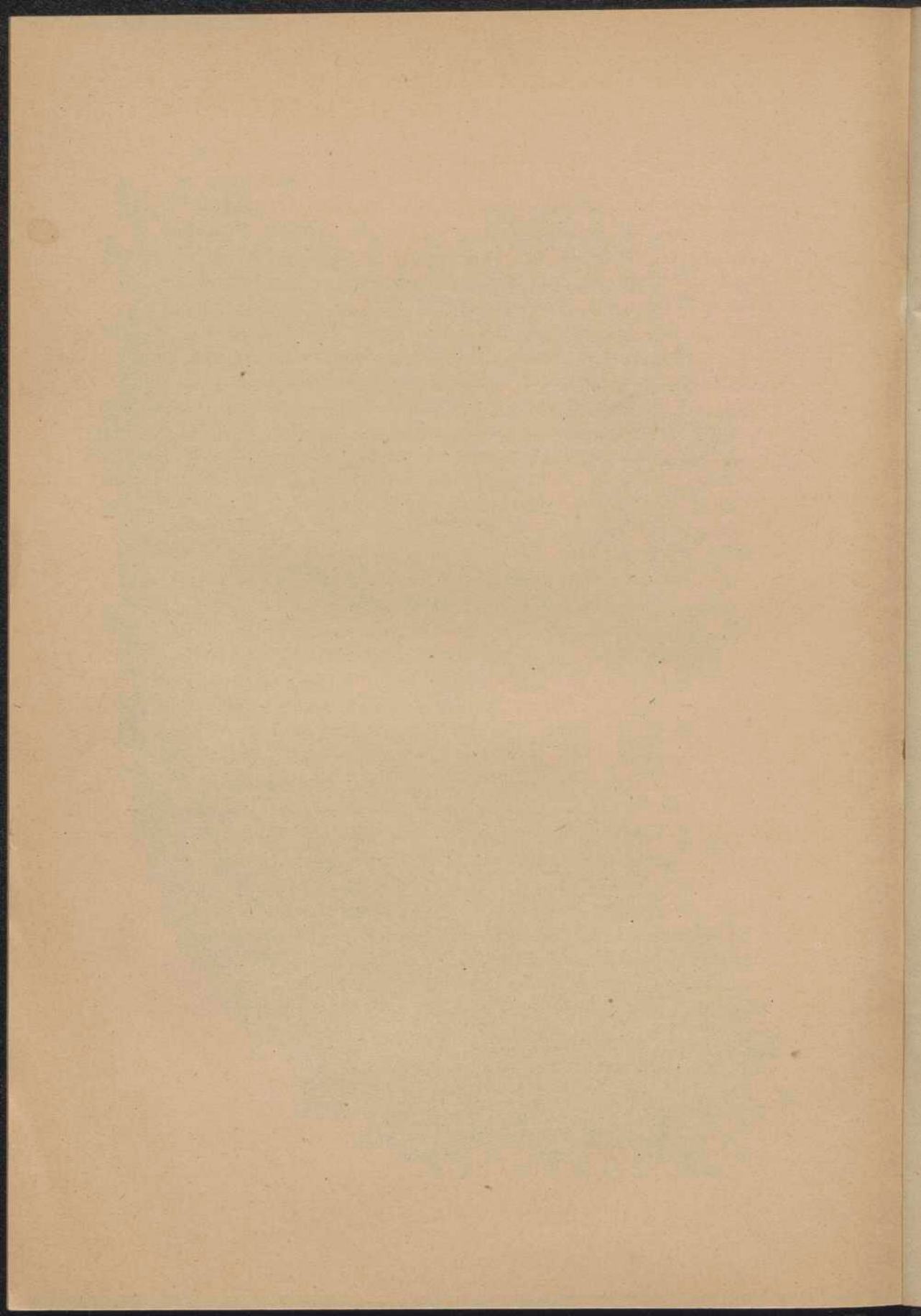
38. Fundólo el Cabildo; juntáronse de limosna 14,500 pesos; el modo de posesionarse del sitio fué que los del Cabildo dieron por el terreno muchas carreras a caballo y otras a pie, y quitaban algunas yerbas sin contradicción. Mientras se construía el hospital, había una casa que servía para ello, donde se cuidaban mucho número de indios.

años, que nosotros hemos señalado en los pasajes que nos importaban ³⁹.

EMILIANO JOS

39. Para una valoración más extensa y precisa de Montesinos como historiador, deben leerse, además de sus citados editores, el excepcional libro «La Historia en el Perú» (Lima, 1910, 555 páginas de texto), de don José de la Riva Agüero y Osma, quien tan singularmente sabe articular la erudición con el arte de exponer, y la mirada circunscrita con la visión panorámica. (Véanse para nuestro acotado terreno las páginas 31 y 32, las 62-3 como antecedente de las 69-87 y la nota de las 208 y 209.)





RECTIFICACIONES

PRIMERA PARTE.—El pie de la fig. 4 habla del Catamayo o río de Tumbes, debe entenderse río de Paita o Chira, pues el río Chira es el que desagua por Paita (mas al Sur que el río de Tumbes) y el que en la región de Loja se llama Catamayo, como se lee en el útil *Diccionario* de D. Antonio de Alcedo. Los mejores mapas de esta región quizá sean todavía los que se ven en las clásicas obras de Wolf sobre el Ecuador, de fines del siglo pasado. Pero en ellas se nombra a dicho río Achira. (No se hallan en la Biblioteca Nacional y solo después de múltiples gestiones las hemos conseguido ver por préstamo de la Biblioteca «América» de la Universidad de Santiago).

SEGUNDA PARTE.—Pág. 1. Dice: Fuentes y Bibliografía. Debe decir: Historiografía: Fuentes.

OTRAS PUBLICACIONES

- «La Expedición de Ursúa el Dorado, la Rebelión de Lope de Aguirre y el Itinerario de los Marañones, según los documentos del Archivo de Indias y varios manuscritos inéditos». Extracto de su tesis agraciada con el Premio Extraordinario del Doctorado en la Facultad de F. y Letras, (Sección de Historia.) Prólogo de D. Agustín Millares Carlo, Catedrático de la Universidad Central. Ilustrada con 37 fotograbados. Huesca, 1927. (Agotada. Fué declarada de mérito relevante por la R. Academia de la Historia.)
- «El Cronista de Indias F. López de Gómara. Apuntes biográficos.» —En «La Revista de Occidente», noviembre de 1927.
- «Nomenclatura Geográfica.» —En la Revista «Síntesis», de Buenos Aires, enero 1929. Una segunda edición, ampliada, se publicó en la «Revista de Historia», de La Laguna (Canarias) enero-marzo 1932.
- «Algunos Libros de Historia americana: El Dorado.» —En la «Revista de Occidente», setiembre de 1929.
- «Supuestas Falsificaciones del P. Las Casas en la Historia de Colón.» —En «Revista de Occidente», febrero 1931.
- «El General Dumouriez en la Guerra de la Independencia.» —En la «Colección de Estudios Históricos... y Literarios...» Homenaje a D. Rafael Altamira. Madrid, Bermejo, 1936.
- «El XXVI Congreso Internacional de Americanistas de Sevilla y la Historia del Descubrimiento.» —En la Revista «Tierra Firme» de la Sección Hispano Americana de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid, enero-marzo, 1936.
- «El Plan y la Génesis del Descubrimiento Colombino.» (Estaba en publicación por el «Centro de Estudios de Historia de América de la Universidad de Sevilla» en 1935-1936.
- «Don Fernando Colón y su Historia del Almirante.» —En la «Revista de Historia de América», que publica en Méjico el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Tacubaya, D. F., agosto 1940.
- «Notas sobre Juan Vicente Bolívar y su Misión diplomática en los Estados Unidos (1810-1811).» —En la «Revista de Indias» que edita el Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo» del Cons. Sup. de Invest. Científ., número 4, abril-junio de 1941. —Este trabajo ha merecido ser reeditado en la «Revista de la Socie-

- dad Bolivariana», órgano de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, núm. 9, Caracas, diciembre 1941.
- «En las Postrimerías de un Centenario Colombino poco celebrado».
—En la Revista «Estudios Geográficos», del Instituto «Juan Sebastián Elcano» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 4, agosto 1941.
- «Una Sociedad Hispánica de Naciones en 1820 según el plan de D. Francisco Antonio Cea». —En «Contribuciones para el estudio de la Historia de América». Homenaje al Dr. Emilio Ravignani. Buenos Aires, J. Peuser, 1941.
- «El Centenario de Fernando Colón y la Enfermedad de Martín Alonso». —En el núm. 7 de la «Revista de Indias», enero-marzo 1942.
- «Las Impugnaciones a la Historia del Almirante». —En el núm. 8 de la precitada «Revista de Indias», abril-junio de 1942.
- «La Génesis Colombina del Descubrimiento». —En el núm. 14, enero-junio de 1942 de la «Revista de Historia de América», publicada en Méjico por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

* OBRAS INÉDITAS

- «La Cosmografía o Imago Mundi de Luis de Argulo».
- «Las Apostillas colombinas y la Credencial para un Príncipe del Oriente».
- «Pareceres colombinos sobre el Meridiano de la Demarcación».
- «La Génesis Colombina del Descubrimiento». Segunda parte de la ya publicada en la «Revista de Historia de América».
- «La Mitología del Descubrimiento». (Es la tercera parte de la obra titulada «El Plan y la Génesis del Descubrimiento Colombino»).
- «Aportaciones a la Historia inicial de América y Comentarios a sus novedades anti-Las Casistas».
- «Don Fernando Colón y su Historia del Almirante». Con documentos inéditos. (Fragmentos de esta obra han aparecido en la «Revista de Historia de América» núm. 9, en la «Revista de Indias» núms. 7 y 8, y en «Estudios Geográficos», número 4.)
- «Historia y Literatura, (honestidad y desaprensión) sobre Lope de Aguirre el Peregrino».
- «Artistas aragoneses cuatrocentistas y quincentistas según documentos del Archivo de Protocolos de Huesca».
- «Geografía General y de los Continentes».
- «Geografía General de España».

Encuadernado en rústica

por

ARTES GRÁFICAS

LIBRADO NOTARIO

Logroño, Abril, 1943



R
8985

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000349870